

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 - 8 noviembre 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Núm. 518 Depósito legal M. 58.69 - 1958

TENEMOS PAPA



JUAN XXIII, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA

UNO



Una nube en el cielo

Esa nube que inopinadamente aparece en el cielo, todavía azul de final de verano, es un mal presagio. Anuncia la versatilidad del otoño. También en nuestro organismo comenzarán a surgir nubes: las molestias propias de todo cambio de estación, que sólo podemos combatir fisiológicamente con «Sal de Fruta» ENO.

Cerca de un siglo de consumo en todos los países avala la excelencia de la "Sal de Fruta" ENO, bebida efervescente y refrescante que sin ser medicamento, depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura.



ENO se vende en dos tamaños.

El grande resulta más económico.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCA

REG. 1.

AVIVA CUERPO Y MENTE

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. Edificio Boneco Madrid

TENEMOS PAPA

JUAN XXIII, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA



Su Santidad Juan XXIII imparte su primera bendición «Urbi et Orbi» al mundo entero desde el balcón de la Capilla Sixtina

¡EL humo blanco! ¡Tenemos Papa!

Eran las cinco y siete minutos de la tarde del martes día 28, tras setenta y tres horas de espera. Las cámaras de la televisión y los tomavistas de los noticieros comenzaron a captar la tenue humareda. El color era indefinido. No se trocaba en pardo, primero, y en oscuro, después, como las veces anteriores. Nadie se atrevía, sin embargo, a decir nada. La incertidumbre mantenía clavados los ojos de todos en la tenue columna que, poco a poco, se iba diluyendo en el cielo dorado de la tarde romana.

Duró la humareda escasamente dos minutos. Fué tiempo suficien-

te. No había en ella sombras. Sí, era blanca. ¡Era blanco el humo! ¡Había ya Papa!

Toda Roma lo supo en ese preciso momento. Todo el mundo también. Las antenas de Radio Vaticano lo anunciaban a los cuatro vientos y los teletipos de las agencias de información comenzaban veloces a teclear transmitiendo la buena nueva de la Cristiandad.

—¡Ya tenemos Papa!

30.000 ALMAS ACLAMAN A JUAN XXIII

Hay alegría en los miles de rostros. Hay un entusiasmo indefinido, un fulgor nuevo y extraño que aflora en los ojos encendidos de

todos, clavados en el balcón principal de la Basílica; un entusiasmo que, poco a poco, va haciendo brotar un clamor potente que se eleva abierto y que también se manifiesta en el fluir nervioso hacia la fachada de la Basílica, acotada por la Guardia Vaticana.

El gentío es ya muchedumbre. La riada humana se vierte constante en la plaza, se apifa, se disgrega, se mueve en olas, se desparra. Y resuena en las viejas piedras un vocerío inmenso, en tanto los pañuelos comienzan a llenar el aire de flores blancas.

Las seis en punto de la tarde. El cielo del cielo romano es ya violeta. Todavía la cúpula de San Pedro tiene una tenue pincelada de oro viejo en sus piedras. La plaza es ya una llama blanca de pañuelos. Por encima de la multitud se alza un trueno de voces que aclaman al nuevo Papa, todavía ignorando su nombre.

Pasan los minutos. Surgen unas primeras luces tras los balcones de la Basílica. En el espacio acotado por la Guardia Vaticana aparecen numerosos prelados y personal de la Curia Vaticana. Por el Arco de Santa Ana, al lado derecho de la columnata de Bernini, la banda de música de los

«carabinieri» se abre paso has a la escalinata principal.

De pronto, justamente a las seis y dos minutos, las puertas del balcón central de la Basílica se abren lentamente. Una cortina blanca se corre desde dentro. El clamor de entusiasmo de la muchedumbre sube a su punto máximo. En la tarde, los reflectores han sido encendidos y juegan a cruzarse en el cielo, todavía empapado de un tenue malva.

El rostro conocido de monseñor Canali, desmintiendo los rumores que se venían haciendo sobre su enfermedad, ha surgido en el balcón, rodeado de la Guardia Suiza. Se hace un profundo silencio. Es el momento solemne de anunciar

al mundo el «Gaudium magnum». Los alavoces resurden por toda la plaza y las antenas de radio por todo el mundo la voz del anciano cardenal, que suena temblorosa, emocionada:

—«Anuntio vobis gaudium magnum: habemus Papam».

Y aquí el silencio tenso de la multitud estalla. Es un griterío inenarrable. Trescientas mil personas de todas las razas y todas las clases sociales aclaman victoriosamente al nuevo Pontífice. Todavía falta, sin embargo, el anuncio esperado del nombre del elegido, que el mundo entero aguardaba desde hacía una hora. Eran las seis y cuarto. Monseñor Canali prosiguió, en medio de las aclamaciones:

—«Eminentissimum dominum Angelum Josephum, patriarcham cardinalem Roncalli, qui elegit nomen Joanenn Vigessimun Tertium.»

Las campanas de Roma han sido echadas al vuelo, las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma. Tienen una voz inconfundible. El cielo lo llenan todo con su clamor de gloria. La multitud no sabe si aplaude o llora... Y, anunciada la buena nueva al orbe, el cardenal Canali se retira, volviéndose a cejar las puertas del balcón.

Pero nadie se mueve. El gentío que llena la plaza de San Pedro continúa lanzando en usiásticos «vivas» al viento, cuando las puertas del balcón vuelven a abrirse: el Sumo Pontífice Juan XXIII, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Patriarca de Occidente, Primado de Italia, Arzobispo y Metropolitano de la provincia romana, Obispo de Roma y Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano, por vez primera se presenta ante sus hijos.

El hasta ayer cardenal Roncalli, patriarca de Venecia, aparece en el balcón principal de la Basílica de San Pedro vestido de blanco, con la muceta roja ribeteada de armiño. Su mirada dulce y paternal es captada por los teleobjetivos de la televisión y transmitida a los hogares de Italia y Francia. Pero la muchedumbre que está realmente ante él sólo ve su figura blanca, que, lentamente, alza su mano derecha e imparte por vez primera su bendición («Urbi et Orbi»).

Todos los que pueden arrodillarse lo han hecho. Aquellos a quienes la enorme aglomeración se lo impide, inclinan su cabeza y se santiguan.

—«In nomine Pater...»

De nuevo la llama blanca de los pañuelos. De nuevo los vitores. De nuevo las manos agitándose y las voces clamando. Su Santidad Juan XXIII quiere retirarse. Es ya casi de noche. El desvaído malva del cielo juega con las primeras estrellas. Abajo, la vieja Roma arde en una hoguera de luz. Pero las aclamaciones se suceden ininterrumpidas. El orbe en pequeño de la plaza de San Pedro no quiere ver marchar tan pronto a su nuevo Pontífice. Sacerdotes, seculares, obreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, políticos, artistas... todos aclaman a Juan XXIII, quien de nuevo ha de salir al balcón con sus brazos abiertos en sublime gesto de amor...

Y arriba, subiendo, subiendo,

LAS PUERTAS DEL COMERCIO

QUE el comercio abra sus puertas no significa sólo que se levante el cierre a las nueve de la mañana, que se eche a la una del mediodía, que se vuelva a alzar a las cuatro de la tarde y que caiga otra vez a las ocho de la noche, por ejemplo. Porque las puertas del comercio están mucho más allá que la distancia física entre los mostradores, modernos o clásicos, los escaparates, los portones giratorios o los géneros expuestos al convencimiento de la demanda. Que el comercio abra las puertas significa también que hay que salir, camino adelante, lejos de la propia casa, traspasar las fronteras y reflejar, después, el buen balance en los signos positivos de ese instrumento tan clásico y tan moderno a la vez que es la balanza de pagos.

Ahi se encuentran, pues, esos clientes, invisibles para nosotros, que se llaman mercados extranjeros. Clientes poderosos, clientes seguros, cuando los géneros que se les ofrecen son de buena calidad y cuando las gestiones que a ellos van encaminadas llevan el marchamo de la seriedad, de la confianza y de la garantía.

Por eso, porque los mercados exteriores son baza decisiva para los signos de la balanza de pagos, es por lo que, antes que los agentes particulares de las casas respectivas, han de ir por delante los representantes superiores, los hombres que significan justamente la política comercial de una nación. De su gestión, de sus aciertos, de su visión y de sus palabras depende en buena parte el resultado final para los comerciantes, para los industriales, para los empresarios, que detrás de ellos esperan con ilusión el fruto de sus conversaciones.

Este es, ni más ni menos, el papel para nuestro comercio que ha llevado a Paris don Alberto Ullastres, Ministro de Comercio.

Ha sido concretamente en

estos años últimos, dos decenas de años, cuando España ha adquirido una ordenación adecuada, científica y racional de su comercio exterior. Las importaciones se han ido verificando conforme a las necesidades más urgentes, preventorias y justificadas del supremo interés nacional: las exportaciones se han ido estimulando a medida que se expansionaba la industria, que había calidad, que existían excedentes aprovechables para el mantenimiento de mercados tradicionales o para la conquista de nuevas áreas de venta.

Acuerdos comerciales así, con beneficio evidente para España, se han ido firmando con países extranjeros. Y las últimas gestiones son las que a Paris ha llevado nuestro Ministro de Comercio: renovación del acuerdo comercial hispanofrancés.

En el actual periodo, que ahora ha terminado, el intercambio entre España y Francia ha alcanzado más de los 40.000 millones de francos, con un saldo favorable a España de cerca de los 12.000 millones. Doce mil millones de beneficio no es cifra, ni mucho menos, que merezca ser despreciada. Doce mil millones que han sido posibles gracias, desde luego, a la exactitud de la entrega, a la calidad de la mercancía, a la seriedad en el trato y a la confianza mutua en todas las conversaciones comerciales. Pero también doce mil millones, en este caso, hechos realidad gracias a las gestiones, a las directrices de la política comercial española, a una donadora de esfuerzos, limadora de dificultades, de esas grandes y terribles dificultades que muchas veces, muchísimas veces, no llegan, ni con poco, al hombre de la calle. Conversaciones entre Ministros para beneficio del comercio nacional. Esto es lo que ha hecho en Paris, ahora, en otros lugares, antes, nuestro Ministro de Comercio.



El público espera impaciente la «fumata» que anuncie la elección del nuevo Papa. He aquí una de las «fumatas» negativas

el grito gozoso de la multitud mezclado con la alegría loca de las cuatrocientas torres de Roma.

EL «SI» DECISIVO

Hasta las diez de la mañana del siguiente día no fué abierto el Conclave. Desde el sábado día 25 a las cuatro de la tarde los cardenales del Sacro Colegio han permanecido en el recinto, donde reina el más impenetrable secreto. Nada ha sido visto de él sino las diez fumatas negras y la última blanca que hizo llenar de alegría al mundo. Sólo los miembros del Sacro Colegio saben cuáles son las circunstancias de las diez votaciones infructuosas y las que rodearon a la definitiva que terminó con la elección de monseñor Roncalli. Comprobado en el altar de la

Capilla Sixtina el resultado de esta última votación y quemados los sufragios cardenalicios en la estufa destinada a tal fin, el cardenal Ottaviani, el más reciente de los cardenales diáconos, abrió la puerta de la Capilla Sixtina. Los conclaveistas, que se hallaban pendientes del resultado al lado de la puerta de la Capilla, quedaron así en comunicación con el recinto del trascendental escrutinio. Sonó entonces una dorada campanilla y el secretario del Conclave, monseñor Di Jorio, y el prefecto de ceremonias apostólicas, monseñor Dante, acompañado de dos «cerimonieri», pasaron a la Capilla.

El venerable cardenal Tisserant, decano del Sacro Colegio, se puso entonces de pie y, dirigiéndose hacia el sitial que ocupaba el cardenal Roncalli, le formuló en la

tin la protocolaria y trenenda pregunta:

—¿Aceptas tu elección a Sumo Pontífice, canónicamente hecha?

Hubo un brevísimo instante de pausa. Los cardenales y los cuatro funcionarios apostólicos estaban atentos al decisivo momento.

—Sí—contestó monseñor Roncalli humilde y firmemente, añadiendo seguidamente su decisión de reinar con el nombre de Juan XXIII.

En ese mismo instante los baldaquinos de los demás cardenales cayeron abatidos, quedando sólo en alto el del nuevo Pontífice, que a partir de aquel momento, se constituyó en Vicario de Cristo, asumiendo todas las responsabilidades de su trascendental misión en la tierra.

Inmediatamente el ya Papa

Juan XXIII se arrodilló ante el altar de la Capilla Sixtina, recogiendo breves momentos en oración. Mientras el maestro de ceremonias y el sacristán de Su Santidad preparaban las vestiduras pontificiales, y el secretario del Conclave, arrodillándose ante el Vicario de Cristo, le ofreció el blanco solideo. El Papa se trasladó inmediatamente a la sacristía, revistiéndose, con la ayuda del maestro de ceremonias y de su sacristán, de la túnica de seda blanca, la cruz pectoral, las zapatillas de seda púrpura y una muceta o gaja bordada de armiño, con estola blanca recamada en oro.

Así, vistiendo por vez primera el atuendo papal, Juan XXIII retornó a la Capilla Sixtina, ocupando el pequeño trono ya preparado. Su primera bendición fué para los cardenales, para aquellos hombres que habían tomado el decisivo e irrevocable acuerdo de escogerle entre los fieles como Vicario de Cristo. Sentado de nuevo, recibió entonces la primera obediencia de los miembros del Sacro Colegio, quienes por orden de ancianidad fueron acercándose y arrodillándose ante él, besando su mano.

Terminada esta sencilla y humilde ceremonia, el cardenal camerlengo se arrodilló de nuevo ante el nuevo Papa y le colocó en el dedo el anillo piscatorio, todavía sin sello grabado. El Papa, como es de rigor, se lo quitó, entregándoselo al maestro de ceremonias para que éste ordene la grabación con el nombre de Juan XXIII.

Llegó entonces otra vez la se-

gunda obediencia de los cardenales. Uno a uno, todos de rodillas, besaron los pies y manos del Sumo Pontífice, quien les correspondió con un abrazo.

Terminada esta primera ceremonia en la Capilla Sixtina, el cardenal Tisserant entonó un solemne tedéum de acción de gracias, que fué cantado por todos los cardenales. Sólo quedaba ya el acto de anunciar al mundo, en la Plaza de San Pedro, el nombre del nuevo Papa. El protodiácono, cardenal Canali, se dirigió al balcón central de la Basílica para anunciar al pueblo de Roma y al orbe entero, pendiente de la televisión y el radio, la buena nueva de la elección del Sumo Pontífice.

Las aclamaciones del pueblo llegaban hasta las mismas puertas de la Capilla Sixtina. Se organizó, pues, el cortejo pontificio hacia el balcón donde trescientas mil almas tenían clavados sus ojos aguardando la bendición del Pastor. El maestro de ceremonias, empujando la cruz papal, abrió el cortejo; a continuación, los cardenales, y, por último, el Sumo Pontífice.

Desde lo alto del balcón, Su Santidad Juan XXIII debió ver primero el cielo color topacio de la noche del otoño romano; abajo, la vieja urbe ya encendida, trepidante en sus luces; y a sus pies, la multitud, que no era otra cosa sino una mancha blanca de pañuelos tremolando...

Y al aire limpio de la tarde, al viento, el clamor inmenso en vitores de toda la Cristiandad, repre-

sentada en la Plaza de San Pedro, junto con el batir a gloria de las campanas...

"QUIERO SER SACERDOTE"

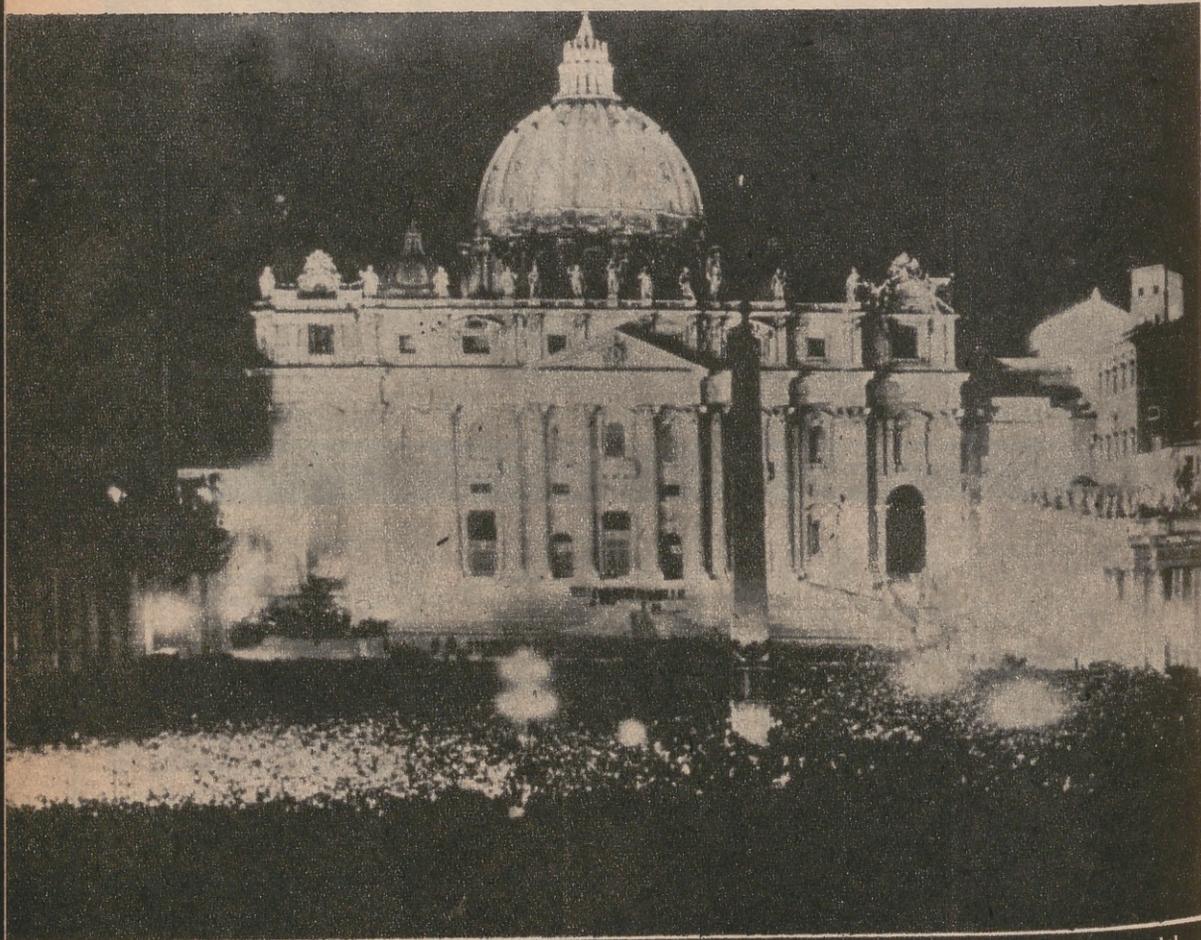
Sotto il Monte no está en los mapas; es demasiado pequeño para que su nombre y su localización figuren en las cartas geográficas. Y sin embargo, el nombre de este pueblecillo italiano va a ser conocido en todo el mundo, porque allí, hace ya casi setenta y siete años, nació Angei José Roncalli.

La mayor parte de las tierras de Sotto il Monte pertenecían, hacia finales del siglo pasado, a unos nobles, los Morlani, que contaban con numerosos obreros para atender al cuidado de sus tierras.

Había entre ellos un hombre que, nacido en estas tierras, pertenecía a una familia llegada a Sotto il Monte muchos años atrás, era Moratino Roncalli. Sus antepasados procedían del valle de Igmana.

Juan XXIII, muchos años más tarde, el entonces nació en París durante su primera visita a España, intentaría averiguar si el apellido familiar procedía del valle navarro del Roncal.

Sotto il Monte, a casi cincuenta kilómetros de la ciudad de Bérgamo es tan sólo una pequeña cornisa natural levantada en las estribaciones alpinas. Las tierras son pobres y hace falta



Vista impresionante de la plaza de San Pedro completamente iluminada tras la elección del nuevo Papa

trabaja mucho para ganar el pan de cada día.

En 1881 el matrimonio formado por Moratino Roncalli y Mariana Mazzola se alegra con la llegada del primer varón. Es el día 25 de noviembre. A Angel José Roncalli le habían precedido dos hijas. Después del que sería más tarde elevado a la Sede de Roma llegarían otros diez hijos como premio a las virtudes de este humilde hogar cristiano. Pero entonces Moratino pensó que el nacimiento de Angel José significaría una ayuda en su trabajo para los años venideros.

Y aquel obrero del conde Ottavio Moriani ve crecer a su hijo, que un día cualquiera, no registrado en ninguna crónica, dice sencillamente a su padre:

—Quiero ser sacerdote.

Tiene solamente once años, pero en su voz hay un acento de firmeza. Los padres, aunque se ven privados de la futura ayuda del hijo, no se oponen a sus designios, sino que los alientan alegres por la perspectiva de contar en su familia con un hijo consagrado al servicio de Dios.

En ese mismo año, Angel José Roncalli ingresa en el Seminario de Bérgamo, donde permanecerá ocho años, siguiendo los estudios de la carrera eclesiástica.

EL BIBLIOTECARIO DE MILAN

10 de agosto de 1904. En la iglesia romana de Santa María in Monte Santo, Angel José Roncalli es ordenado sacerdote. Sobre la tumba de San Pedro celebra su primera misa.

El nuevo sacerdote es ya doctor en Teología, grado alcanzado tras los cuatro años de estudio en el Pontificio Seminario romano de Cesarola. Tiene solamente veintitrés años, pero ya es conocido por sus virtudes y sabiduría. En 1905 el gran obispo de Bérgamo, monseñor Radini-Tedeschi, le reclama a su lado. Ha seguido su carrera paso a paso y sabe que puede contar con la valiosa ayuda del antiguo seminarista que había enviado a estudiar a Roma.

Es el nombre del secretario del obispo de Bérgamo, uno de los prelados más brillantes del actual siglo, al que no abandonará hasta asistir en su lecho de muerte en 1914. Junto al obispo, modelo de virtud, adquiere el futuro Papa nuevas enseñanzas. Años más tarde dirá de él: "Fué para mí como la Estrella Polar de mi vida y de mi sacerdocio."

Pero las tareas de la secretaría del obispado no son las únicas en la jornada del joven sacerdote, que se convierte en profesor del Seminario de la diócesis y enseña Historia eclesiástica, Apologética y Patristica.

Al mismo tiempo desarrolla un arduo trabajo de investigación, del que saldrán después, como frutos, libros aparecidos en diferentes años y que condensan sus principales investigaciones. Las obras publicadas, desde 1908 a 1953, principalmente comprenden títulos diversos, entre los que cabe destacar: "El cardenal



César Baronio en el centenario de su muerte" "La misericordia mayor de Bérgamo", "Los comienzos del Seminario de Bérgamo" y su gran obra en cinco volúmenes "Los actos de la visita apostólica de San Carlos Borromeo en Bérgamo".

Es una tarea larga que exige con frecuencia desplazamientos a la ciudad de Milán. Allí se encuentra la Biblioteca Ambrosiana, donde descubre cuarenta volúmenes olvidados que tratan de Bérgamo. Aquel sacerdote que se apasiona por la investigación traba amistad rápidamente con el bibliotecario que será después Pío XI. Ha conocido también al que se convertirá en el papa que éste en Benedicto XV. Estos dos Papas, cuando precisen de una valiosa ayuda, recordarán en seguida al joven sacerdote de Bérgamo.

Con la muerte del obispo Radini-Tedeschi concluyen para Roncalli unos años de intensa actividad. Su vida va a cambiar radicalmente, porque Italia ha entrado en el conflicto mundial en que se debate desde meses antes Europa. Movilizado, se convierte así en el sargento de Sanidad Roncalli que pasará después a ejercer su misión sacerdotal como teniente capellán castrense.

"ANGEL DE LOS SOLDADOS"

En las unidades italianas que

Una foto retrospectiva del nuevo Pontífice: el sacerdote Angel José Roncalli



El actual Pontífice, con el cardenal Siri



El cardenal Roncalli fotografiado en la puerta del Palacio del Eliseo, en 1953, cuando el Presidente Auriol le entregó el birrete rojo de cuatro puntas y el Gran Cordón de la Legión de Honor

combaten contra los Imperios Centrales recibe numerosos apellativos cariñosos; entre todos ellos destacará siempre el de "Ángel de los Soldados". El teniente capellán Roncalli, que ha dejado sus tareas de Bérgamo y Milán, se ocupa ahora en el cuidado espiritual y material de los hombres que pelean en los campos de batalla.

Pero cuando la guerra concluye y es desmovilizado no retornará a sus tareas anteriores. Ahora será solamente la misión de apostolado la que absorba todas las energías del sacerdote de Bérgamo. Se dedica a estudiar el movimiento de apostolado seglar que comienza a desarrollarse en todo el mundo y funda e impulsa diversos centros de protección y ayuda para mujeres, estudiantes, jóvenes, etc.

Y llega de repente la orden de Roma. Benedicto XV necesita al sacerdote, y éste acude inmediatamente a los pies del Santo Padre. Su Santidad le encarga reorganizar las actividades de la

Sacra Congregación de Propaganda Fide. Las actividades misioneras ocuparán ahora toda la jornada de este hombre, dotado de una prodigiosa capacidad de trabajo. Una vez más logra el éxito.

Cuando Pío XI asciende a la Sede de San Pedro es ya prelado doméstico de Su Santidad y canónigo honorario de Bérgamo. En sus actividades misioneras ha de viajar frecuentemente. Son los años en que visita Lyon, París, Bruselas, Aquisgrán, Múnich y diversas ciudades de Holanda. Esta experiencia de distintos países le habrá de servir muy pronto, porque Pío XI le reserva una nueva tarea.

Ángel José Roncalli tiene ya cuarenta y cuatro años cuando Pío XI le nombra visitador apostólico en Bulgaria. Es un prelado admirado y respetado en el Vaticano, pero el Papa desea que en otros países se conozca la importancia del nuevo diplomático. Antes de salir a cumplir su tarea, Pío XI le hace consagrar obispo titular de Aeropollis.

Es el 10 de marzo de 1925. En la iglesia de San Carlos del Cor-

so es consagrado por el cardenal Tacchi, secretario de la Sagrada Congregación para la Iglesia oriental.

El nuevo obispo parte inmediatamente para Sofía, donde permanecerá durante diez años. En 1930, como confirmación de su excelente labor, recibe el nombramiento de primer delegado apostólico.

En los comienzos de 1935, el obispo Roncalli pasa a Turquía. Tanto en una como en otra nación ha tenido tiempo de penetrar en todos los problemas de la Iglesia oriental. Conoce ya el ruso y muchos otros idiomas; su actividad diplomática hará que pronto se le reserven misiones más difíciles aún.

LA VICTORIA DEL NUNCIO

El 25 de agosto de 1944 Charles De Gaulle, jefe del Gobierno de la Francia libre, hace su entrada en París y establece el primer Gobierno provisional. Las tropas alemanas se retiran de Francia ante el avance de los aliados y el régimen del mariscal Pétain es derribado.

En Vichy existían numerosos embajadores de países aliados del Eje y neutrales. Entre estos últimos se contaba, naturalmente, el nuncio, monseñor Valerio Valeri, hoy cardenal y que ha formado parte del reciente Conclave.

El Gobierno del general De Gaulle solicita discretamente del Vaticano la sustitución de monseñor Valeri por un nuevo nuncio.

Roma accede a la petición del Gobierno de De Gaulle.

Al otro lado del Mediterráneo, a una Turquía neutral, bajo la presidencia de Ismet Inonu, llega un mensaje cifrado destinado a la Legación Apostólica en Estambul.

Monseñor Roncalli, vicario y legado apostólico para Turquía, delegado apostólico en Grecia y arzobispo titular de Mesembria descifra el mensaje y se sorprende ante su contenido. Tiene que marchar a París para ocupar la Nunciatura en esta capital. Pero la modestia de este activo diplomático de Roma es tan grande que le hace dudar del contenido del mensaje. Monseñor Roncalli cree haberlo interpretado mal y llama por teléfono al Vaticano. Desde la secretaría de Estado recibe la confirmación inmediata. No se ha equivocado; tiene que marchar a París.

Y monseñor Roncalli se dirige a una Francia en donde los elementos izquierdistas pretenden utilizar todas sus malas artes para hacer infructuosa la tarea del nuevo nuncio. Llega a la capital de Francia en los últimos días del año y el 1 de enero de 1945 entrega sus cartas credenciales al general De Gaulle al mismo tiempo que como decano del Cuerpo diplomático le hace patente la felicitación por el Año Nuevo.

La campaña contra la Iglesia arrecia en Francia. Los comunistas acusan a la Santa Sede de haber reconocido al Gobierno de



El nuevo Pontífice, con sus cuatro hermanos, cuando era Nuncio en París. De izquierda a derecha: Giovanni, Zaverio, Alfredo y Giuseppe

Vichy, y el nuevo nuncio tiene que hacer comprender a todos que el Vaticano, estrictamente neutral en la contienda, mantuvo relaciones con el único Gobierno que estaba establecido en Francia durante aquellos años.

Es una tarea dura la de hacer desaparecer poco a poco toda la gran campaña montada contra la Iglesia, pero monseñor Roncalli está preparado para ello. El nuncio consigue la victoria, se ha ganado el afecto y la simpatía de los franceses, incluso de los no católicos.

LA CASITA DE SOTTO IL MONTE

"Il y a de l'esprit", dicen de él en los medios políticos y diplomáticos. El cardenal Roncalli ha triunfado en su misión. El conocimiento de sus virtudes y de sus méritos llega, naturalmente, al Vaticano, y en 1953, cuando todavía desempeña la Nunciatura de París, es nombrado cardenal del último Consistorio realizado hasta la fecha.

En una ceremonia sencilla y al mismo tiempo solemne. Vincent Auriol impone la birreta de cardenal al nuncio arrodillado ante él. En esa ceremonia el entonces Presidente de la República Francesa ejerce un privilegio concedido a los Jefes de Estado de Francia, España, Austria y Polonia.

Después, el cardenal Roncalli se levanta y el Presidente de la República le condecora con la Legión de Honor. Allí se acaba, en esta ceremonia, que prueba el afecto despertado en Francia, su estancia en la misma. Tres días más tarde, Pio XII le llamará

para ocupar la sede de Venecia.

Y como una prueba más del éxito conseguido por el cardenal Roncalli en la Nunciatura de París está el acercamiento entre dos hombres de muy distinta procedencia e ideología. El cardenal Roncalli y el Presidente Auriol continuarán unidos por lazos de amistad, y cuando años más tarde, el socialista Auriol cese en su mandato de la Presidencia visitará después en Venecia al antiguo nuncio para reanudar sus antiguas charlas.

Y allí, en París, ha concluido una etapa de la vida del cardenal Roncalli, que deja las actividades diplomáticas por las pastorales.

En el verano, el cardenal Roncalli abandona Venecia para pasar unos días de descanso en Sotto il Monte, su pueblo natal. Y este hombre que ostenta las más altas condecoraciones entre ellas una de la República Federal Alemana por su protección a los prisioneros germanos en Francia después de la segunda guerra mundial, habita entonces la misma habitación que usó en su infancia y duerme en una humilde cama de hierro.

UNA MISA PARA "LA ABUELA DE VENECIA"

"Me gusta reunirme con la gente —dijo en una ocasión el nuevo Pontífice—. Después de todo, puede ser que el que desee verme pueda necesitarme como confesor."

Angel José Roncalli ha dejado en todos sus puestos de servicio a Dios y a la Iglesia el sello de su constante preocupación por todos los fieles.

En Venecia, las gentes relatan



Juan XXIII, en su época de Delegado Apostólico en Bulgaria



El cardenal Roncalli, como Legado Pontificio en el Centenario de Lourdes

con cariño las numerosas pruebas de la abnegación y bondad que el cardenal Roncalli puso de relieve durante los años que ocupó el patriarcado de esta ciudad.

Los campos que riegan el Piave, el Brenta y el Adigio son tierras llanas y feraces por donde pasan camino del mar las aguas que vienen de los Alpes. Pero cuando sobrevienen las crecidas, los ríos vuelcan sus caudales por todos los campos, originando terribles inundaciones. Los campesinos de esas riberas, siempre castigadas por las aguas, conocen bien la figura del cardenal Roncalli, que ha sido siempre uno de los primeros en acudir a remediar con su ayuda y su presencia la tristeza y el dolor de estas gentes que pierden hombres y enseres en unas horas.

Hay anécdotas del cardenal que revelan de un golpe toda la inmensa sencillez y humildad de este hombre que ahora ha ascendido a la Sede de San Pedro. Todos los venecianos recuerdan que cuando una popular anciana de la ciudad de los canales cumplió los cien años, el cardenal Roncalli acudió a su domicilio para celebrar, como regalo de cumpleaños a la "abuela de Venecia", el santo sacrificio de la misa.

Los oficiales de Prisiones, los médicos y enfermeras de los hospitales, han visto muchas veces al cardenal Roncalli penetrar en cárceles y hospitales llevando el consuelo a los presos y a los enfermos. Ahora todas estas gentes saben que no han perdido a su protector, porque el cardenal Roncalli, protector de Venecia, es ya Juan XIII, consuelo y refugio de todos los hombres.

Poco después de su llegada a Venecia hizo desaparecer del interior de la basílica catedral la barrera que, formada por una serie de columnas, separaba en el templo a las diversas clases sociales, suprimiendo así "unas divisiones y preferencias que la Iglesia no puede ni quiere admitir".

ANTE LA TUMBA DEL APOSTOL

"España es un país muy bello y que rebosa de esencias espirituales. Sus reservas para la fe son enormes, y de ellas hay que esperar mucho en todos los aspectos", dijo en una ocasión el que es hoy Sumo Pontífice.

Quince ciudades españolas se han sentido particularmente emocionadas con la elección del cardenal Roncalli como sucesor de Pío XII. Son las ciudades que él conoció en sus dos viajes a nuestra Patria.

El 19 de julio de 1954, el cardenal Roncalli llegaba a San Sebastián, camino de Santiago de Compostela. En el Colegio Mayor de la Estila, de la ciudad del Apóstol, se conserva su firma recogida en el libro de visitantes ilustres.

El cardenal Roncalli ofició una misa en el altar mayor y otra en la cripta de la Basílica compostelana. Aquel prelado que había llegado como un peregrino más a postrarse ante la tumba del Apóstol recibió en una solemne ceremonia la Medalla de



El entonces cardenal Roncalli, durante su visita a Montserrat, en el año 1954

Honor de la Cofradía del Patrón de España.

Pero no es solamente Santiago de Compostela quien recuerda el paso del entonces cardenal Roncalli. El prelado visitó Oviedo, Gijón, Lugo, Salamanca, Valladolid, Avila, Madrid, Soria, Zaragoza, Lérida y Barcelona.

Sobre la mesa de su oratorio particular en Venecia hay una imagen de la Virgen de Covadonga que le regalaron las monjas del Bibio, en Gijón, cuando iba de visita al santuario asturiano. El cardenal Roncalli oró ante el Santísimo en la catedral de Lugo y besó la sagrada ima-

gen de la Virgen del Pilar. En su anterior estancia, durante el desempeño de la Nunciatura en París, había conocido Navarra, donde visitó con todo detenimiento el castillo de San Francisco Javier.

Y desde Barcelona, última ciudad española que conoció en su



Como arzobispo de Venecia, presta juramento ante el Presidente de la República italiana

viaje de regreso a Venecia, dirigió al Ministro español de Asuntos Exteriores el siguiente mensaje:

"En el momento de abandonar España para volver a Venecia quiero hacer llegar a vuestros la expresión conmovida y el sentimiento de gratitud por vuestra gran amabilidad, así como la alegría que han proporcionado a mis ojos y a mi corazón las realidades pasadas y presentes y las perspectivas gratísimas y segundas del porvenir religioso, cívico y social de España. Siempre me será grato volver a tierra

española y celebraré animar a mucha gente a que visite España. In signum veritatis fraternitatis et pacis latinarum gentis.—Cardenal Roncalli, patriarca de Venecia.

PAPA DE TODOS

Hace tan sólo unos días el cardenal Roncalli había llegado a Roma para asistir al Conclave. Su modestia le hizo seguramente pensar en un pronto regreso a Venecia tras la coronación del nuevo Papa, pero su ciencia y su virtud le han elevado al Pontificado. El viajero infatigable,

habrá de renunciar ahora a sus antiguos hábitos impuestos por sus obligaciones; normalmente, el Sumo Pontífice no abandona nunca Roma si no es para dirigirse a la residencia veraniega de Castelgandolfo, donde falleció Pío XII.

Al penetrar el cardenal Roncalli en el Vaticano, estaba próximo un grupo de eclesiásticos españoles que se adelantaron inmediatamente a saludar al ilustre purpurado. Fué entonces cuando incidentalmente el cardenal oyó hablar en español.

"Oh, España; yo la he querido mucho siempre, siempre", fué el saludo bondadoso del que hoy es aclamado por las gentes como Juan XXIII.

El nuevo Papa ha prodigado siempre elogios a España. En una carta autógrafa dirigida a una alta personalidad española el 19 de julio de 1954 se contienen los siguientes párrafos que han sido dados a la publicidad en estos días:

"Soy un antiguo servidor de la Santa Sede y siempre, siempre, tuve las relaciones más cordiales con los representantes de España, que he encontrado por doquier, y tuve buenos amigos españoles en mis cargos diplomáticos de Oriente y Occidente.

Ahora he tenido la satisfacción de atravesar la península Ibérica, como los antiguos peregrinos de Santiago de Compostela, deteniéndome a la ida y a la vuelta ante aquellos recuerdos de hombres santos y de sanas empresas, que hacen, aún hoy, venerable a España en toda la cristiandad.

Los esplendores de estos días, de Loyola, Pamplona, Javler y lo que he visto con mis ojos en cuanto a orden, cortesía y renacimiento cada vez mayor, así material como espiritual, hacen rebosar mi corazón de optimismo y segura confianza en el porvenir."

Y si antes de ascender al Soglio Pontificio gozaba ya de la simpatía y el cariño de todos los españoles, otro tanto sucedía en el resto del mundo, particularmente en Francia y en Italia.

Los romanos han acogido la elección del cardenal Roncalli con muestras de indudable alegría. El cardenal Roncalli, pese a haber vivido relativamente poco tiempo en Roma, era, si puede decirse de esta manera, el Papa que deseaban los romanos.

Su Santidad Juan XXIII, pese a su avanzada edad, es un hombre que trabaja incansablemente, sin que su salud se resienta por ello. De figura corpulenta, se mueve a pesar de ello con una agilidad asimismo notable por los años que cuenta. No usa gafas y siempre está dispuesto a prestar su valiosa ayuda en cualquier grave tarea para la que se le precise.

Después de coronado, el Papa dirigirá probablemente un mensaje a todos los católicos del mundo que esperan para más tarde la publicación de la primera Encíclica del nuevo Papa.

Hasta que llegue ese momento queda al menos el recuerdo de sus pastorales, entre las que destaca por su importancia y claridad la publicada en 1957 acer-

DERECHO Y ESCLAVITUD

EN estos tiempos nuestros, que parecen dar a los tratadistas de Derecho anchos cauces por los cuales discurrir, vuelve a plantearse, como un desmadejado fantasma del cual hubiéramos perdido hasta la firmeza de sus perfiles, cien veces comentados, el tema de la esclavitud. Y con él, naturalmente, el de los trabajos forzados. ¿Cómo evitar del todo, tajantemente, que ambos conceptos salten ocasionalmente como liebres asustadizas ante la atención humana? ¿Será posible, en efecto, lograr alguna vez la desaparición real de la esclavitud que convierte al hombre, viva imagen del Dios creador, en siervo de quien es enteramente igual a él? ¿Podremos alguna vez hablar de la esclavitud y los trabajos forzados, como secuela propia de un tiempo en que el hombre era menos hermano de su semejante y, por tanto, no le dolía el dolor de éste?

No viene a humo de paja sobre el papel las líneas precedentes de reflexión. El tema está ahí, vivo y actualizado, entre los trabajos y venturas de cuantos por el bien del mundo, estructurando los que pudieran ser sus ideales perfiles en el seno de las Naciones Unidas. La Comisión Tercera de la Asamblea General discutía el proyecto de Pacto sobre los Derechos Civiles y Políticos, y muy especialmente su artículo octavo, donde se nombran y prohíben aquellas esclavitud, servidumbre y trabajos forzados.

Es tema que por igual interesa a sociólogos, penalistas, políticos e internacionalistas en el Derecho y hasta en la moral. Porque, ¿no es verdad que en esta segunda mitad del siglo existen aún la esclavitud y la servidumbre obligada? ¿Será necesario nombrar el país, el inmenso país que mantiene y no parece dispuesto a olvidarla, la vigencia de estas penas de aflicción y vergüenza?

El representante español que intervenía en el debate suscitado resaltó la posible in-

eficacia de la redacción del artículo, limitado aparentemente a una simple declaración de principios, mas sin fuerza argumental de prohibición concreta, como lo acordado por la Organización Internacional del Trabajo en su Convención de 1947, que expresamente define que nadie será constreñido a efectuar trabajos forzados u obligatorios, como medio de coerción o educación política, como castigo por ser partidario de determinados ideales políticos o como método de movilización obligatoria para utilizar la mano de obra con fines de fomento económico.

No es este el punto de vista soviético que, si se aviene a la mera declaración de principios sobre la prohibición de trabajos forzados, son tantas las excepciones cuya inclusión pretende al mismo tiempo, que más que prohibir autoriza la comisión y obligatoriedad de esos trabajos. Al denunciar la ineffectividad de expresión del artículo mencionado, España pide al menos se haga constar que esa redacción no podrá contravenir al menos en ningún instante lo expresamente contenido en las Convenciones actualmente en vigor.

De ir con buena fe a la admisión de un articulado más concreto, más rotundamente expresivo en afirmaciones y prohibiciones, la U. R. S. S., por ejemplo —y no caben ilusiones a este respecto—, tendría que proceder a la clausura de sus cimientos de campos de trabajo que, con una obra forzada de prisioneros y detenidos políticos, sometidos a una esclavitud descarada y brutal, posibilita la potencialización al sumo de grandes riquezas en el inmenso país ruso. Mas ya sabemos dónde comienzan para el marxismo militante los derechos y el sentido humano de quienes no comulgan con su credo político.

España ha definido de nuevo su posición y su pensamiento en algo de tan extremada importancia como es la libertad humana.

ca de las vocaciones sacerdotales. En ella, el cardenal Roncalli demandaba nuevas huestes sacerdotales, llenas de santidad, de celo y de competencia "para edificación y consoliación de la Iglesia veneciana y de toda la cristiandad".

Ninguna empresa del mundo moderno le es desconocida. Y así tampoco las actividades cinematográficas le son extrañas.

En la misa celebrada en la basílica de San Marcos el 31 de agosto de este año, con motivo de la celebración de la XIX "Mostra" Internacional de Arte Cinematográfico, pronunció el entonces patriarca de Venecia una plática de la que son las siguientes palabras.

"Es inútil, señores, añadir algo. La Iglesia contempla con mirada discreta y confiada todas las expresiones de la actividad humana. Asistió a los primeros pasos del cine, los ha juzgado con benevolencia y, siempre serena y clarividente, ha deseado buenos progresos a la séptima de las artes como se la llama.

También la impresión de una película puede producirse bajo el impulso del espíritu que disciplina y dirige los sentimientos y las pasiones o bajo la violencia immoderada de esas fuerzas desencadenadas cuyo desorden nunca dejó de producir ruinas, lágrimas y sangre.

Que en vuestro penoso trabajo, en la ansiedad por mejorar la producción cinematográfica y de difundirla por el mundo, podáis inspiraros siempre en lo que es noble y justo, útil y bueno para todos, grandes y pequeños. Es un hecho que, al menos durante varias horas cada semana, la mayor parte de los hombres confían a vosotros—me atrevería a decir que casi totalmente y como niños—, llevando con alegría alguna ilusión con la finalidad—así lo deseamos—de procurarse un placer y emociones que afinen el alma y la recreen en el verdadero sentido del vocablo."

UN SI, A LA ELECCION

"Pero la paz exterior no es posible sin paz interna, y sólo la más santa religión de Dios puede traernos la paz", ha dicho Su Santidad Juan XXIII en un llamamiento a los dirigentes del mundo.

Nadie mejor que él, con su conocimiento de la política internacional adquirido a lo largo de toda su carrera diplomática podía enjuiciar bien el momento que atraviesa el mundo. Al mismo tiempo une a sus conocimientos la bondad y sencillez que han quedado cristalizadas en las palabras con que aceptó su designación como Sumo Pontífice de la Iglesia.

"Lo que yo sé de mi miseria y de mi pequeñez es suficiente para confundirme. Yo acepto la elección hecha por mis hermanos los cardenales, y yo inclino mi cabeza para soportar el cáliz de amargura y el yugo de la cruz. En la tiesta de Cristo Rey nosotros declinamos: "Dios es nuestro Juez, Dios es nuestro Legislador, Dios es nuestro rey. El nos salvará."

Guillermo SOLANA
y Federico VILLAGRAN



Juan XXIII, cuando era Patriarca de Venecia, poco antes de celebrarse el Conclave donde resultó elegido Papa

No pida coñac,
con decir:

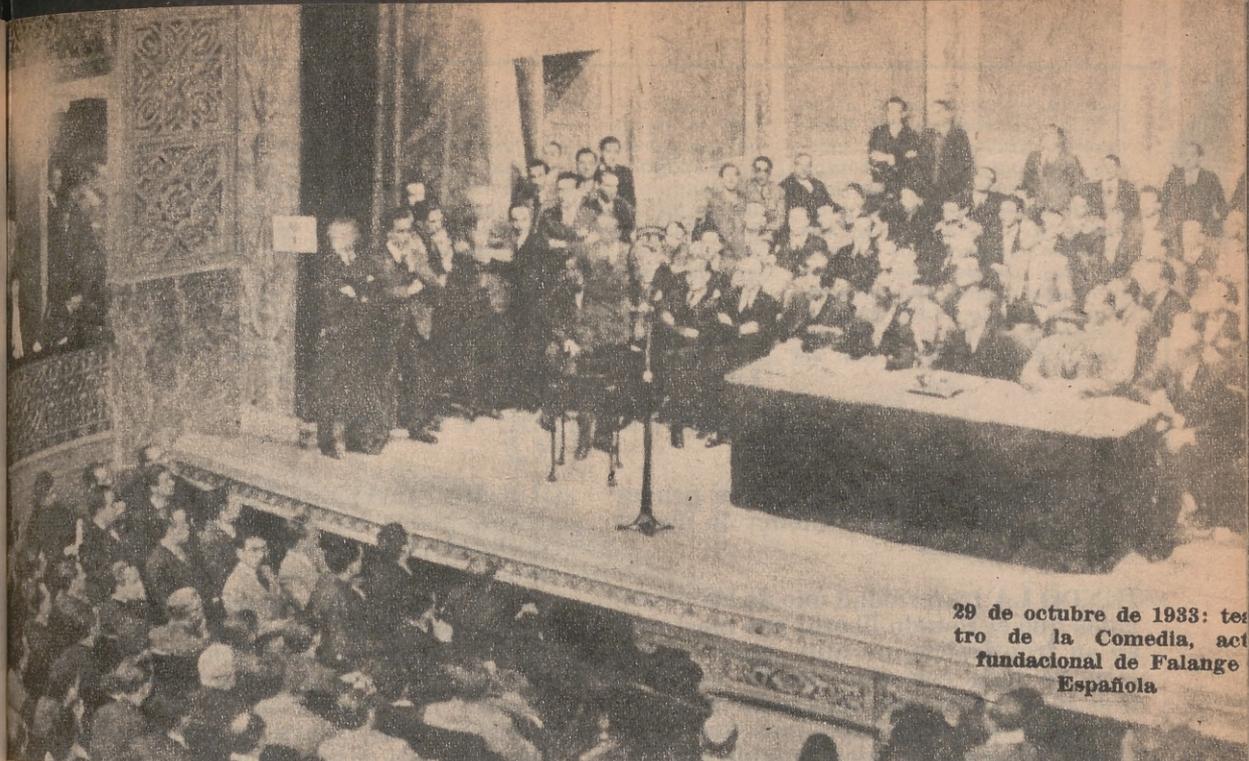
"Un

VETERANO

¡ya es bastante!



OSBORNE



29 de octubre de 1933: teatro de la Comedia, acto fundacional de Falange Española

1933 - 1958: DISCIPLINA, LEALTAD Y ESPIRITU DE SERVICIO

UN cuarto de siglo. El pasado día 29 se cumplió el XXV aniversario de la fundación de la Falange Española.

Fué el 29 de octubre de 1933, en medio de un turbio ambiente de una política conminúscula, cuando quedó levantada la rojinegra bandera de la F. E.

Ya en el mismo acto de fundación se ofreció a los reunidos el impresionante dosel de una lista de muchachos que, en meses preliminares, habían sabido ofrecer su sangre por la idea de la Patria mejor y el propósito del pan ganado y distribuido con justicia.

La juventud marchó primero, quizás porque la mística política de la Falange atraía, de una manera preferente, a los hombres incontaminados por las marrullerías de la política liberal de cuño decimonónico. Por eso, entre otras cosas, porque una gran mayoría de sus primeros militantes no había llegado aún a la edad electoral, el destino de la Falange no estaba en el azar de las urnas, ni en los manejos de los muñidores y traficantes de votos, sino fuera, "al aire libre, arma al brazo y en lo alto las estrellas", que era donde había que esperar el presentido amanecer.

En tres años —muy llenos de dificultades— Falange Española extendió su semilla por la estrategia del país, incluso en los momentos de persecución política más declara-

da cuando, por orden gubernativa, eran cerrados sus locales e ingresaban en prisión sus más relevantes directivos.

Y la Guerra fué la dura escuela del Movimiento y la piedra de toque que puso a prueba la valentía y decisión de los hombres que iban a ayudar a su triunfo para la estructura de un Estado nuevo bajo la jefatura indiscutible e indiscutida de Francisco Franco.

Con sus cantos de amor y de esperanza, con la idea poética y la ilusión en el futuro de la Patria —convertida en la amplitud del Movimiento Nacional— estuvo Falange muy presente en el esfuerzo heroico de los frentes de combate y en las duras pruebas del cautiverio.

Tras la Guardia Vieja que —después de tanta prueba de fuego— había quedado en pie, la legión numerosa de los jóvenes y los nuevos. Y unos y otros, en las metódicas etapas de la paz, ayudarían a que los avances de política social no se quedasen sólo en promesas y se perdiera la esperanza en otros muchos avances de revolución técnica que hoy vemos sobre la tierra española como una esplendorosa realidad.

Con un mismo estilo el Movimiento ha logrado cambiar la estructura del país, limpio ahora de aquellos juegos turbios y resentimientos de otras épocas.

Se han logrado importantes mejoras en materia la-

boral y se ha estructurado todo un sistema de seguridad y asistencia.

La ordenada y metódica Revolución Nacional, la que promete y construye, ha sido y es el fruto de los ímpetus saludables y las impacencias de quienes desde hace un cuarto de siglo siembran en España la flor de la buena inquietud social.

Sin precipitaciones, serena, alegre, sin dejarse devorar por su propio ímpetu, pero siempre con el aire de su eterna juventud, parece que Falange ha hecho suya la sabia del árbol de la vida y la línea maestra de la continuidad en la Historia.

Humano y, por tanto, perfectible, el Movimiento tiene para cada día su afán y para cada año la reserva nueva de su ilusión inagotable y su esperanza inextinguible.

Muchos cambios ha conocido el mundo en esos veinticinco años, en que las mutaciones de sistema se han sucedido y fuertes conmociones políticas tuvieron lugar en gran número de países. No obstante, ahí está el Movimiento español, incólume y vencedor de todas las pruebas, con sus mismas banderas al aire de la paz, como antes lo estuvieron al aire de la guerra.

Las razones del Movimiento Nacional siguen perennes a los veinticinco años del 29 de octubre de 1933, ha dicho el Caudillo. Unas razones tensas y vigilantes para la con-

tinuada transformación de la Patria. Las razones del Movimiento Nacional, esas razones de sacrificio, de rompimiento contra los partidos políticos que enfrentan y dividen a las naciones, son también imperativos para aquellos pueblos que quieren progresar o que quieren cambiar la suerte a que estaban sometidos. Las razones del Movimiento Nacional han si-

do, pues, las bases sobre las que se ha forjado la unidad de las tierras y los hombres de España. Una unidad que ha fundido en las mismas fibras a los requetés, a los falangistas, a los campesinos, a los obreros, a todos aquellos que han sentido a la Patria como una unidad de destino en lo universal.

Las palabras de José Antonio hace veinticinco años, pa-

labras nacionales y no partidistas, han tenido, pues, semilla fructificada. Al calor de la guerra y al aire de la paz. De esa paz soñada con paso alegre, sí, pero con paso firme, en la que continúa la historia del Movimiento, bajo el pulso sereno de Francisco Franco, su Jefe Nacional, proyectado hacia el futuro también de la misma Historia de España.

LA PALABRA DE JOSE ANTONIO

«EL SISTEMA democrático es, en primer lugar, el más ruinoso sistema de derroche de energías.»

«SIENDO LA fraternidad uno de los postulados que el Estado liberal nos mostraba en su frontispicio, no hubo nunca situación de vida colectiva donde los hombres injuriados, enemigos unos de otros, se sintieran menos hermanos que en la vida turbulenta y desagradable del Estado liberal.»

«NO ASPIRA el socialismo a restablecer una justicia social rota por el mal funcionamiento de los Estados liberales, sino que aspira a la represalia; aspira a llegar en la injusticia a tantos grados más allá cuantos más acá llegaran, en la injusticia, los sistemas liberales.»

«EL MOVIMIENTO de hoy, que no es un partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora que no es de derechas ni de izquierdas.»

«LA PATRIA es una unidad total en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado.»

«QUE TODOS los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.»



Un momento del solemne acto celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid para conmemorar el XXV aniversario de la fundación de Falange Española.

«QUE DESAPAREZCAN los partidos políticos. Nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, nacemos todos miembros de una familia; somos todos vecinos de un municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo. Pues si éstas son nuestras unidades naturales, si la familia y el municipio y la corporación es en lo que de veras vivimos, ¿para qué necesitamos el instrumento intermediario y pernicioso de los partidos políticos, que para unirnos en grupos artificiales empiezan por desunirnos en nuestras realidades auténticas?»

«QUEREMOS MENOS palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros le estimamos, portador de valores eternos, cuando se le estima envoitura corporal de un alma que es capaz de condenarse y de salvarse.»

«QUEREMOS QUE todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa; es decir, que las funciones a realizar son muchas; unos, con el trabajo manual; otros, con el trabajo del espíritu; algunos, con un magisterio de costumbres y refinamientos. Pero que en una comunidad tal como la que nosotros apetecemos, sépase desde ahora, no debe haber convidados ni debe haber zánganos.»

«QUEREMOS QUE no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse en casa de los famélicos, sino que se dé a todo hombre, a todo miembro de la comunidad política, por el hecho de serlo, la manera de ganarse con su trabajo una vida humana, justa y digna.»

«QUEREMOS QUE España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia.»

«PERO NUESTRO Movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan sólo. No es una manera de pensar, es una manera de ser.»

(Del discurso fundacional de Falange Española.)



**Un buen traje necesita
una buena "tijera"...**

Una buena tijera pide un paño de calidad.

Si Vd. quiere vestir bien,
seleccione el paño de su traje
con el mismo cuidado
que escoge el sastre . . .

Fíe al prestigio de una Marca.



PAÑOS



En Peñarroya y Pueblo Nuevo, Solís recibe el homenaje de todos los trabajadores



EN EL PAISAJE, OLIVOS Y CHIMENEAS

NUEVAS ALMAZARAS, MERCADOS, ESCUELAS Y VIVIENDAS SE ALZAN EN LAS TIERRAS DE CORDOBA

POZOBLANCO, PEÑARROYA, LUCENA Y CABRA EN EL VIAJE DE SOLÍS

LA caravana ha cruzado el puente sobre el Guadalquivir y se dirige hacia el Sur, hacia los barrios del futuro. Córdoba se ha quedado atrás, al otro lado del río que en esta mañana luminosa parece más grande y más quieto.

La fila de coches deja la carretera y sigue ahora un camino embarrado que se convertirá dentro de muy poco tiempo en una calle importante. El camino está flanqueado de nuevas construcciones, de edificios a punto de concluirse. Después desemboca en una ancha plaza. Aquí están las viviendas que construye la Obra Social de la Falange en el extremo más meridional de Córdoba.

A través de las ventanas, aún sin cristales, llega el ruido de los martillos, de las sierras, repetido en ecos por las habitaciones vacías. En todos los detalles se advierte la inminencia

del final. Los obreros concluyen ahora la obra y ya falta poco tiempo para que estos hombres dejen el lugar a los nuevos vecinos que esperan en Córdoba ocupar sus viviendas.

José Solís, Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos, ha acudido a las obras del nuevo poblado. Es ésta una de sus primeras visitas en el largo programa de actos que llena su viaje a las tierras cordobesas. En la mañana del día 20, el Ministro ha recorrido el nuevo barrio.

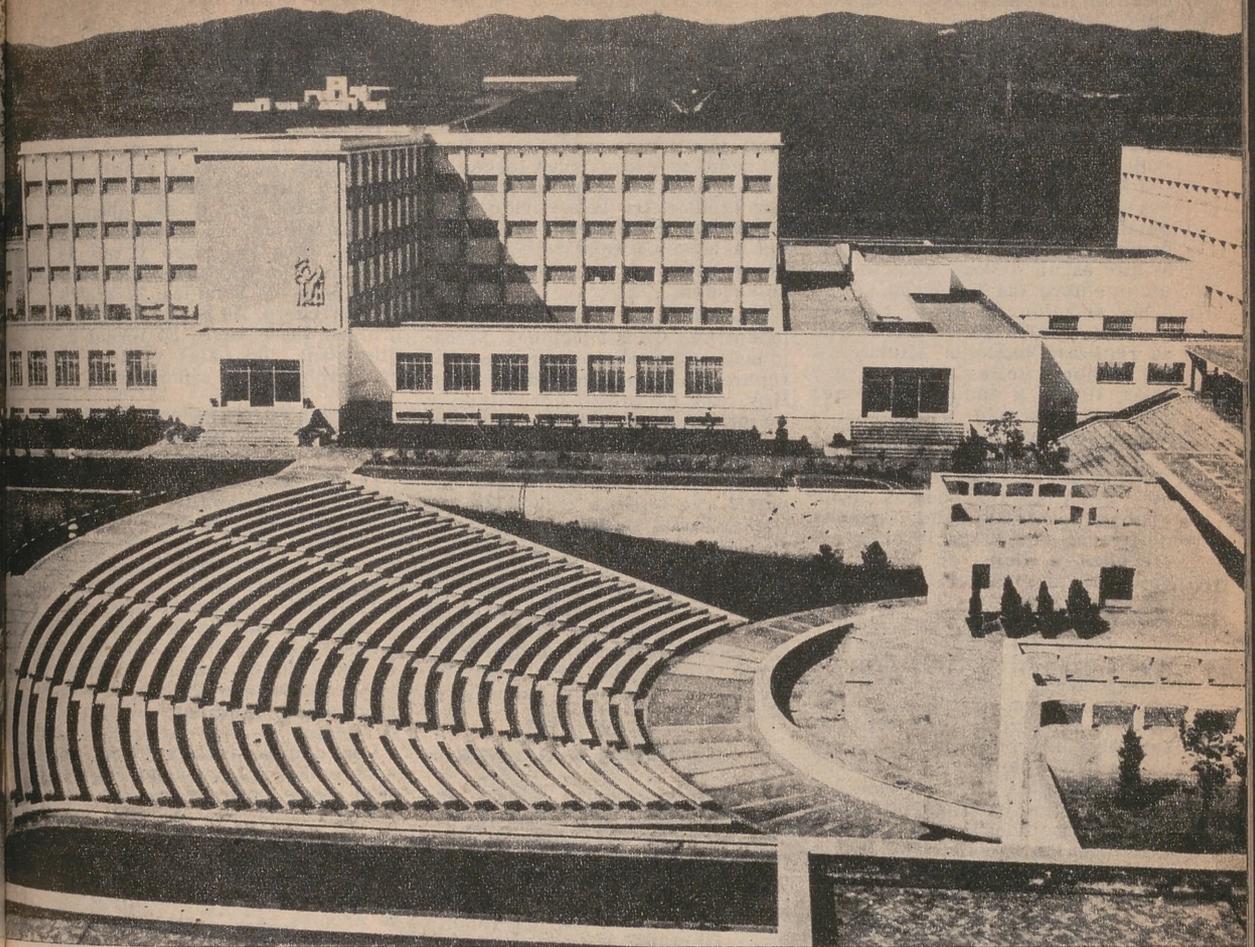
Los bloques de viviendas se alargan en las calles tiradas a cordel, y como el terreno es completamente llano, falta la perspectiva general del barrio. Para eso está una maqueta en donde las casas diminutas dejan adivinar lo que será esta nueva zona urbana.

Los edificios de cuatro pisos

se alternan con los de dos. En los más altos se construyen 352 viviendas, repartidas en trece grupos diferentes. En los bloques de dos pisos se dispondrán otras 148 agrupadas en cinco manzanas.

Sobre una de las casitas de la maqueta se alza una pequeña bandera de papel que marca el emplazamiento del grupo escolar con que contará el poblado. Luego, en la realidad, es posible recorrer el grupo, un edificio de escaleras y pasillos anchos por donde correrán dentro de muy poco tiempo legiones de chiquillos que hallarán su educación primaria sin necesidad de desplazarse a otros barrios de Córdoba.

Ahora se acomete con rapidez la realización de todas las obras ya necesaria urbanización. El poblado contará pronto con los correspondientes servicios de luz, agua y alcantarillado.



EL MERCADO Y LOS MOLINOS

El centro geométrico de Pozoblanco era hasta hace poco tiempo un sucio espacio de tierra removida que, según el tiempo, se convertía en polvo o barro. En alguno de sus lados limitaba con las bardas descuidadas de algunos corrales o con escombros olvidados allí hacia muchos años.

Ahora, en ese lugar que antes evitaban las gentes de Pozoblanco, se alza un edificio nuevo, colmado de grandes arcos que abren camino a unas naves espaciosas. Allí se alza el nuevo Mercado de Abastecimientos que ha inaugurado el Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos.

El Mercado cuenta con 87 puestos, de los que 30 están destinados a la venta de verduras y hortalizas, 28 a la de carnes, 10 para ultramarinos, 8 para pescados y 8 para frutas. Por todas partes mármoles y azulejos alegran el aspecto de las nuevas instalaciones. Y si alguien piensa que el mercado parece demasiado grande, cabe añadir que también lo es Pozoblanco y que, además, el Mercado de Abastos servirá en muchas ocasiones para atender a las necesidades de toda la comarca que tiene por capital a este pueblo cordobés.

Sobre el arco de la entrada campea el gallo junto a la enclina del escudo de Pozoblanco.

Las gentes del pueblo contemplan con orgullo la nueva obra porque saben que es totalmente suya. Tras la adquisición de los terrenos por parte del Ayuntamiento, éste realizó un presupuesto extraordinario por valor de 1.365.000 pesetas, cuya partida de ingresos se cubrió por completo con una Emisión de obligaciones municipales suscrita inmediatamente por las gentes de Pozoblanco. Quién más, quién menos, todo el que pudo acudió con su dinero a financiar esa obra que es para todos, y así ha nacido por la voluntad de un pueblo, un edificio que ha transformado la fisonomía del centro de Pozoblanco.

Ahora se halla en construcción la Cooperativa Olivarrera, otra obra de gran importancia que ha visitado detenidamente el Ministro Secretario General del Movimiento.

En la Cooperativa se dispondrá de una almazara, que iniciará la molturación con dos prensas en el próximo mes de diciembre. Las obras que llevan un rápido ritmo de ejecución, han supuesto el desplazamiento de 7.000 metros cúbicos de tierra y la construcción de 1.500 metros de mampostería. En la actualidad, está edificada una gran nave de 400 metros de longitud por 10 de anchura, con armadura de hormigón armado.

La almazara dispondrá de un total de seis prensas, con un coste total de tres millones de pesetas. Cuando se halle totalmente concluida, su capacidad

El nuevo teatro griego de la Universidad Laboral

de molturación será de siete millones de kilos y la de almacenamiento de un millón de kilos de aceite, la mitad de ellos en trujales subterráneos, y la otra mitad en depósitos metálicos de superficie. Constará de tres molinos gigantes de piedras cónicas, cada uno de los cuales surtirá a dos prensas.

El Servicio Nacional de Crédito Agrícola ha concedido a esta Cooperativa de Pozoblanco cinco millones de pesetas.

Y como antes en Alcaracejos, la visita del Ministro es también para las construcciones que se levantan cada día a ritmo más rápido por toda la superficie de España, las nuevas viviendas y escuelas siempre multiplicadas a medida que lo exige el ritmo de crecimiento de la población española.

DIALOGO CON LOS MINEROS

Peñarroya y Pueblo Nuevo son dos concentraciones urbanas que ha juntado la Geografía cordobesa muy cerca de la raya con Badajoz. Andalucía termina por estas tierras, pero en estos pueblos hay detalles y rastros que marcan sus características regionales.

En Peñarroya y Pueblo Nuevo, donde viven y trabajan los mineros que sacan cada día el carbón a la luz del sol, hay los mismos problemas y también se

estudian las mismas soluciones. Todos giran alrededor del agua, indispensable para la vida de las gentes y para el funcionamiento de las industrias. La caza del agua es un empeño común para el que los hombres de estas tierras han solicitado la ayuda de Solís.

Y allí, en la Casa Sindical todavía en construcción habló quien quiso. Las gentes de Peñarroya-Pueblo Nuevo supieron lo que es un diálogo abierto con un inmiembro del Gobierno.

En el salón de actos, todavía con las señales de las obras que se realizan, habló el Ministro a los hombres de las minas, y después, invitó a todos a exponer públicamente sus problemas y sus demandas.

Y hablaron, uno tras otro, todos los que tenían algo que decir; mientras, los demás escuchaban, sabiendo que aquellas peticiones que luego le eran entregadas a Solís en notas, se convertirían más tarde en objeto de estudio para el Ministro.

El día anterior, a aquellas mismas horas, José Solís había visitado las maravillosas instalaciones de la Universidad Laboral de Córdoba. Había departido con los muchachos que mañana se distribuirán por todas las fábricas y talleres de España; ahora cumplía hablar con los hombres que ya están allí, que no han podido gozar por su edad de los beneficios que alcanzan a las nuevas generaciones de trabajadores.

DOS RELOJES FRENTE A FRENTE

Lucena tiene una plaza grande y triangular a la que se asoman dos altas torres. A un lado, el campanario de una iglesia, ancho y coronado por unos tejados policromos, que han perdido sus tonalidades con las lluvias de muchos años. Enfrente está la torre más moderna, la del Ayuntamiento, de blancos soperales: Al pasar frente a ellos parece imposible que tras esos arcos queden las ventanillas burocráticas. Las gentes de Lucena han aprendido así a hacer alegres las instalaciones burocráticas.

Cada torre tiene un reloj, casi a la misma altura, que da la hora para las gentes que pasan por la plaza camino de sus quehaceres. Ante ese inmenso rectángulo lleno de luz se han dado cita los luceninos para recibir a Solís, que acudió a su Ayuntamiento.

Después, a pie, por las calles engalanadas, el Ministro y sus acompañantes se encaminarían a inaugurar los nuevos locales del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

También aquí, en Lucena, se estrenan en ese día nuevos barrios para las gentes que trabajan en el campo o en las industrias que han comenzado a desarrollarse. Solís inaugura el grupo "Nuestra Señora de Araceli", que ha sido construido por la Obra Sindical del Hogar. En total suman 160 las viviendas del nuevo poblado, distribuidas en dos tipos diferentes, y cuyo cos-

te se ha aproximado a los once millones de pesetas.

Lucena tiene también desde hoy una nueva Casa Sindical, que se viene a sumar a larga lista de inauguraciones efectuadas por Solís a lo largo de su viaje por tierras cordobesas. Buena señal es esa que las tareas de un viaje ministerial se repartan por igual entre la atención a los problemas presentes y la asistencia a la conclusión de obras que representan otros problemas ya superados.

Hace algunos años, una firma lucenina, Construcciones Mecánicas, comenzó sus operaciones reparando vehículos de motor. Hoy, esa Empresa, agrandada y mejorada, se dedica a la fabricación de maquinaria agrícola para estas tierras cordobesas. Basta, pues, este ejemplo para advertir que Lucena, con 30.000 olivos en su término municipal, no es sólo agrícola, sino también industrial, y que quiere serlo más. Los luceninos han solicitado de Solís facilidades para el desarrollo industrial de la comarca, que permitiría equilibrar el censo laboral, hoy inclinado todavía en su mayor parte a la agricultura:

ESCUELAS Y GRANEROS

Las microescuelas es un invento cordobés que ya se ha hecho realidad, gracias a la protección del Ministerio de Educación Nacional. Los primeros proyectos presentados por don Rafael Cabello de Alba, Presidente de la Diputación, y el arquitecto don Rafael La Hoz, han cristalizado solamente en Córdoba en las 162 microescuelas con que cuenta la provincia cordobesa.

En Lucena hay ya treinta, con una capacidad de 45 alumnos cada una, lo que ha permitido dar albergue a toda la población escolar del término municipal en el breve plazo de veinte días, empleando para el montaje los elementos prefabricados.

Esta revolución arquitectónica se complementa con la que tuvo ocasión de conocer el Ministro dos días antes, en el propio recinto de la Diputación Provincial, donde le fué mostrada una reproducción a tamaño natural de las nuevas viviendas reducidas, con una superficie total de 24 metros cuadrados. Mediante ingeniosas disposiciones se eliminan toda una serie de espacios inútiles, logrando el máximo aprovechamiento del terreno. Esta innovación, obra también del arquitecto señor La Hoz, podrá ser utilizada en la construcción rápida de toda clase de albergues.

Y después, siempre adelante, hay que volver otra vez al campo y a sus cuidados. Solís ha inaugurado en Lucena el almacén-granero de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos.

En las cercanías de la carretera que desde Cuesta del Espino se dirige hasta Málaga se han levantado tres naves donde se almacena gran parte de la producción cerealista de la comarca, amén de las semillas,

abonos y maquinaria agrícola de muchos agricultores. Con el nuevo-almacén granero se evitarán las dilaciones en la entrega del trigo y las pérdidas consiguientes en depósitos improvisados.

El almacén-granero, cuyo presupuesto ha sobrepasado el medio millón de pesetas, tendrá capacidad para 239.000 kilos a granel y 40.000 en sacos. Además, podrán alojar una sulfatadora de motor, otra de carro y sels de mochila, dos tractores, una seleccionadora de semillas, 20 arados de vertedera, 10 cultivadoras, 10 gradas, 2.000 sacos, 85 fardos de hilo sisal, 100 palas y útiles de era, espuestas y esportones.

CUATROCIENTOS APRENDICES

Desde los amplios ventanales se divisan los montes que rodean a Cabra. Casi parece que están al alcance de la mano. El vidrio que separa las aulas de las tierras marca también la divisoria entre dos quehaceres distintos: la agricultura y la industria. Allí afuera están los ricos campos de la comarca egabrense. Aquí, en este recinto, amplio y luminoso, quedan las máquinas, relucientes y nuevas.

Los que se inclinan cada día sobre ellas, aprovechando su trabajo hasta lograr el máximo rendimiento, no son hombres maduros, sino muchachos de Cabra que han escogido su vocación y su deber. Este edificio que se extiende en una explanada rodeada de árboles es la Escuela de Formación Profesional de Cabra. Lleva el nombre de "Felipe Solís Villechenous", el padre del actual Ministro Secretario General del Movimiento, y que durante su vida ocupó repetidas veces la Alcaldía de Cabra.

La Escuela es un edificio en forma de U, donde se reparten las aulas para las clases teóricas y los talleres para las prácticas. Además, cuenta con toda la serie de departamentos necesarios para su funcionamiento. En total, incluyendo los campos de deportes y las restantes dependencias, la Escuela ocupa 13.000 metros cuadrados.

Y a estas aulas nuevas acuden cada día 400 aprendices, que se convertirán dentro de muy poco tiempo en obreros especializados. De aquí saldrán montadores de radio, de transmisores v de televisión; torneros de madera, tallistas, modelistas, ajustadores torneros, instaladores bobinadores, forjadores, cerrajeros, carpinteros ebanistas, etcétera.

La mayor parte de los muchachos que aprenden en la Escuela las técnicas necesarias en la industria viven en Cabra, y desde allí acuden diariamente por una carretera cubierta de árboles que se adentra después en la Sierra. Sin embargo, hay otros que provienen de los pueblos de la comarca y que no podrían realizar diariamente el desplazamiento a sus hogares. Para estos muchachos se ha montado una Residencia-Internado, con capacidad para 60 aprendices.

Las aulas son claras y cómodas. Aquí reciben los aprendices

los conocimientos teóricos que luego desarrollarán en los talleres. Disponen para ello de medios suficientes porque la Escuela de Formación Profesional está dotada de una excelente y variada maquinaria. Para las prácticas de mecánica se cuenta con seis tornos, dos fresadoras, tres taladradoras, una electrificadora, una sierra alternadora y 40 tornillos de banco. En las prácticas de carpintería se dispone de una sierra de cinta, una fresadora, una escopladora, una tupi, una lijadora, tres tornos, una electrificadora, una piedra de agua y 25 bancos de trabajo.

En los talleres de soldadura existen cuatro transformadores o equipos de soldadura eléctrica; ocho puestos de trabajo para soldadura de estaño; un generador de acetileno para seis sopletes, con 34 puestos de trabajo, una cizalla y una electrificadora.

Para prácticas de electricidad se dispone en la Sección de Radio de diez cuadros individuales y cuatro mesas para montaje; en la Sección de Bobinado hay 20 puestos de trabajo, cuadro de pruebas, grupo convertidor, taladradora y bobinadora.

Los talleres de forja y cerrajería cuentan con cuatro fraguas dobles, 20 yunque, un martillo plón, una taladradora y seis tornillos de banco.

"NUESTRA SEÑORA DE LA SIERRA"

Cuando Solís abandonó la Escuela de Formación Profesional comenzaba a anochecer. Por la carretera que rodeaba a distancia el pueblo, la caravana se encaminó hacia los nuevos barrios de Cabra. Fueron tan sólo unos minutos de viaje, pero cuando los primeros automóviles llegaban al grupo de viviendas "Nuestra Señora de la Sierra" la noche estaba casi encima.

Si tantas veces se ha dicho que los árboles no dejan ver el bosque bien valdría la pena de afirmar que en este caso los habitantes del poblado no dejaban ver las casas. De todas las puertas salían las gentes que se lanzaban a la calle a vitorear al Ministro. Pronto la muchedumbre se hizo tan densa, que los coches hubieron de detener su marcha. Entonces, cuando las gentes siguieron el paso de Solís fué posible distinguir la belleza de estas casas surgidas al pie mismo de los montes.

"Nuestra Señora de la Sierra" es una diminuta ciudad satélite que le ha nacido a Cabra. Tiene calles anchas y gentes que sonríen, porque en este barrio es inconcebible la tristeza. Las casas, iguales, parecen distintas a fuerza de macetas, de rejillas y de adornos que han cargado sobre ellas sus moradores. Estas gentes, de raza vieja, saben por experiencia, y lo han demostrado, lo que es esa ciencia del urbanismo. Aquí no hay nada uniforme ni frío. "Nuestra Señora de la Sierra" es un barrio con la gracia andaluza sobre todos los ladrillos.

El Ministro Secretario Gene-



Uno de los bloques de viviendas que la Obra Social de la Falange construye en la zona Sur de Córdoba

ral del Movimiento ha recorrido las distintas edificaciones de este poblado, construido en dos fases, y ya totalmente terminado. En la primera fase se levantaron 48 viviendas y cinco talleres para artesanos; en la segunda, 52 viviendas, en dos bloques de 26. A la hora de hablar del coste, bien valdrá decir que en la primera fase se invirtieron 4.380.144 pesetas, y en la segunda, pesetas 4.983.071.

Pero la noche es ya una realidad, y en una visita rápida el Ministro acude a otra barriada, "Francisco Franco" mayor que la actual. Aquí son ya 398 viviendas las construidas, todas de renta mínima. En una primera

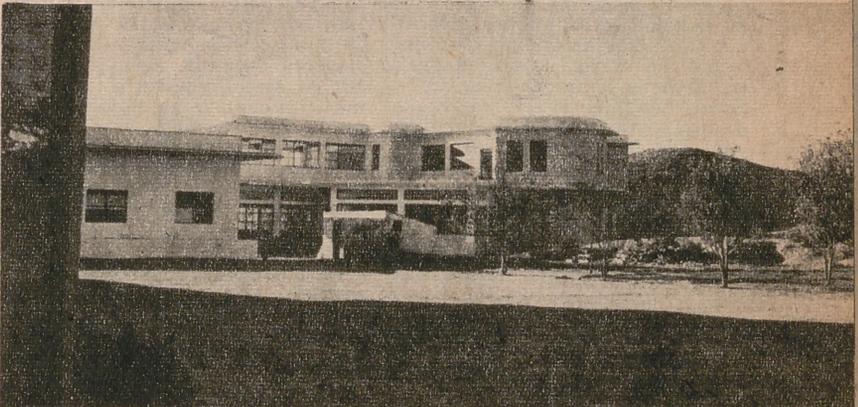
fase se edificaron 210, y en la segunda, 188. En total el coste alcanzó 19.791.993 pesetas.

Después hay que pensar en el retorno a la ciudad. Al día le quedan ya pocas horas y es menester aprovecharlas. En el programa restan todavía actos en la Casa Sindical, en el Ayuntamiento y, finalmente, la cena en el viejo y espléndido Círculo de la Amistad, en donde José Solís recibirá de sus paisanos el nombramiento de presidente honorario.

W. ALONSO

(Enviado especial)

(Fotografías de Mamegam)



La nueva Escuela de Formación Profesional de Cabra tiene capacidad para 400 aprendices

CON LOS HOMBRES DEL CARBÓN

DURANTE TRES MESES EL NOVELISTA CARLOS MARIA YDIGORAS TRABAJO EN LA CUENCA ASTURIANA COMO MINERO

EL novelista Carlos María Ydigoras ha pasado tres meses, día a día, trabajando en las minas asturianas, como un minero más. Ofrecemos aquí a nuestros lectores el relato directo y fiel, sentido y emocionado, de las jornadas vividas por el escritor entre los hombres de la mina.



Carlos María Ydigoras, en el centro, con un equipo de mineros, dispuesto a bajar a la mina

ALLI la cordillera está rota, como si la mano rectora de la naturaleza se hubiese descuidado al dibujarla. Llega el día, y por sus cimas el aire empuja las brumas, encajándolas en el balle. Lenguas de niebla vagan desorientadas, mintiendo un gigantesco incendio que se hubiese apoderado de la cuenca. La visión y los caminos quedan nublados. Poco después, el mundo va blanqueando por Oriente; luego comienza a disiparse el velo. Es el despertar de cada día.

Es con el amanecer melancólico de nubes lechosas, de plumizas manchas, con el que las gentes mineras abren sus ventanas y recorren los caminos. Aún no despertó el gallo y ya los trenes mineros —que vistos desde

las casas colgadas de las montañas parecen de juguete— correatan por el valle entre penachos de humo y silbidos de alerta. Las mujeres mineras, con los ojos aún de sueño, acuden a las puertas a recibir a su hombre, que inicia una jornada de trabajo más. Luego, en una poesía impensada, alargan la vista hasta las cumbres del Aramo, allí donde también despertaron las invisibles chozas de los pastores que la nieve rodea.

La paz del valle se rompe poco después con las sirenas de las minas; en las escombreras, el ritmo suave y lento de los vagones tirados por caballerías aún adormecidas. La niebla fantástica de los brumosos amaneceres asturianos acompaña a los mineros que el monte y los pozos

van engullendo. Las montañas abren los ojos de sus bocaminas. Por ellas desaparecen los hombres del esfuerzo continuo.

El día transcurre como un rosario sabido. Al atardecer las carreteras vuelven a animarse. A pie o en bicicleta, el ejército minero se desparrama en mil direcciones. Bocaminas y pozos arrojan ya robado el esfuerzo diario, grupos de hombres ennegrecidos y cansados. El entrístico crepúsculo asturiano sube con ellos a sus nidos de águila o corre por caminos y carreteras. Una paz parecida al letargo se apodera de la cuenca. Sólo el río, ahora valiente, cantando alegre,

rompe el silencio. Al fondo, el poblado comienza a encender sus luces, y la luna galopa despacio hacia él. Dos mineros, sucios de barro y carbón, con la lámpara colgando, se dibujan en un sendero. Y dos niñas rubias, contrastando sus blancos vestidos en el ambiente oscuro, cogidas de la mano y hablando suave en su idioma increíble, van a su encuentro. Poco después, cuando la noche haya caído plena sobre la cuenca, deslizándose desde las laderas de luto, comenzarán a descender expediciones extrañas. Son también mineros que, con sus "cotones" encendidos, desfilando por senderos de cabras, semejan almas en pena oscilando entre abismos desconocidos. Es como un canto a la noche, quizá la única que puede comprenderlos; un canto que habla de íntima heroicidad, de dureza en el vivir. Van callados, porque el que viene de jugarse la vida habla poco. Y arrullados por el vaho de melancolla que envuelve el valle, saltan arroyuelos, atraviesan gigantescas escombreras, donde ya duermen los vagones, bordean el "campamento blanco", cementerio minero donde reposan las tumbas de los jefes militares del trabajo, velando el sueño eterno de tantos mineros caídos en acto de servicio.

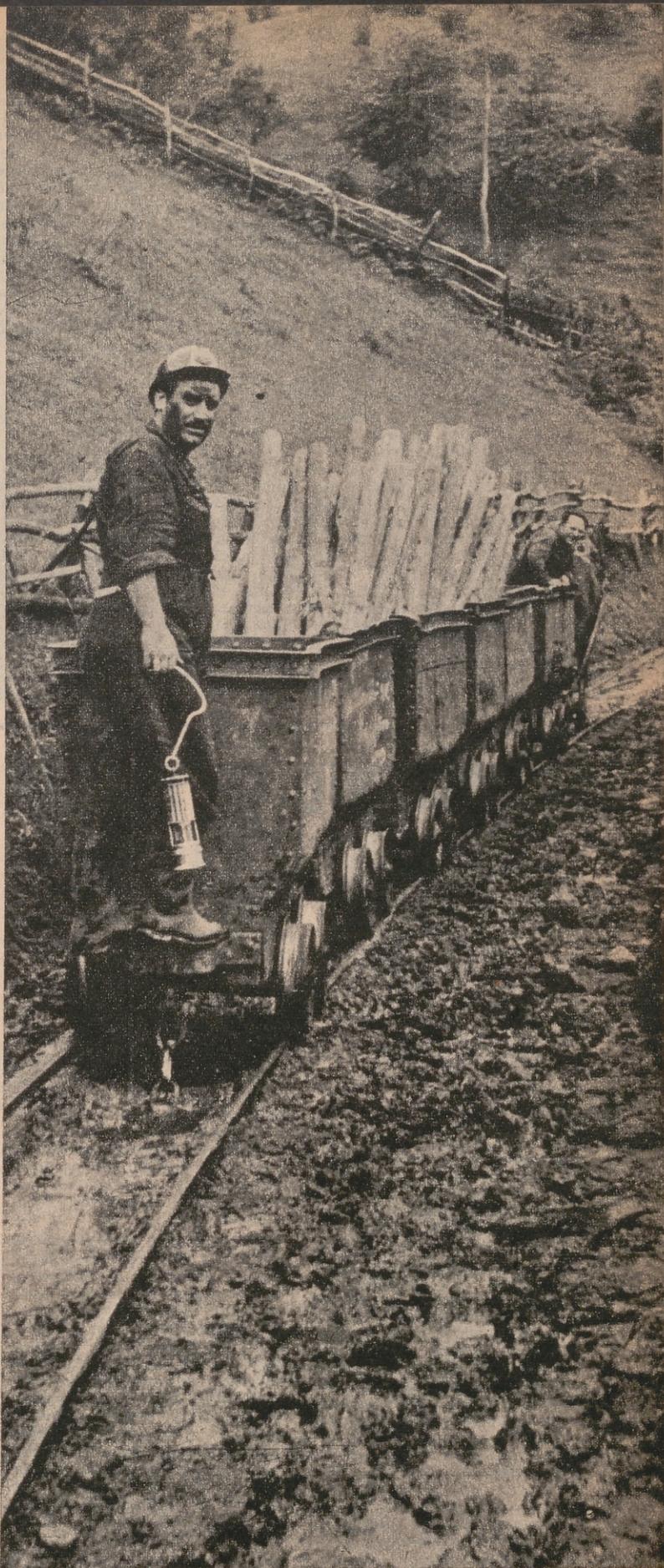
A partir de este sereno lugar el camino se ensancha; fueron muchas las caravanas que lo pisaron en su repetida sinfonía de penas. Cruzan las vías, que lanzan sus hierros entre cualquier encrucijada de la naturaleza, y llegan al río, pobre de tanta sangre y negro de tanto residuo, pero ahora alegre, dijimos, porque el hombre dejó momentáneamente de martirizarle. Han llegado al poblado, ya dormido. El día ha terminado.

Allá a lo lejos, la antorcha olímpica e incansable de Figaredo ilumina la cuenca.

EN LA "JAULA", HACIA EL FONDO DE LA MINA

Son las cinco de la mañana. Solitarias parejas de entibadores y vagoneros caminan hacia el tajo. Dos horas después, la mina terminará de despertar con la llegada del relevo entero. Los últimos en entrar seremos los hombres de la dinamita, los barreñistas, con nuestras cajas de explosivos y rollos de mecha. Esponjas, cascotes, fulminantes. En los bolsillos, la comida y la bota. No saldremos de la mina hasta terminar la jornada. En las de montaña, a pie; otros se adentran en las galerías. Antes habrán quedado unos minutos esperando "coger luz". Nosotros no lo necesitamos hacer. Ya estamos congregados en torno al pozo, por cuya caña suben y bajan sin cesar enormes jaulas. Las mulas espantadas se resisten a entrar; el hombre ya está domado. Y silenciosamente vamos llegando al rectángulo de hierro. Es un cargamento de gente joven, plena de vitalidad.

Se oyen unos timbres, y, obedientes a la señal, la jaula comienza a descender. Un mundo de tinieblas y de silencio nos rodea. Apenas algún comentario



El novelista, convertido durante tres meses en vagonero, en pleno trabajo. Las vagonetas, cargadas con el material para entibar, se dirigen a la boca de la mina

que quiere ser chistoso, y que a veces consigue su propósito. Un resignado murmura: "Bueno, otra vez para el infierno". Y otro responde: "Si siguiésemos bajando hasta llegar al otro lado, a lo mejor encontraríamos una coreana guapa". "Yo con encontrar luz me daría por satisfecho. No sé por qué eso del Imperio del Sol Naciente me está empezando a interesar —añade un tercero—. Si por lo menos..."

La conversación muere porque en la jaula se producen unos ruidos estremecedores. Choca contra las guaiaderas. Ya estamos acostumbrados, sobre todo ellos; pero el saberse colgado de un cable a centenares de metros de profundidad, no es nada agradable. La jaula se ha parado, y en la más absoluta tiniebla pasan minutos que parecen eternos. Alguien enciende la lámpara; los rostros se iluminan de una manera que casi es dantesca. Atenta a nuevas señales sonoras, la jaula sigue su marcha. Y aún surge algún comentario: "Este señalero no me gusta; esta campana parece que está tocando a muerto". "No, hombre, es un fox..."

Como la jaula ahora se desliza velozmente, alguien refunfuña: "Como ayer fué domingo, el de

la palanca aún está espumoso". "¡Le vi en Casa Luis con una buena castaña!", añade el compañero. Aminoramos la velocidad y segundos después estamos parados en la última plata del pozo. Van saliendo lentamente los mineros, esparciéndose en distintas direcciones. Unos van hacia el socavón Norte, otros hacia el Sur, algunos quedan en la maniobra. El vigilante da algunas instrucciones al grupo que vamos hacia la galería 2, y nos ponemos en marcha. El que abre camino comienza a cantar, muy suave, como un rezo:

*En el fondo de la mina
con pena escuché un cantar;
era la voz de un minero
que nunca podre olvidar...*

Nuestros pasos resueñan uniformes y secos contra la tierra o las vías. El agua corre abundante por las cunetas y cae de las bóvedas sin entibar. Al fondo, en una lejanía que parecía infinita, surgen por instantes luces que se diluyen en la plena oscuridad, como fuegos fatuos. Enormes costeros desplomados la noche anterior, son retirados por los vagoneros de turno. Suelen ser desgarres ocurridos a las doce, a medianoche, cuando la

tierra da vuelta, al decir de los mineros.

Del grupo van separándose parejas que desaparecen en las bocas de las galerías. Oímos unos momentos su andar lento, como si meditases. Luego, la tierra y las tinieblas se los traga. Nosotros seguimos adelante; nos queda más de un kilómetro para llegar al punto. Y en nuestra marcha —llevo apenas una semana de mina— seguía encontrando mil motivos de asombro, de temor o de íntima satisfacción al sentirme venciendo los primeros miedos. Martillos colgados de los postes, que semejan horribles murciélagos; máquinas que en los cortes, enfurecidas, parecen morder con sus mandíbulas de acero la roca que caía a pedazos; vagones volcados; mulas que surgen inmóviles de la oscuridad como animales prehistóricos; bóvedas amenazando desplazarse; un sol rojizo, deslumbrante, que avanza sollozando: el tractor arrastrando una treintena de vagones. Un silbido que llega a ser enloquecedor se acerca; pasamos ante la turbina, dándonos una honda sensación de alivio. Entre las sombras se ven luces extrañas, estáticas, que no son sino maderas podridas y fosforescentes. Por los costados, por los hastiales de la galería 2, en la que acabamos de entrar, surgen negruras que asustan. Son las salidas de los pozos verticales, de cinco o seis metros de potencia. El carbón ha sido arrancado, y a falta de relleno, la montaña herida y subterránea es mantenida por medio de largas mampostas. Semeja aquello el esqueleto de una ciudad maldecida, entre cuyos restos saltan demonios aún no condenados; tupidos enramajes y, bajo ellos, parece, a millares de metros de profundidad, centellea una lucecita, como un guñón del infierno.

EL TRABAJO EN LAS GALERIAS

A nuestro lado pasan como en un entierro prohibido, hombres vencidos por enormes troncos que aplastan sus espaldas. Más allá, un bulto negro se encarama en una vagoneta, mete la cabeza por un agujero, poco mayor que ella, y agitando los pies como la cola de un pez herido, va siendo tragado por la tierra. Tras él va la manguera de aire que hará funcionar el martillo. Otros picadores le imitan, otras manchas son tragadas por la montaña voraz. Árboles ya muertos, y aún con flores, como en un último intento de resurrección, están caídos a ambos lados de la galería. Algunos tienen una pasta, blanca pegada a sus heridas, como el postres vómito. Una quiebra sostenida a tiempo nos espera unos metros más allá. Dos parejas de posteadores ya la han apuntalado y proceden a su levantamiento. Escombros, maderas y carbón, junto a cuatro hombres semidesnudos. Solicitaron nuestra ayuda para colocar una enorme tranca. Elevar aquellos macizos árboles es como aportar hasta las últimas fuerzas. Allí los deamos perdidos en nuestras huellas que el agua cubría. La

EL MOMENTO DE ARGELIA

ODOS los esfuerzos del general De Gaulle se dedican ahora, después de haber ganado plebiscitariamente la reforma política del régimen, a un solo objetivo: conseguir la participación de Argelia.

En la conferencia de Prensa de hace unos días hizo público un ofrecimiento al Frente de Liberación Nacional para discutir todos los problemas que suscite la pacificación. El general ha ofrecido una "paz a los valientes", dentro de cuyo arco de resonancias cabe, según el jefe del Gobierno francés, una posición nueva: reintegrar Argelia a la normalidad, sin humillaciones para los combatientes, para los combatientes rebeldes.

Moviéndose, evidentemente, bajo los resortes de una autoridad, hoy indiscutida, quiere el general De Gaulle llegar a unas conversaciones con los rebeldes, que no entrañen nada más que eso: la pacificación y no, supuestamente, consulta a diálogo político sobre la independencia o la independencia del territorio.

Es claro que la operación degaullista nace de una alta confianza en sí mismo del jefe del Gobierno, que aspira a resolver, en el momento que mayor consideración política ofrece su persona al país, la larga guerra de cuatro años de enervante y agotadora tensión terrorista y militar.

Aunque inicialmente el Frente de Liberación Nacional se negara al diálogo, esta posición irreductible ha sido superada y puede hablarse ya de conversaciones directas entre los rebeldes y el Gobierno francés.

Cualquier esfuerzo por liquidar la guerra de Argelia tendrá, inevitablemente, consecuencias muy profundas sobre las fronteras inmediatas de Marruecos y Túnez, donde los grupos extremistas utilizarán siempre el conflicto argelinofrancés como un pretexto de considerable importancia publicitaria y propagandística contra la cooperación y la amistad afro-europea.

De toda esta nueva fase de contactos destaca, sin embargo, la presencia de ánimo y la serenidad del general para intentar liquidar un conflicto tan espinoso sin abandonar, al tiempo, las riendas. Pensar que esto sea fácil es intentar enmascarar la verdad; pero de hecho, ninguna personalidad francesa puede llegar a una solución satisfactoria, como es el caso del general De Gaulle, sin perder al tiempo los estribos. La guerra de Indochina, eje de la IV República, tuvo el final de todos conocido. Si De Gaulle consigue entrar en la V República con el cheque en blanco de la paz en Argelia, su capacidad política de movimientos será enorme.



Con un grupo de compañeros. El segundo por la izquierda es Idígoras

lámpara había caído en el esfuerzo, y al recogerla, la potasa que escapaba por las fisuras quemaba mis manos y horadaba la ropa. De un pozo hondísimo subían como negras palomas los juramentos de alguien que se lesionó. La mina, que es como una persona que duerme, ronca, calla, se enardece y ataca, y hasta sonríe, empezaba en aquellos momentos a moverse por sus cuatro ángulos. Un picador, que cabecaba unas mampostas, mira atento al techo que "migaba", como un cazador avezado, buscando el punto por donde amenazaba derrumbarse. Otros ya hacían vibrar sus martillos en una canción que se unía al calor sofocante —por que estábamos a muchos metros de profundidad— a la del grisú presente. A veces, por las galerías llegaba avasallador un súbito silencio, como si los hombres de las rampas y los transversales sintiesen la íntima impresión de un dios negro que se preparaba a derrumbarse. Poco después, la vida continuaba: escombros, despeñándose, grandes masas de carbón cayendo por los coladeros, hachazos. Luego llegaba la canción:

*El polvillo y el grisú,
todo lo traga el minero.
¿Cómo puede ser posible
que pueda llegar a viejo?*

Polvo irrespirable, pies enfangándose, casi prisioneros del agua y del islam; hombres encaramados en un agujero, maneando, abriendo con un martillo columna un contraataque que habría de conducirlos de nuevo a la capa de carbón, perdida en una de las corrientes fallas; otros emergían como diablos arrepentidos de los boquetes del suelo. Una mancha negra se aupaba sobre los brazos, y una figura increíblemente enlutada,

que venía de palmar las profundidades del mundo, comenzaba a andar por la galería. Ni un saludo, nada. Con su lámpara colgada del cuello y su agotamiento se alejaba. Tal vez hubiese terminado la jornada; quizá sólo se marchaba en busca de unas mampostas de pino, las más resistentes y nobles, ya que avisan al romperse. En aquella peligrosa zona en que hinchaban los hastiales y tiraba el techo, la voz de alarma del pino era imprescindible, vital.

Ellos saben que siempre se está a punto de morir. Que la tierra respire, que se contraiga unos milímetros, y quedarán aplastados; que un derrame o un costero bajo con su enorme peso y la velocidad adquirida por la altura, que el agua —el mejor picador junto con el grisú— les arrastre; que el gas, que siempre canta a su lado, se inflame.

Pero el minero aún canta, porque de madera de héroes está hecho. Y en medio de tanta tragedia, sus coplas son inocentes, ingenuas, como las de perfecto guerrero...

*Resaladina y guapina
me lo llaman los mineros.
Otra vez que me lo llamen
a la mina voy con ellos...*

LOS BARRENISTAS, EN ACCION

Cuando llegamos al corte, los vagoneros terminaban de llenar las dos últimas unidades provenientes de la "pega" del día anterior. Sudorosos, chorreando bajo la lluvia subterránea y tenaz. Nos dirigieron un seco saludo, aún sigieron paleando unos minutos más, y tomando la lámpara se alejaron. Poco después llegaba el caballista; enganchó los vagones y fué tras ellos. Allí, a dos kilómetros de la

maniobra, solos, deberíamos pasar la jornada.

Debimos de comenzar por poner un freno. Una bóveda enorme se abría sobre nuestros cascos. El "encabezado" comenzó a apuntalar mampostas, mientras yo me alejaba en busca de troncos para rellenar el hueco. Dos horas en las cuales el agua parecía haber empapado hasta el último de nuestros huesos; dura la operación. A su término acudió un picador para "regar" la guía, operación que consiste en arrancar el carbón del corte para que al explotar los barrenos encuentren salida, y el efecto de la descarga sea mayor.

Mientras él picaba, nosotros cargábamos el mineral recién extraído. Dos, seis, ocho vagones. Cuando las pañas y el martillo callaban un instante, el canto del grisú que escapaba por la herida negra nos acompañaba con su música amenazante y conocida. Abrimos la tubería del aire para purificar el ambiente, y una sensación de sosiego nos envolvió. Sólo por unos instantes. La cerramos pronto por el aire, arrastrando a la presión de siete atmósferas partículas de óxido arrancadas del tubo; podía crear una continuidad de fuego. Este, al hacer contacto con una determinada temperatura de grisú, que quizá existiese en aquellos momentos, podía provocar la explosión.

El picador había concluido su trabajo. Y nosotros el nuestro. Juntos nos alejamos unos metros del agua, y con nuestros cuerpos tiritando y sudando, con nuestras manos negras, nos echamos al otro lado de la curva que forma la galería. Allí comeríamos. Esa medianda y ese vino que se toma en la mina —dicen que es por los ácidos, yo creo que más bien es una inconsciente manera de decir que aún se vive—;

tiene un sabor especial, superior a los mejores manjares. Cerca de media hora estuvimos juntos. Luego el picador subió para su tajo y nosotros volvimos al corte. Era tiempo de barrenar.

Dos hombres, el torso desnudo, el pantalón remangado por encima de las rodillas. Unos algodones en la boca, encima la esponja, también protectora. En la cabeza el casco, sosteniendo el foco. Y un martillo accionando una barrena de 1,80 de largo. El trabajo comenzaba

EMPIEZA A JUGAR LA DINAMITA

Lievábamos dos barrenos forados cuando el polvo de la sílice ya formaba un espeso telón. Al tercero, el compañero que pegado a mí sujetaba la otra asa del martillo, ya era una mancha borrosa. La dinamita había "jugado" mal el día anterior, y enormes costeros sueltos pendían sobre nuestras cabezas, cuando al ir perforando debíamos adentrarnos hasta el corte. La roca, herida, se quejaba, dejando caer pedruscos que rebotaban en nuestros cascos como rebotaba la lluvia. Un telón de polvo y agua nos tapaba la visión; trabajábamos casi a ciegas. Y ante aquellos peligros multiplicados, ante aquellas piedras que caían, el barrenista, deteniendo la labor para mirar al techo, apenas murmuraba: "¡Quieta, morena, que contigo no va...! ¡Vamos a ser juiciosos!" El ronroneo seguía; un agujero más estaba hecho; otros ronroneos, que eran como explosiones sin fin, llegaban de arriba, de nuestras espaldas. La montaña, acosada por el agua y el gas, seguía partiéndose en sus entrañas. Se diría un lejano bombardeo de aviación. Y bajo él, el "encabezado", práctico barrenista que conocía la piedra. Y como arrancaba seguía marcando puntos. Luego venía a mi lado y, juntos, proseguíamos la tarea. Eran ya

cinco los agujeros. El polvo podía partirse de espeso; esa sílice maldita que con el tiempo destruye los pulmones de los barrenistas, auténticos héroes del trabajo...

Cuando me alejé para traer las mechas y las dinamitas, miré un momento a mis espaldas. Allí, entre aquel telón, una mancha en pie. A su lado dos lámparas.

Ahora llegaba un capítulo impensado. Era el momento de preparar las cargas y al minero, acostumbrado a jugar con la muerte; quería saber quizá qué clase de hombre era aquel que bajó a trabajar con ellos sólo por escribir una novela...

—¿Tú qué tal relaciones tienes con la dinamita?

—Hombre, hubo un tiempo en el que...

—Pues empieza. Toma la mecha y los fulminantes, y adelante.

Comencé a unirlos. Con la boca apreté el fulminante.

—¡Eso se hace con las tenazas!

—¿Vosotros lo hacéis así?

—¿Quieres meter la dinamita?

—¿O es que eso te da reparo? —me propuso después de poner fin a mi primera tarea.

Aterido, cansado como estaba, aquella "prueba" no me resultaba muy agradable. Pero la situación estaba planteada, y había que seguirla. Tomé el fulminante y lo introduje en el cartucho de dinamita-goma. Así preparé los siete. Luego fui introduciéndolos en el agujero y atacándolos.

—¿Los estopines?

—Ya voy...

Ya estaba la carga preparada. Los cartuchos de arcilla que cerraban los orificios, bien atacados. La oscuridad, en aquel rincón del mundo subterráneo, era casi plena. Frío, polvo, una sensación de irremediable desastre me embargaba. Y pese a todo, tenía que seguir demostrando ánimo ante aquel magnífico

hombre de trabajo, casi de lucha, que llevaba muchos años jugando con la muerte, como yo iba a jugar ahora.

—¿Quieres encender, o lo hago yo?

—Lo haré yo.

—¡Pues dale!

Sería el primer estopín que encendería en mi vida. Un reguero de humo señaló la marcha de la pólvora. Tomé otro y un nuevo humo se juntó al agua y al telón de sílice. Y otro más, y otro... El siguiente falló. Con nerviosos movimientos, lo cambié por el repuesto. El barrenista parecía una estatua. Seguí encendiendo. Ya estaba la "pega" entera ardiendo. La mecha que encendí en primer lugar se acercaba a la embocadura del agujero. Al explotar, ¿no inflamaria el grisú, provocando la temida catástrofe? Era una soledad aquélla, una losa de serena angustia la que parecía envolverme...

—¿Nos vamos? —le pregunté, cogiendo la lámpara, deseando alejarme de aquel lugar.

—Si, vámonos —repuso con desgana—. ¡Ah!, coge ese clavo, que mañana nos hará falta.

Obedecí, y repetí mi pregunta.

—Y esos trozos de mecha. Para algo servirán.

Mis ojos corrieron de un lugar para otro, para terminar clavados en las mechas encendidas. ¿Si saltaba alguna por defecto de fabricación? ¿Si...? Era una tensión de nervios crispada... y serena al mismo tiempo. Todo lo que de hombre llevamos dentro debe aparecer en estos momentos.

—¿La bota? ¿Dónde dejaste la bota?

—Es igual; tengo otra en casa.

—No, hay que buscarla; aquí no puede quedar nada.

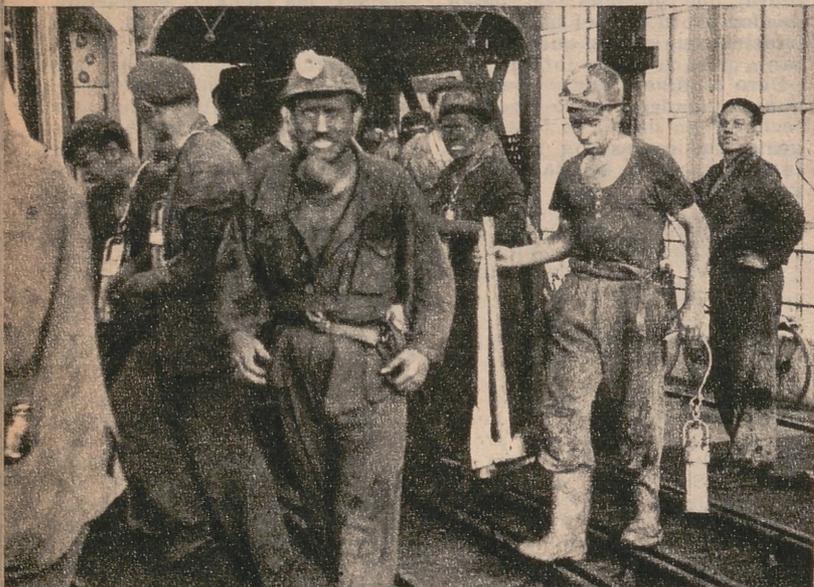
Si, momentos inolvidables, pese a la guerra conocida.

—Vámonos...

—Si quieres, ahora podemos sentarnos a fumar un cigarrillo.

—No, vámonos —repetió displicente.

Apenas habíamos llegado a la curva que nos viera horas antes comer, cuando un trueno espantoso sacudió la mina. Los cascotes se estrellaron contra el hastial de enfrente. El templado minero se volvió rápido, se diría que sorprendido. Luego siguió con sereno paso. Otros parrenos saltaban; la mina entera parecía crujir, resquebrajarse. Más detonaciones venían de distintos sitios. La fiesta de los barrenos había comenzado; un bombardeo sincronizado se expandía por transversales y galerías. Y nosotros, entre tanto rumor, debíamos ir contando las explosiones de nuestra "pega", para ver si estallaban todos los cartuchos. Si alguno fallaba, habríamos de tener buen cuidado de ponerlo en comunicación del vigilante. Al día siguiente vendrían los vagoneros y un golpe de pala provocaría desgracias. Iban cinco; faltaban dos aún, y no pude evitar la tentación de volver la cabeza. Aunque de una manera indirecta, los fognazos eran desde allí visibles. Parecía un infierno formándose, estallando; un



Los mineros salen del trabajo. Se acaban de vivir horas tensas, de dura labor. Ahora queda, como premio bien ganado, el descanso



Turón, vista general; corazón y eje de la cuenca minera asturiana

monstruo escupiendo lenguas de fuego; cólerico, porque sus víctimas, que él creía propicias, se escapaban. La muerte estaba prendida en toda la planta, y aquel temor mío de que el primer tiro levantase el polvo de carbón y que los siguientes lo incendiasen, no cristalizaba, como lógicamente no debería de ocurrir en la inmensa mayoría de los casos. Una íntima satisfacción iba naciendo en mí, porque los barrenos salían con exactos intervalos, tal como lo haría un sereno barrenista. La prueba estaba salyada. Pensé que después de aquello los mineros me daban su "certificado". Y esto, cuando proviene de hombres como ellos, produce una gran satisfacción.

Dentro de unos minutos habría dejado a mis espaldas el agua, el polvo, las tinieblas, el temor... Unos minutos más tarde vería el sol o las nubes; era igual. Vería el cielo, y correría a una taberna para, ante un vaso de vino, meditar que aún seguía viviendo.

Al día siguiente la jornada recomenzaba. Llegaría a la jaula a las seis de la mañana, y aquel guasón de siempre repetiría la pregunta de cada día:

—Perdón, señor: ¿es éste por casualidad el tranvía que va al infierno?

UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE

Son muchos los puntos de contacto que tienen la guerra y la mina. O al menos así creo haberlo sentido yo en esos tres meses de minería que viví. Lo explicaré de una manera sucinta, porque reconozco que necesitaría aclaración.

Los guerreros y los mineros apenas hablan de otra cosa fue-

ra de la mina o el campo de batalla que de recuerdos. "¿Oye, te acuerdas de aquel que murió en...?" En ambos lugares cualquier ruido extraño produce una reacción instantánea y vital; y el que tiene miedo es el primero que cae. Hay días de calma plena, "Sin novedad en el frente"; otros aciagos, en los que los hombres caen por puñados. La vista y el conocimiento son igualmente necesarios en tales circunstancias; la serenidad alarga la vida, como la prudencia. Hay relevos; se turnan los combatientes de las coladeras como los de las trincheras; la saliva y los mocos son negros, como en las chabolas; el miedo viene por oleadas, pasa y se recuerda con un sentimiento de suficiencia. Unos días después retorna asustante. No se pelea en la mina, como no se hace en las trincheras. Esas cuestiones se dilucidan en la superficie. Existen los mismos estados depresivos, sin que sea fácil conocer las causas; se canta cuando se debía de llorar, se habla a gritos; existe la misma admirable solidaridad; exponen su vida por salvar la de un compañero que quizá ni conocen y que quedó enterrado en un derrame o asfixiado por una oleada de llamas, como se sale al "campo de nadie" en busca del camarada caído entre las dos líneas. La palabra camarada es tan propia de mineros como de combatientes; se desprecia al co-

barde, pero, aun así, se procura ponerles en lugares de menos peligro. Ellos saben perfectamente que no todos somos iguales y que esa frase tan manida de que "donde va un hombre, va otro" no es sino un juego de palabras. Cómo hombres llenos de barro y carbón cuidan a un camarada herido, cómo le hablan y le miran con sus manos callosas, es algo que sólo se comprende cuando se ha visto soldados con barba de dos meses acariciando la frente de alguien a quien la metralla arañó sus carnes. Sus enteros son parcos, tan parcos y verídicos como son los de los combatientes que mueren en línea, tan distintos ambos de los que organizan los hombres del buen vivir. Sus cementerios parecen castrenses, espartanos, cobijando verdaderos héroes...

Este gran pueblo, enclavado en una de las cuencas mineras más importantes de Asturias, fué el lugar de mi experiencia. Hacia él y sus habitantes sólo guardo un sentimiento de agradecimiento y solidaridad. Fueron sus mineros los que vieron mis primeros temores, los que después asistieron a mi pronto "resucitar". Y tanto en la mina como en los "chigres" no he recibido de ellos sino enseñanzas, palabras de aliento y de amistad.

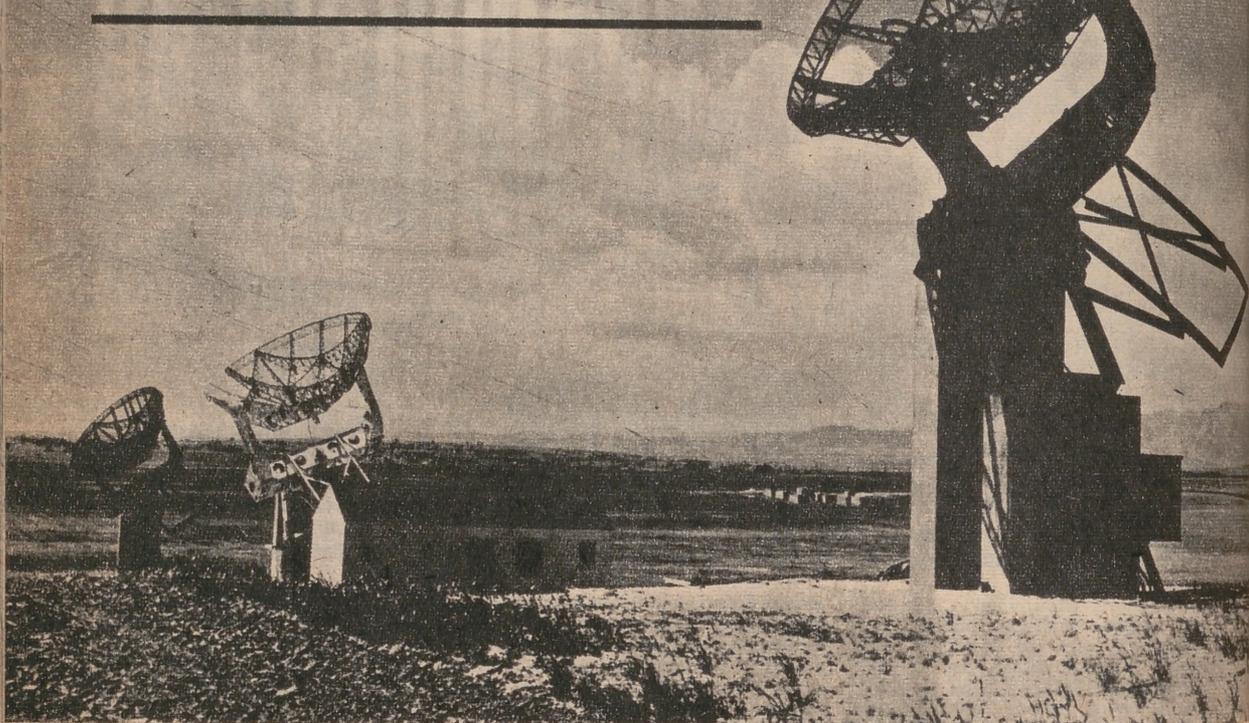
En él he trabajado como un vagonero más.

Carlos M. YDIGORAS

Lea usted todas las semanas

"EL ESPAÑOL"

LAS BASES AMERICANAS DE MARRUECOS



UN PLEITO QUE DEBE RESOLVERSE EN BENEFICIO DE LOS INTERESES COMUNES

PUNTOS DE APOYO PARA LA DEFENSA DEL MUNDO LIBRE

LA cuestión de las bases americanas en Marruecos está planteada desde hace tiempo. Ello es bien sabido. Pero sin duda alguna parece estamos en una fase muy importante en esta discusión. Problema político, desde luego, en manos diplomáticas, naturalmente, pero problema en su fondo, militar y técnico.

He aquí por lo que, al ocuparnos de esta cuestión, ahora mismo sobre la mesa, hemos de empezar por esto último; por el aspecto técnico del asunto y por el militar. En realidad aquí radica el fondo del problema. Su raíz misma. Lo demás es sólo la presentación del asunto en términos yropicios para procurar buscar amigablemente la solución.

He aquí una cuestión, ésta de las bases de Marruecos, de la aeronáutica yanqui muy actual. No sólo porque es ahora precisamente cuando se plantea sobre la mesa de los debates, sino precisamente cuando interesa resol-

ver la cuestión. Hace algunos años apenas si el problema hubiera tenido explicación. Dentro de pocos volverá, seguramente, a carecer de importancia. Tal es, en fin, también el lado paradójico de la cuestión.

Y es que en nada, como en la guerra, las cosas son variables y evolucionan con más rapidez. Durante siglos, y aun miles de años, los hombres hacían la guerra sin ocuparse de la tercera dimensión. Sólo en nuestra ardiente fe encontramos en el cielo el apoyo divino, con Santiago, en Clavijo, y con la Cruz en Muhlborg. Pero a principios de la centuria actual, los militares pensaron en incorporar decididamente el cielo a la guerra terrena. Los esyañolas empleamos aviones rudimentarios en la campaña de pacificación marroquí en Melilla antes que nadie. Los franceses, sitiados en París en 1871, lanzaron al exterior de la plaza probablemente el primer globo militar. La aerosta-

ción, la navegación aérea con "los menos pesados que el aire" tiene una historia positiva de alrededor de siglo y medio de duración. La aviación es mucho más moderna. Fué ya, entrada la actual centuria, cuando comenzamos los primeros vuelos con "los más pesados", y hace ahora casi medio siglo tan sólo que Bleriot realizó su gran hazaña: cruzar en un avión el canal de la Mancha, de 40 kilómetros de anchura.

LA GUERRA DE LOS GLOBOS

Desde entonces, ¡qué paso más colosal no ha dado la aeronáutica. Nació ésta como Ejército independiente—el llamado "Quinto Ejército"—en Francia, en 1913. Los franceses disponían entonces de algunos globos. Eran todos "flexibles", de alrededor de 7.000 metros cúbicos de capacidad, aunque se proyectarían algunos gigantesco de



Instalaciones de las bases norteamericanas de Nuasser, en los alrededores de Casablanca

23.000. Añádase a esto algunos aviones también. En la primera guerra mundial, los "Fokker" alemanes, volando a la velocidad de un expreso, dotados de una sencilla ametralladora, lograron una fama singular. Nació también entonces el avión de exploración "Nieuport", que volaba a la velocidad de un coche e incluso—¡atención al detalle!—surto, contra la aerostación alemana, los "globos salchillas", los "Drachen", en fin—un enemigo terrible—, el "fusée Leprieur". ¡¡El cohete!!

Más que corrido el medio siglo desde entonces, la aviación ha dado luego un salto de gigante. Hay aviones ahora de enorme radio de acción, capaces de dar vuelta a la Tierra sin escala, aprovisionándose en pleno vuelo. Hay aparatos capaces de sobrepasar con mucho los 2.000 kilómetros de velocidad por hora. Y hay—lo que quizá sorprenda más al lector profano—globos, verdaderos aerostatos, como los del tipo "ZPG" de la flota americana, con un volumen total de 28.000 metros cúbicos; esto es bastante más que los gigantes de 1914.

Entre los éxitos constantes de la aviación moderna figura, con signo destacado, el nuevo caza americano "Lockeed F-104 Starfighter", que a la altitud de 13.000 metros, esto es vez y media la del Everest, es capaz de desarrollar una velocidad horaria e 2.376 kilómetros. Este aparato,

que sólo pesa 16.000 libras, es, sin duda alguna, el mejor del mundo en su género y probablemente mantendrá su presente hegemonía en el aire, como "cazador", durante mucho tiempo todavía.

Los aviones van provistos últimamente de cohetes. Los cazas americanos, por ejemplo, llevan "Genie" o ingenios teledirigidos "aire-aire", dotados de cabeza nuclear. De cabeza nuclear son también los proyectiles "tierra-aire" "Nike-Hércules" y los "Bomarc. Hay, sin embargo, otros muchos que pueden llevar idénticamente cargas nucleares. De este modo el avión se ha convertido así en un lanzabombas nuclear, que las arroja lejos, bien mediante cohetes propios, bien mediante bombardeos volando sobre el blanco. Los alcances de las bombas atómicas se han hecho así tan grandes como el radio de acción de los aparatos. Sólo que los cohetes han empezado ya a servir por sí mismos para idénticos fines, con evidentes ventajas sobre los aviones. Aún hoy la gran aviación estratégica de bombardeo parece ser, y lo será aún durante cierto tiempo, el arma contundente de la réplica. Pero no ocurrirá lo mismo más adelante. El lanzamiento de bombas desde aviones habrá dejado paso al lanzamiento de las mismas mediante rampas de cohetes. Será entonces cuando la gran fuerza estratégica aérea pueda pasar a un lu-

gar secundario. Incluso desaparecer prácticamente. Pero no antes. Ese día, cuando llegue, los grandes aeródromos y bases de aviones bombardeos quedarán sin valor. Les habrán reemplazado las rampas.

PREDOMINIO DE LA AVIACION

En efecto, en esta natural evolución de los tiempos, en este crecer y desarrollarse de las armas, el salto más colosal ha sido precisamente... ¡el de los cohetes! El "fusée de Leprieur" apenas, es verdad, si dejó rastros. Pasaron muchos años hasta que, al fin, aparecieron los cohetes modernos que Von Braun creara: los proyectiles "V". Ello ocurrió al final de la última gran guerra. Los cohetes hoy han salido ya del campo de la gran táctica y son la clave de la estrategia actual, teniendo alcances intercontinentales. Y en fin, como es bien sabido, logran, si se lo proponen, con relativa fortuna, situar, cuando se pretende, un satélite artificial de la Tierra en la órbita elegida. Hemos aquí, pues, lanzados ya por el camino de la astronáutica. Bleriot no podía haberse imaginado cosa tal cuando aquella, en el amanecer de aquel día de Santiago de 1909, salía a la aventura de Francia, camino de una

Inglaterra que más que ver, solamente preveía. Y sin embargo...

Hoy la guerra de la tercera dimensión está en manos, integradamente, de la aviación. La aviación defiende a los países con "la caza". Y la aviación los ataca con los "bombarderos estratégicos". Es ésta la réplica terrible que precisamente contiene el peligro de una guerra. ¿Pero esto durará mucho? He aquí la cuestión. El tema está en debate. Pero hay indicios del fallo de este pleito. Los americanos, ciertamente, que no han liquidado su magno programa de construcción de portaaviones. Sencillamente, le han puesto en "relent". La misma producción de aviones estratégicos de gran bombardeo dista mucho de seguir ahora el ritmo arrollador de otros tiempos. Y sin embargo, desgraciadamente, el peligro de guerra no ha disminuído, ni mucho menos, en el mundo. ¿Qué pasa, pues? Pues, sencillamente, que la Marina se inclina, cada vez más decididamente, por los cohetes; más eficacia, más baratos, que no significan sacrificio de tripulaciones, de mayor radio de acción, probablemente, en futuro. La propia aviación atacante encuentra en los cohetes de la defensa su máximo peligro. Muy superior no ya sólo al de la artillería especial contra aeronaves, sino incluso el de la misma caza. Sólo que la cuestión está por madurar. Todo parece que será como barruntamos, seguramente, pero no será ahora. La guerra no evoluciona, ella tampoco, a saltos. De momento, pues, es preciso esperar. Y como la defensa nacional no autoriza abandonos, he aquí por lo que, mientras se preparan las nuevas armas, se prolonga prudentemente la vida de las antiguas. Estamos, sencillamente, en una etapa de transición. La aviación y sus bases, como armas de guerra, son indispensables hoy. Pero podrán dejar de serlo mañana, cuando esta evolución que apuntamos se consume.

FUERTE INVERSION EN LAS BASES MARROQUIES

De momento, las bases son indispensables. Buenas bases aéreas. Bien provistas. Bien equipadas. Y digamos también bien situadas. El rendimiento de la aviación de bombardeo estratégico, decía con razón N. K. Spykman, el autor de un libro famoso intitulado "Estrategia americana en la política mundial", sentó hace tiempo este principio fundamental sobre el rendimiento de la aviación: "la efectividad de una fuerza aérea está en razón inversa de la distancia de la base al objetivo". Dicho de otro modo: una flota aérea distante de un objetivo, la mitad de otra logrará dobles efectivos que ésta última en caso de acción. En definitiva, todo consiste en acercarse... Acercarse, bien entendido, lo conveniente nada más.

Rusia es el objetivo americano. Porque la U. R. S. S. es rival de América, como lo es también del mundo libre. En 1951 los Estados Unidos hicieron público un acuerdo con Francia

para crear bases aéreas en Marruecos. Estas bases, que deberían guarnecerse con 20.000 hombres, estarían situadas en Nuasser, cerca de Casablanca; en Sidi Sliman, en la proximidad de Petit Jean; en Bulhant, al este de la primera ciudad antes citada, y en Beni Guerir y en Yemaa Sahin, entre Safi y Marrakech. Las dos primeras bases servirían únicamente para los aviones de bombardeo. Las otras, para la caza y la aviación de transporte. Las bases se construyeron en su día. Los Estados Unidos gastaron sin tino en su construcción. Por lo que se dijo un día, incluso mucho más de lo razonable. Un gran oleoducto serviría a todas estas bases, partiendo de Fedala, susceptible aquél de una presión hasta de doce atmósferas. Al fin, las bases entraron en servicio. En alguna de ellas estableció nada menos que su Cuartel General la XVI Flota aérea. Personalmente hemos visto algunos de estos aeródromos. Son enormes, bien dotados, amplios y repletos de servicios.

Así la cosa, surgió la autonomía e independencia marroquí. El protectorado francoespañol había terminado. Marruecos, joven e impaciente, entró en negociaciones para que abandonaran el país las tropas de ocupación extranjeras estacionadas allí, bien entendido, para garantizar la paz y la tranquilidad. En el turno de las discusiones no se olvidó la presencia americana en dichas bases. Washington hubiera podido argumentar que ella las había obtenido de Francia cuando ésta tutelaba a Marruecos y dirigía su política exterior a tenor del Tratado de 1912, suscrito por el Sultán y el Gobierno de París. Los Estados Unidos pudieran haber argumentado a su vez que el Tratado franco-marroquí que ponía luego final al Protectorado reconocía como legítimas las concesiones que Francia hubiera hecho en nombre de Marruecos. Pero, por lo que fuera, Washington, diligente, optó por la negociación. ¡Y en esas andamos todavía! Se comprende que el Pentágono no acepte abandonar sin más semejantes apoyos estratégicamente situados para alcanzar el corazón de Rusia. Se comprende perfectamente también que no quiera renunciarse al esfuerzo ni dejar sin fruto el desembolso. Pero las conversaciones entre Rabat y la Casa Blanca no han llegado aún a decidir nada concreto o, al menos, terminante. Últimamente circularon rumores y se acusó optimismo y sobre todo nervosismo. Pero nada definitivo hay aún.

UN FUTURO DEL COHETE

Las informaciones más autorizadas de lado americano parecen, sin embargo, convenir en lo mismo. Washington ha propuesto a Rabat una transacción. Las bases aéreas yanquis en Marruecos juegan aún un papel importante en la defensa del mundo occidental. La presencia en estas bases de la aviación de gran bombardeo estratégico yanqui es por sí misma un freno para Rusia. Sin embargo, Washington acepta que este uso no deberá

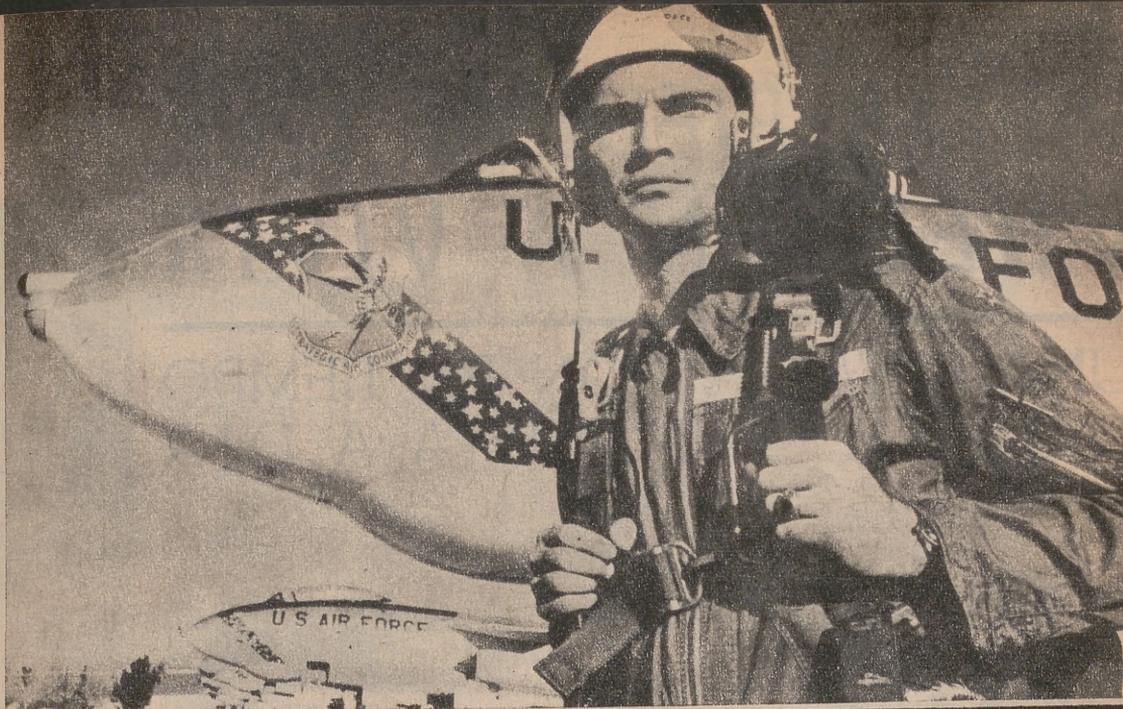
ser indefinido, ni siquiera largo. Le bastaría usufructuar estos aeródromos durante siete u ocho años, a lo sumo. Por ejemplo, hasta 1965. ¿Y por qué esta fecha? Pues, sencillamente, por una cosa. En el Pentágono piensan que para ese año la aviación estratégica habrá dejado paso decididamente al cohete de medio y largo alcance. He aquí por qué aludíamos al comienzo a la posibilidad y aun a la proximidad de que tal cosa ocurriera.

¿Rabat se mostrará conforme con la insinuación americana? He aquí la pregunta inmediata. No lo sabemos, aunque no nos extrañaría que ello ocurriera así. Los americanos deben ser buenos amigos para los marroquíes. A la postre, suponemos—el tiempo nos dará o no la razón—que todo podrá arreglarse, si hay buena voluntad y no existen presiones extranjeras, con ciertos reconocimientos jurídicos, que, por otra parte, es bien seguro que no serían inconveniente para los yanquis.

El pleito de las bases americanas en Marruecos, planteado, como decimos, a raíz de la independencia del Mogreb, tuvo ya en junio último una viva repercusión en la Prensa. Fué debido ello al cambio, más aparente que real, de destino dado por los yanquis a la base de Nuasser, cerca de Casablanca. Rabat se quejó entonces porque los americanos, o más concretamente el "Strategic Air Command" tomara unilateralmente la decisión de transformar aquella base de depósito de tránsito en estratégica de gran bombardeo. La Embajada yanqui en Rabat se apresuró a aclarar en cierta nota en aquella ocasión que las bases americanas en Marruecos no están integradas en la N. A. T. O., ni siquiera interesan, ni pertenecen tampoco a ningún sistema defensivo español. En Marruecos, se decía en la nota citada, el "Strategic Air Command" está a las órdenes del general Keith K. Compton, que depende del mando americano de los Estados Unidos. El depósito de Nuasser, se aludía también, se ha liquidado y, sencillamente, el "Strategic Air Command" se hacía cargo en consecuencia, de aquella base que había quedado sin función. Este cambio de mando no afectaba, resaltaba la nota, de ningún modo al carácter de las bases de Marruecos, que no podían por ello sentirse, ni de lejos ni de cerca, alteradas en su cometido. Al "Strategic Air Command" habían sido afectados, en fin, según dicha nota y hasta la fecha indicada, las bases de Beni Guerir, Sidi Sliman y la más moderna de Bulhant, además de Nuasser.

La polémica viva se aplacó entonces. Pero bien se ve que no ha terminado todavía. La cuestión, por tanto, sigue en pie, aunque es posible que ahora pueda quedar solventada definitivamente.

Creemos, y sobre todo deseamos, en efecto, que no surjan sobre el acuerdo disensiones profundas. Para todos lo mejor sería una rápida y total inteligencia a este respecto. La seguridad del mundo libre—del cual forma-



Las fuerzas de la S. A. C., en primera línea para la defensa del mundo libre

naturalmente, parte Marruecos—lo demanda y exige así.

EL ESPOLVOREO ESTRATEGICO

Las bases americanas de Marruecos no son, ni mucho menos, naturalmente, únicas en el juego estratégico de la gran fuerza aérea yanqui. Nada menos que cincuenta y nueve bases diferentes sirven de apoyo a la aviación de gran bombardeo americana en todo el mundo. Treinta y dos de estas bases están los propios Estados Unidos. El resto, en ultramar. En todos los Continentes y en todos los países amigos.

En Europa las hay en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Turquía, en el Benelux, en España... En Africa figura, por ejemplo, la enorme base de Wheelus, en Libia, construida al terminar la última gran guerra, con sus grandes pistas de cuatro kilómetros y organización suficiente para lanzar al espacio un avión cada cuarenta y cinco segundos. Esta base tiene una guarnición de 6.000 hombres. De las mencionadas bases marroquíes hay tres reservadas para los aparatos de gran bombardeo de la XVI Fuerza Aérea. Se habla mucho de la VI Flota, la marítima, la del Mediterráneo, y, sin embargo, es posible que el lector profano escuche por primera vez esta otra designación. Pues bien; la XVI Fuerza Aérea, una de las muchas que integran la gran aviación estratégica yanqui, que tenía antaño su jefatura en el propio Marruecos, la tiene actualmente en la península Ibérica. Manda esta Fuerza el general Mooney y dispone la misma del más moderno material de gran bombardeo propulsado a reacción. Concretamente, este material está formado por modernísimos B-47, cuya autonomía es de 5.000 kilómetros. Hasta fecha reciente turnaba el personal y el material, viniendo a Europa des-

de América escuadras enteras de 45 unidades. La permanencia aquí era de tres meses. Pero tal sistema de relevos se manifestó deficiente. En la actualidad el personal turna por períodos mucho más cortos, justamente tres semanas en Europa, adonde llega en pequeñas formaciones, cuando más, constituidas por quince aparatos. El personal destacado es debidamente atendido y goza de numerosas ventajas, que contribuyen a hacer gratos tales desplazamientos.

La aviación estratégica americana siempre está dispuesta. En todas las bases que utiliza, las medidas están tomadas para que en el "plazo máximo de quince minutos", desde que se recibe la orden al efecto, la Fuerza aérea esté en pleno vuelo y se dirija hacia sus objetivos concretos. Cada piloto tiene el suyo. Ninguno conoce el de los demás.

El plazo apuntado es corto, sin duda, ya que debe pensarse que la tensión internacional exige constantemente la alerta. Se ha calculado, por el Estado Mayor de las Fuerzas de bombardeo Estratégico, que un cuarto de hora es justamente el mínimo tiempo previsto para que un ataque enemigo, de aviación o de cohetes, no pueda sorprender en el nido a los aviones propios y destruirlos antes de emprender el vuelo y entrar en acción.

LOS TIEMPOS DEL "REFLEX"

Ese período del cuarto de hora es lo que los americanos llaman "Reflex", pero que, en realidad, se divide en tres tiempos. La primera señal se denomina "Alfa". Al oírla, las tripulaciones marchan inmediatamente a sus aparatos, que esperan bien custodiados y listos, y en el acto el piloto conecta la radio. La segunda señal se denomina "Bravo", y sirve para poner inmediatamente en marcha los motores del reactor. Y, por último, la tercera señal, denominada "Coco", anun-

cia que ha llegado el momento de rodar y deslizarse sobre la pista, camino de la misión señalada. Ya en vuelo, el avión recibe orden de dónde debe dirigirse. Caso de no recibirla, regresa a la base.

Todos los días, sin excepción, suena a una hora arbitraria la señal de alarma. Los tripulantes toman el "jeep" y marchan en el acto al aparato. Aquellos permanecen constantemente juntos. Si alguno va al bar o a la peluquería, pongamos por caso, allí van también todos sus compañeros de equipo!

El mecanismo, es, pues, perfecto. Se diría que se comporta el bloque de la aviación estratégica como un gran cuerpo. Pero la fisiología funcional requiere, naturalmente, un sistema nervioso. Y este sistema lo constituye en nuestro caso la red de transmisiones del servicio. El punto neurálgico o, mejor, la cabeza de éste es el Gran Cuartel General del Mando Estratégico Aéreo, que tiene su sede en la gran base de Offut, cerca de Omaha, una ciudad provinciana de los Estados Unidos, de 250.000 habitantes—no más grande que Zaragoza, por tanto—, perteneciente al Estado de Nebraska, justamente en el corazón mismo de la gran Confederación. Desde este punto lejano, y casi diríamos remoto, el Presidente americano puede dar la orden, si el trance llegara, de la acción. A partir de esta orden, todo lo demás sería automático. De todas las bases citadas, una flota enorme y ultrapoderosa, con su carga terrible, estaría en el aire a los veinte minutos, para replicar implacable la agresión comunista.

La paz del mundo entero depende, pues, de Offut. Los tentáculos de esta base, en efecto, llegan a todos los sitios. A Europa, a Asia, a Africa, y dentro de ésta a Marruecos, desde luego, en primer lugar...

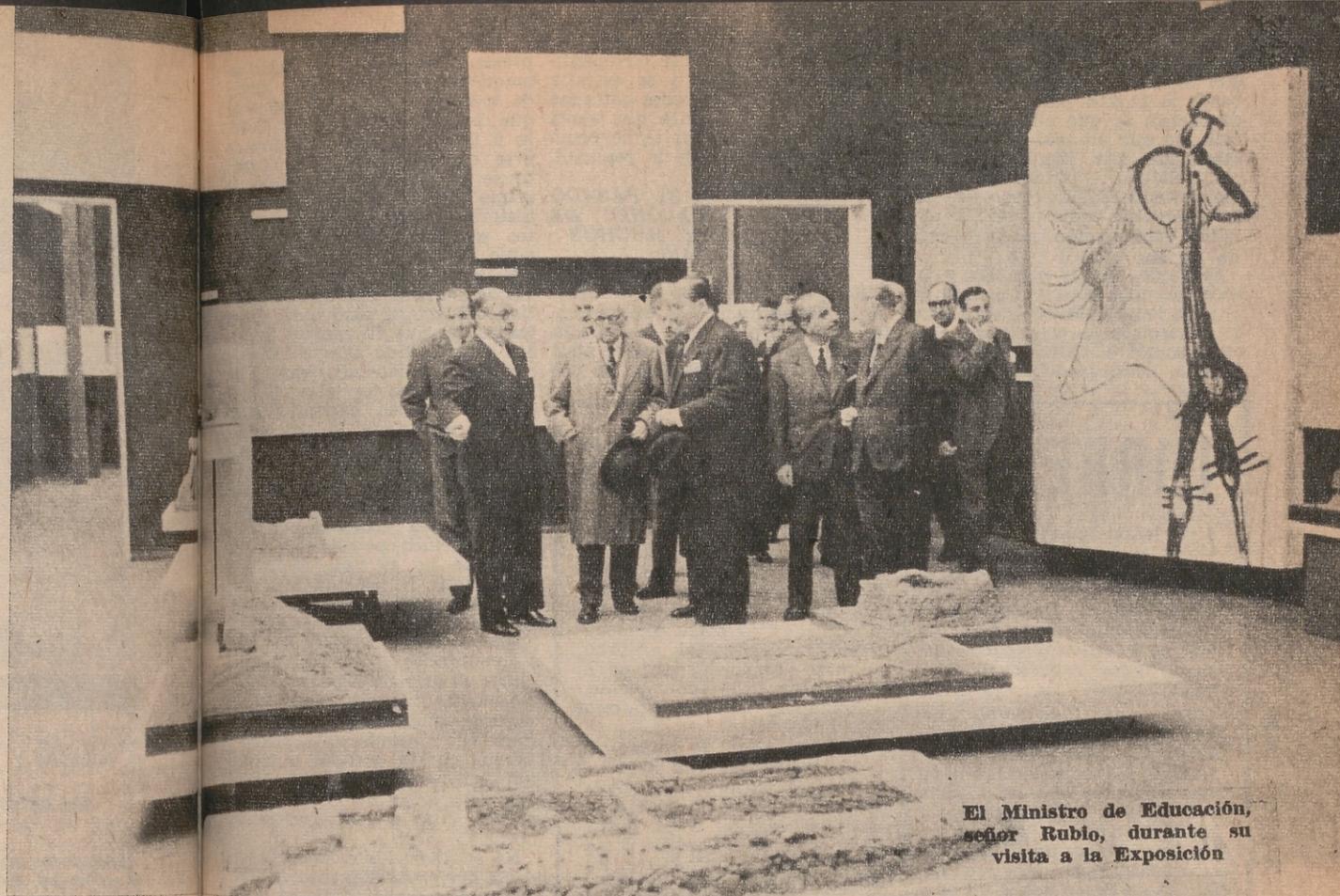
COTANO

VIEJAS PIEDRAS QUE VUELVEN A VIVIR

UNA BATALLA CON EL TIEMPO QUE SE GANA DIA A DIA



Plaza de Santa María en Pontevedra nueva ordenación de casas y pavimento. Las viejas piedras vuelven a vivir



El Ministro de Educación, señor Rubio, durante su visita a la Exposición

VEINTE AÑOS DE RESTAURACION MONUMENTAL DE ESPAÑA

INVIERNO. El Retiro madrileño durante el invierno. No importa que sus rayos a través de las ramas amarillentas que se agitan en las ramas. Es seguro

que en el estanque pasean pocas barcas y porque hay silencio. Los niños, amigos incomparables de los parques, le dejan estar. mientras ellos van al colegio. Es seguro que ha llegado el invierno porque en las flores aparece cada

mañana una gota de rocío helado. Las noches de la capital se abrazan al viento y los árboles tiemblan como pequeños desnudos.

Hay enfrente unas rocas, un estanque y un viejo palacio hecho de cristal. Una avenida de arenilla, con castaños centenarios de

eterna guardia, lleva hasta el palacio Velázquez, donde ahora se celebra la Exposición de «Veinte años de restauración monumental de España».

Da el sol en la puerta de entrada y parece oírse como un murmullo de pasado en torno al ed-



Murallas de Toledo junto a la puerta de Bisagra. Angulo después de los trabajos de reparación

ficio. Dos o tres visitantes dejan que el ruido de sus pisadas llegue hasta la puerta para que uno se dé cuenta de que allí dentro hay vida, de que en realidad aquellas salas son una Exposición y no una reliquia. Apuntan, miran detenidamente cada fotografía, cada maqueta, cada plano, y una muda exclamación queda prendida en sus ojos.

El ruido de un martillo y las voces de unos obreros que dan los últimos toques parecen decir: «Entra; nosotros te esperamos. Nosotros somos el pasado, el arte de España, condensado en estas pa-

redes. Entra y no te arrepentirás...» Y uno entra y se extraña de ver colorines, paredes cortadas en pico y una fuente que eleva su chorro de agua al techo como queriendo escapar de la realidad.

RESTAURAR EL PASADO CUESTA MILLONES DE PESETAS Y MUCHOS AÑOS

Hace dos años hubo un Congreso de Restauración de Monumentos en París, y España quedó a la cabeza. Hoy la obra de veinte años de trabajos sin descanso se nos

presenta en cifras y en planos, en maquetas y en fotografías. Mirando todo esto se da uno cuenta de que España de Norte a Sur, de Este a Oeste, es una pura obra de arte, que estaba a punto de perderse en su mayoría cuando un grupo de hombres, arquitectos e historiadores, arqueólogos y eruditos, se dispusieron, bajo el patrocinio de la Dirección General de Bellas Artes, a crear una Comisión de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional para poner en pie las ruinas que el tiempo y la guerra dejaron a su paso. Y han sido necesarios veinte años para poder mostrar ahora la labor de este equipo, y serán necesarios otros tantos para que España quede «restaurada» en todo su magnífico arte.

Muchos millones de pesetas han sido precisos para llevar a cabo esta empresa. Exactamente cerca de veinticinco, pero la realidad es que esto no es nada comparado con lo que se necesita para continuarla durante otros veinte años. Las cifras asustan, y así, a primera vista, antes de empezar a comprender lo que significa restaurar el arte de España, doscientos setenta millones de pesetas nos parecen una cifra desorbitada. Pero sí; mirando detenidamente lo que cuesta arreglar cada monumento se da uno cuenta de que esta cifra no es nada comparada con la magnitud de las obras.

No son sólo los monumentos en sí los que necesitan el cuidado de los restauradores. Son a veces calles enteras, plazas, cimientos y devastación para dejar las cosas como estaban. Si junto a una iglesia del siglo X se construyeron casas modernas, éstas hay que echarlas abajo, porque aquí no sólo se trata de conservar la iglesia en sí, sino su perfil y su fisonomía de conjunto. Y hay veces que lo moderno hace tanto daño al pasado como los siglos

Diecisiete Arquitectos sobre el Mapa de España

Diecisiete arquitectos trabajan para la restauración del arte de la Península. Sobre un mapa, nombres y nombres, tantos como abejas tiene una colmena, dan una idea aproximada de cuál es el trabajo de estos hombres. Por cada palmo de tierra española hay un castillo, un monasterio, unas murallas, una iglesia pequeña, y para cada zona ha de haber un arquitecto que se preocupe de que cada una de estas cosas no se pierda.

El trabajo de estos hombres es el de «ratas de archivo». Han de estudiar el pasado, la época del monumento que han de restaurar, la vida y, sobre todo, comprender a la obra misma. Muchas veces son quince, diez años de estudio los que se necesitan para llegar a hacer un plano completo, con toda clase de detalles. No me extraña lo que me dice don Marcelino Macarrón, quien ha montado la Exposición del palacio Velázquez:

—Un plano de éstos cuesta más de cincuenta mil pesetas y muchos años de trabajo.

Esto es, muchos años de trabajo, mucho dinero, para que una

TORRES Y CHIMENEAS

La tenaz batalla en pro de la industrialización española, en la que toman parte millares de hombres, tiene un Estado Mayor y toda una serie de Planas técnicas, en las que la iniciativa privada ocupa un lugar importantísimo e insustituible.

Pero como toda batalla, ese gran proceso industrializador de nuestro país debe tener su visión general y sus estudiados planes de avance. Y aunque muchas realizaciones fabriles de carácter privado estén impulsadas por la prosperidad particular de una firma o una razón social, el conjunto industrializador tiene que encaminarse siempre al bien común de todos los españoles; al interés general del país, aunque, de hecho, cada una de las creaciones industriales de iniciativa privada beneficie a la renta nacional.

Cada día son más numerosos los ejemplos de nuestra industrialización y más importantes las cifras invertidas. Ciudades, comarcas e incluso provincias de economía fundamentalmente agrícola se ven transformadas en su estructura tradicional por el proceso industrializador.

Y no es solamente el aprovechamiento mecánico de los subproductos agrícolas, sino también la implantación de una industria de tipo medio, y hasta pesado, en zonas hasta ahora casi vírgenes del humo de las fábricas, lo que señala el más esperanzador fenómeno económico de nuestros días: la siembra de bienes de capitalización con el efecto multiplicador que trae consigo el crear industrias.

Podríamos enumerar una larga lista de ciudades españolas que sienten transformarse su misma entraña. Hacer un recorrido por las urbes históricas que sientan las bases de una nueva etapa y han empezado a conocer en sus calles el paso de la multitud obrera en las horas de entrada y salida de las fábricas y tienen ya, al lado de los toques de las campanas, la llamada de las sirenas.

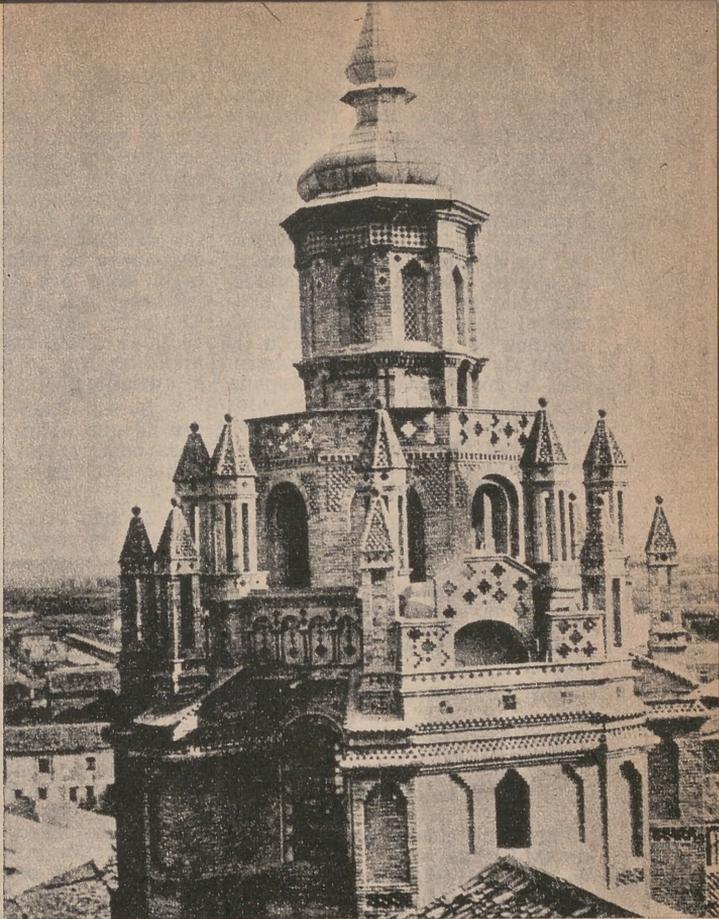
En días pasados, el Ministro de la Vivienda visitaba Toledo para cambiar impresiones relacionadas no solamente con las reformas urbanísticas de la plaza de Zocodover, sino con el proyecto de una zona industrial en la carretera de Algodor, a cinco kilómetros de la Imperial Ciudad.

Quienes todo lo supeditan al clisé monumental y costumbrista puede que se asusten de que Toledo vaya a tener también su zona industrial que pueda romper el encanto de los monumentos. Pero no habrá mezcla en Toledo de torres mudéjares y chimeneas de fábrica. La zona industrial se enclava a cinco kilómetros, bien diferenciada del conjunto de la ciudad y hundida en el paisaje, como si hasta el desnivel del terreno ayudara a una posición de base y cimiento.

Sería exagerado el que crearan en nuestro país algo así como reservas monumentales inviolables a las necesidades de la industrialización. Que hubiera ciudades tabú, en las que la Comisión de monumentos prohibiese que se rompiera el encanto de lo que fué.

La grandeza de muchas ciudades históricas indica la existencia de una Castilla antigua, plétórica de riqueza campesina y forestal, con una industria artesana floreciente. Por eso el industrializar es, en gran parte, una vuelta al carácter de la antigüedad, además de una apertura de etapa hacia el futuro.

Con todo el respeto monumental e histórico es posible crear zonas fabriles, como la que se proyecta para Toledo, apartadas de las poblaciones, pero que sean el soporte actual y futuro de los brillos del pasado. Y con mayor motivo es posible esto cuando, como en el caso toledano, se ofrece un polígono industrial que, además de bien comunicado y con agua próxima, una hendidura del terreno lo oculta a quienes miren hacia la ciudad de la atormentada visión del Greco.



El cimborrio de la catedral de Tafazona (Zaragoza), antes (izquierda) y después de su restauración

torre románica, una catedral gótica destruida o en vías de destrucción quede como era, como debió ser hace siete, ocho, nueve siglos. Hace falta verdadera vocación por el arte y por el pasado, porque estos arquitectos no buscan sólo un sueldo con su trabajo, sino la compensación de ser los que descubran debajo del suelo unas piedras centenarias, restos que pueden ser de nuevo realidad gracias a sus esfuerzos.

Hay en esta vida de pasado cosas tan curiosas como la siguiente: debajo de la catedral de Santiago de Compostela se han encontrado dos capillas.

Era el año 1940. Comenzaban los trabajos en Compostela, el santuario más señalado para la cristiandad medieval del Occidente en 1076. Tres arquitectos, Chamoso Lamas, Menéndez Pidal y Pons Sorolla, fueron los encargados de restaurar la catedral. Y en los trabajos de excavación se dieron cuenta de lo que habían descubierto: en la parte superior, los restos de una basílica fundada por Alfonso III y destruida por Almanzor. Allí estaban las fechas sobre las tumbas, que eran la mejor demostración de la antigüedad del descubrimiento.

La capilla única, que forma la cabecera de esta basílica, reposa sobre cimientos y muros romanos y sus piedras son en gran parte romanas. Y más abajo, donde la tierra se confunde con la eternidad, apareció una moneda de Carlomagno. Estaban en el siglo IV, en unas termas que probablemente pertenecieron al culto de las aguas, tan frecuentes en las fuentes termales gallegas. Esta

construcción es una tumba de la necrópolis romana.

Es la satisfacción para los arquitectos que trabajan en esta clase de construcciones. De pronto, aislados del presente, dejando a un lado los siglos, se pierden en el pasado y hacen descubrimientos que cualquier museo del mundo pagaría a precio de oro. Y esto está en España, en su Historia. Esto está bajo el suelo que pisamos.

El trabajo de los arquitectos no se reduce a esto solamente. También ellos luchan con los números, con las escalas, con los cimientos, para ganar una batalla al tiempo que se complace en destruir las culturas y el arte.

—Es un trabajo enorme, inaudito, increíble. Pero luego es una recompensa saber que España ganará, y de hecho ya lo está ganando, en turismo. La historia, no cabe duda, es un atractivo para los pueblos jóvenes.

Don Marcelino Macarrón explica todo esto como si él mismo hubiera sido el encargado de construir el arte de España. Un mes de trabajo intenso para enseñar a la gente las entrañas de este mundo, toda una vida dedicada a él, es más que suficiente para que cualquier artista se extasie ante su obra, y al fin y al cabo él lo es. Un artista que trabaja en el silencio de los planos y las maquetas, pero artista al fin.

EL MUNDO ARABE ES UN «PUZZLE» QUE PARA ARMARLO SE NECESITA PACIENCIA Y DINERO

El mundo árabe es el pasado de España; justo es que ahora ella se

encargue de que su legado no se pierda, pero también es verdad que es el que más caro cuesta.

Se trata de hacer un «puzzle», porque la fantasía del arte árabe está en el suelo, en pequeños pedacitos, que hay que ir componiendo uno a uno, hasta volver a formar lo que un día fueron. Dos millones y medio de pesetas se llevan empleados hasta ahora en la reconstrucción de Medina Az-Zahara de Córdoba. El trabajo allí tuvo que empezarse por exploraciones, porque la mayoría de los muros, suelos y azulejos se hallaban cubiertos por paredes de construcción moderna. En 1945 comienza el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico los trabajos en este edificio. Ha habido que reconstruir salones, conservar la decoración, hacer capiteles nuevos que parecieran viejos, bases de columnas, y aún no está terminada la obra. Hasta el momento quedan aún sin definir los techos, que se supone eran de madera.

Otra parte muy importante son los jardines. Casi toda la belleza de los monumentos árabes reside en ellos. Los jardines, que hasta ahora se habían descuidado, hacen que una obra de arte se hunda o viva. Los cipreses, oraciones elevadas al cielo azul de Andalucía; los geranios, las rosas y los estanques se componen para dejar ver lo más brillante de los monumentos que rodean. Todos ellos son de inspiración musulmana. El presupuesto para jardines está englobado en el de los monumentos relacionados con ellos.

En este recorrido mental por el pasado árabe no se puede olvidar la Aljafería de Zaragoza, donde se

han hecho hallazgos sorprendentes. Era, hasta el comienzo de las obras, en el año 1948, totalmente desconocida como obra de arte. Encima de esta mezquita los Reyes Católicos construyeron un palacio, y todo ello fue ocupado hace unos años como academia militar, sin saber la riqueza que encerraba. La Aljafería es, para cualquiera que se interese por el pasado, una reliquia, porque en ella aparece el más puro arte musulmán español. Y así, poco a poco, la legión de hombres que reconstruyen la historia viva de España han ido haciendo descubrimientos maravillosos de este tipo. Unas veces han descubierto, otras han asegurado, otras han consolidado, pero siempre luchando contra un enemigo invisible: los siglos.

—Habrá gente que suponga que esto no es verdaderamente importante. Nosotros pensamos siempre lo mismo: España estaba abandonada y su legado se iba perdiendo. Con esta labor que realizamos, dentro de algún tiempo los ingresos de turismo habrán aumentado en un cincuenta por ciento.

LA IGLESIA ROMANICA MAS ANTIGUA DE ESPAÑA, TRASLADADA DE SITIO

Parece un cuento de hadas o de las «Mil y una noches». Una iglesia que data del siglo XI es transportada de lugar, piedra a piedra, con todo su interior idéntico al de la época de su construcción. Hoy la ciencia hace prodigios y uno se queda extasiado ante estas cosas.

—Era la iglesia románica más antigua que había en España y valía la pena.

La civilización derriba a su paso a los siglos. Esto parece una paradoja, pero es así. Cuando renacen nuevos pueblos por la fisiónomía de nuestra Patria es preciso barrer el pasado, es necesario echar abajo lo viejo, para alzar casas blancas de ladrillos recién

cocidos. A este paso nuestro arte se perdería, ¿no es así? Pero entonces surge la magia de la ciencia, el embrujamiento de la arquitectura, que puede transportar edificios de un sitio a otro. Y esto requiere muchos meses de trabajo, esfuerzos sin fin de centenares de hombres. Y la iglesia se alza luego en otra llanura distinta, al otro lado de un río, de un pantano, tan airosa como antes. El viajero que vuelva la vista dos veces al mismo lugar quedará sorprendido. No, no es magia. Es sólo lo adelantado.

—¿Se ha dado el caso alguna vez de que algún extranjero quisiera comprar un monumento arquitectónico para trasladarlo a su tierra.

—Muchas veces, y en realidad esto hoy es posible. Pero lo mismo que se prohíbe la salida de cuadros de un país, se prohíbe también la de su historia, porque historia es la primera iglesia románica construida en España, con un estilo purísimo.

También es curioso que ni las pinturas se pierdan con el paso de los siglos. Entonces no se conocía el óleo, sólo el temple, y por ello los colores no son brillantes y luminosos. Pero lo más importante es que los frescos se pueden trasladar a un marco, puestos sobre yeso. Y están íntegros, totalmente idénticos a como fueron pintados. Por todas partes aparecen obras de arte. En un pequeño pueblo como Robledo de Chavela, cerca de Madrid, muy próximo a El Escorial, han sido descubiertas hace muy poco unas pinturas cuyo origen se remonta a los siglos VI o VII. Y parece increíble, viéndolas enmarcadas, que tengan tantos siglos de existencia. Las figuras todavía tienen vida, esas figuras ingenuas que luego más tarde, en el románico, decoran todas las iglesias españolas. Es algo único, de valor incomparable e incommensurable lo que nos lega el pasado. Los años sólo han dejado su huella en cuanto a rebajar los colores se refiere, pero el arte y el pensamiento de aquellas épocas nos llega íntegro.

Muchas veces los edificios que requieren el cuidado y las atenciones de arquitectos y obreros están a simple vista intactos. Por ejemplo, el Acueducto de Segovia. ¡Cuántas veces lo habrás contemplado sin darte cuenta de que estaba a punto de perderse! Para los ojos profanos, el Acueducto estaba en perfecto estado; para los entendidos, no. Los cimientos salían a flor de tierra descuartizados, implorando ayuda para sostener la mole de piedras que forman el monumento. Y entonces comienzan los trabajos de consolidación. Hay que descarnar la parte inferior, dejar al aire las entrañas de la piedra para que no se venga abajo. Mientras la parte superior, obra maestra de los romanos, ha de ser sostenida gracias al ingenio humano. Son toneladas y toneladas de piedra de sillería que descansan durante los trabajos de reparación sobre grúas y andamios. Se juegan siglos en la empresa y muchas vidas humanas.

Algunos edificios atendidos por los «médicos» de la Historia, que son los arquitectos, sólo necesitan

estos trabajos de consolidación que, bien mirados, son mucho más difícil que echar un monumento abajo y hacerlo nuevo. Para ello es preciso que antes se hayan hecho planos con todo detalle. Luego son los obreros los que terminan el trabajo.

Y aquí se presenta otro problema: la mano de obra. No es lo mismo trabajar la piedra para hacer un chalet que para modelar una columna o un friso. Hay que formar legiones de trabajadores especializados en estas tareas, que nada más coger un plano y ver su dibujo sepan llevar a la realidad el pensamiento de los arquitectos. Y antes, la búsqueda de piedras parecidas. La marcha hacia las canteras para encontrar material del mismo color o parecido que las originales.

Por eso he dicho antes que es un trabajo de titanes, de gigantes. Se trata de reconstruir, no de construir, y lo primero es cien veces más difícil y escabroso que lo segundo. A pesar del cuidado con que se realizan las reconstrucciones, no faltan maliciosos que encuentran defectos a la obra, que quieren buscar lo nuevo entre lo antiguo.

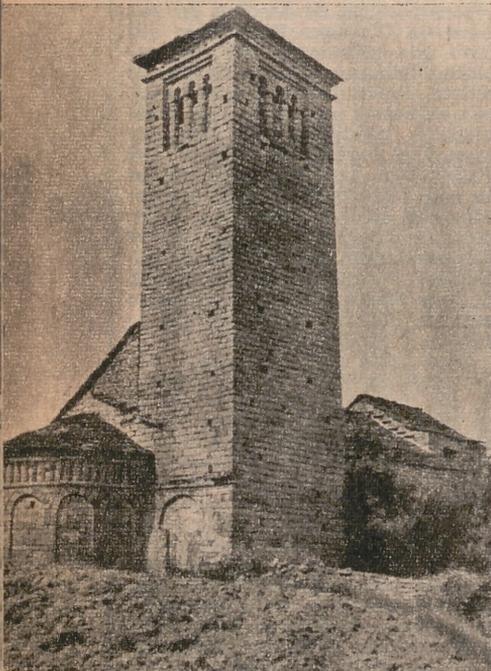
LOS DOS FINES DE LA EXPOSICION: MOSTRAR LO REALIZADO Y LO QUE QUEDA POR HACER

Las pisadas del visitante a la Exposición del Palacio Velázquez se detienen a cada momento. Es necesario mucho tiempo y mucha atención para darse cuenta del significado de estas fotografías, de estas maquetas, de estos planos. Hay que dejar el concepto del tiempo a la puerta para enfrentarse con esta reconstrucción del pasado hecha por hombres.

—Dos han sido las finalidades de esta Exposición, inaugurada por el Ministro de Educación: expresar gráficamente las obras realizadas en los últimos veinte años, durante los cuales callada y entusiásticamente, a veces con medios mínimos, encontrando la oposición de la gente aferrada a los lugares comunes, se han defendido, salvándose de la desaparición o de la ruina numerosos monumentos y obras de arte. El otro motivo que ha alentado esta Exposición es un contrapunto del primero: subrayar lo que aún queda por hacer, por desgracia, es bastante más de lo que se ha hecho hasta ahora.

Esta Exposición es una llamada general para que el público tenga una idea clara de lo que significa reconstruir España en su tesoro de arte.

Los colores y las líneas modernas han servido para aliviar la aridez del tema. Y no es de extrañar, por tanto, ver la fachada de un monasterio sobre una pared turquesa, llamativa y avanzada, que termina en palos entrecruzados. Esto es un cartel llamativo. Es necesario, para que el contenido de las salas no se apague entre montañas de cifras, rígidos planos y el gris abrumador de miles de fotografías. El color de nuestro tiempo da vida a los elementos de cada época, y las pisadas del visitante quedan cogidas delante de cualquiera de las muestras que allí se exponen.



Iglesia de San Pedro de
Lárreda (Huesca)

¿Qué clase de monumentos han necesitado más gastos para su reparación?

Uno echa una rápida ojeada por el mapa artístico de la Península. A simple vista se da cuenta de que lo que más abunda son las iglesias y los monasterios. A más, más dinero. En veinte años se han invertido treinta y ocho millones de pesetas. Las iglesias eran los monumentos más deteriorados que tenía España. Habían pasado los siglos sobre ellas y también los hombres con el furor de la guerra, que no respeta ni la religión ni el arte. Y luego han sido los castillos, muchos de ellos reconstruidos por particulares que los han comprado.

En ocasiones, la restauración ha sacado a la luz interesantes descubrimientos que habían sido ocultados por la mano del hombre. Otras veces ha eliminado reformas, posteriores a la construcción del edificio, que lo afeaban y le restaban valor; otras, ha habido que hacer de nuevo imágenes, armar nuevos muros y piezas sin perder un solo dato. Hoy, cada figura puede estudiarse sin pérdida de su belleza y con arreglo a su estilo.

En los pueblos más ignorados de nuestra tierra, desconocidos por gran parte de los mismos españoles, existen obras de arte que envidian los que las cuentan con los dedos de una mano. Es tan corriente que en nuestro suelo se alza una capilla del siglo X, XI o XII, que nosotros no le concedemos más valor que el de casa de Dios, cuando también tiene otro, que es el del arte, de incalculable valor. Pues por estos pueblos perdidos en la geografía de España, por estos pueblos ignorados, marchan los arquitectos con su bagaje de papeles en blanco para reconstruir y cuidar, para hacer que no se pierda aquella capilla que en el pueblo dicen fué construida «no se sabe cuándo» y que es una muestra bellísima y única de un estilo.

Y otra riqueza, los monasterios, de todos estilos y épocas. Necesitan cuidados, como ancianos cansados por los años, para que un claustro o una capilla no se pierda. Esta labor de titanes sólo la pueden hacer hombres con vocación, que emplean en ella media vida.

Mientras duran los trabajos en estos lugares la vida allí continúa. Los monjes siguen habitándolos en la mayoría de los casos y ellos también nos ayudan con sus bibliotecas y su estudio. Otras veces hay que desalojar las habitaciones porque el suelo necesita ser desmontado y entonces también encontramos ayuda en los monjes, que durante los trabajos se trasladan a otro lugar.

DINERO Y TIEMPO PARA CONTINUAR LA OBRA

El futuro de todo esto se encierra en una palabra: trabajo. Queda por hacer mucho más de lo que se lleva hecho. Es más, esta tarea no se acabará nunca, porque cuando se vaya a acabar habrá que montar un servicio de «vigilancia», una guardia permanente para que no se desmorone la historia de España hecha arte. Y también se necesita dinero. Cifras



Medina Az-Zahara (Córdoba). Estructura del gran salón, obtenida por el armado de los elementos hallados en la excavación

asombrosas. Millones y millones de pesetas. Al principio de este trabajo dije que para que la reconstrucción continué durante otros veinte años se necesitará un mínimo de doscientos setenta millones de pesetas y la colaboración de cientos de hombres: arquitectos con verdadera vocación, obreros que se sientan dispuestos a adentrarse en el pasado para trabajar los materiales como hace siglos, historiadores y «ratas de archivo» que busquen la situación y la forma de vida de aquellos tiempos. Dije antes también que es un trabajo de titanes. No se puede hacer otra cosa que repetirlo, inculcarlo en el ánimo de los que creen que esto no merece la pena.

Quedan todavía por el suelo de la Península muchos edificios a punto de hundirse, y esto de «a punto» significa en este lenguaje artístico veinte, treinta, quizá cien años, que reclaman la presencia de los restauradores. Hay tantos castillos, tantas iglesias, tantos monasterios en nuestra tierra y tantos restos debajo de ella, que será preciso que otra generación vea la luz para que España sea lo que debió ser cuando dominó al mundo.

UN RECUERDO AL EMPERADOR

El visitante que entra en la Exposición queda extrañado cuando llega a una sala de paredes negras cortadas a pico, con una escultura de mármol, dos maquetas y muchos escudos de bronce. El Emperador Carlos I de España y V de Alemania, mirando hacia Yuste de espaldas a la prehistoria, vive el homenaje del arte entre los monumentos de España, su Imperio. Carlos I está allí de invitado de honor. Sus treinta y dos escudos, destacando sobre las paredes negras, hablan también del pasado de España. Junto a él la sala de los monumentos árabes: la Mezquita y las Alcazabas, la Aljafaría y la Alhambra y una fuente que lanza su canción hecha agua hacia el techo de los tiempos.

El Retiro, al salir, dice que el mundo continúa, que fuera España vive, que lo que hay allí dentro es realidad cuando miramos al horizonte y nos enorgullecemos de vivir en una tierra donde todo es arte por la gracia de Dios.

Raquel HEREDIA



MI EXISTENCIA DE MANTEL

NOVELA por SOFIA NOEL

HE sido un mantel de lujo, tejido en blanco hilo adamascado, adornado con encaje de Brujas y con bordados perfectos.

Ahora me veis destrozado, reducido a este tamaño miserable, cuando en mi juventud he soportado sobre mi blanca veinticuatro cubiertos en orden ejemplar.

Me trajeron de un convento —donde ágiles marcos de mujeres habían terminado mi «toilette»— a casa del diplomático. Al verme salir de mi cuarto de cartón, la señora me designó papel:

—Este mantel tan bonito servirá nada más que para los días de fiesta.

Tocó mi cuerpo flexible y mis encajes delicados, exclamando:

—¡Es verdaderamente un mantel precioso!

De todo esto hace muchos años. Me acuerdo muy bien de que ella llevaba un vestido ceñido con polisión, el pelo alto y los labios vírgenes de pintura. Su voz eslava era dulce como una campanita. Nunca pensé que los tiempos iban a cambiar tan brutalemente, que su muerte sería tan repentina y que yo iba a pasar a manos de su hija, cuyos ojos me recuerdan a veces el dulce mirar de aquellos, ya lejanos, ojos suyos.

Mi presentación en el mundo fué algo extraordinario. Ocurrió el día de Navidad, en una capital de provincia del norte de Europa, cuyo nombre se

pierde en mi memoria. La víspera de la fiesta me extendieron sobre la larga mesa del comedor y me dispuse a recibir el peso de las copas de cristal, de los platos de porcelana y de los cubiertos finamente cincelados.

El árbol se erguía en un rincón. Era un abeto, fuerte, que habían traído del bosque. Casi tocaba el techo. Lena, mi dueña, se había divertido en revestirlo con regalos, velas de colores, muñecas y adornos brillantes. Luego había corrido hacia mí, contando con los dedos para comprobar si el número de platos correspondía al de invitados.

No había querido que nadie la ayudase en esta labor. Era una mujer alegre, joven, y difícilmente se hubiera podido imaginar que tenía tres hijos ya crecidos.

Desde luego, pertenecía a esa clase de mujeres que han nacido para conservar durante mucho tiempo una asombrosa juventud. Su amor hacia Gustavo, su marido, tomaba a veces cierto carácter apasionado, muy impropio de una madre de familia digna y serena. Pero era una mujer así; yo la encontraba bellísima y seductora, y de igual manera debían de opinar los invitados durante aquella noche de Navidad, en la cual hice mi presentación ante el gran mundo.

Como ya he dicho, hubo veinticuatro invitados

en derredor mío. Jóvenes, viejos, hombres y mujeres.

Había numerosos criados con caras humildes y apagadas. Me daban pena, pues parecían siempre asustados, sobre todo cuando Gustavo daba alguna orden. Con Lena era distinto. Su voz conservaba un dulce tono, y su sonrisa iluminaba igualmente su rostro hablando con ellos que con los grandes señores.

Corrían los criados con fuentes de plata cargadas de manjares exquisitos. Hubo un verdadero desfile de aves. Empezaron por pavas de carne tierna y blanca; luego, siguieron los patos, los faisanes, los pollos, los pichones, y hasta pobres y pequeños pájaros atravesados por hierros. Ahora, la gente ya no sabe lo que es una gran comida: entonces era algo casi escandaloso.

En la alegría producida por la excelencia de los platos y los vinos—cuyos cuerpos de oro y de rubí bebían con extraordinaria facilidad los invitados—, se perdió mi virginidad. Dejaron caer sobre mi hilo costoso, gotas de salsa y de vino. Con el bullicio, ciertas personas empezaron a olvidar sus buenas formas. Se constituyeron diversos grupos. Una señora de cierta edad, al inclinar la cabeza hacia su joven vecino, hizo resbalar el vaso y me causó una enorme mancha de sangre.

Esfumóse la compungida dignidad del principio; se escuchaban, entrecruzándose en el ambiente caldeado, múltiples discursos. Hablaban mucho para no decir gran cosa. Parecía que, de repente, cada uno quería persuadir a los otros de que él sólo tenía la razón desde todos los aspectos. Se produjeron verdaderos torneos literarios, artísticos y políticos. Reformaban el mundo, lo deshacían y lo volvían a construir.

La gente ya no tenía el aspecto digno, noble y reposado que impregnaba sus rostros cuando dió comienzo la cena. Puedo decir que mi primer contacto con el mundo me lanzó de lleno a la vida. Casi no sabía dónde ni cómo prestar atención.

Las mujeres llevaban aquellos seductores y perversos vestidos de entonces, trabajados con encaje, lentejuelas, tules y terciopelos; desde luego, muy complicados y, por cierto, molestos, ya que apretaban en extremo la cintura. Descubrían lo que ahora no se puede mostrar con tranquilidad: sus hombros y la mitad de sus pechos. Deslumbraban de joyas y flores. Los hombres ostentaban barbas, y esto les daba un aire serio de médicos, pensadores y filósofos. Aprendí que todo giraba alrededor del dinero y del amor. Se clasificaba a las personas según sus posibilidades materiales. Comprendí que para ellos, los seres humildes que corrían sudorosos y apresurados, con fuentes, platos y cestas de fruta exótica, no existían más que como meros objetos vivientes, imprescindibles y naturales. Así se lo habían enseñado sus padres. Lena era la única que conservaba su generosa sonrisa y su mirada gris, brillante de vida y amor.

A media noche apagaron las luces y dejaron únicamente encendidas las velitas de colores del gran árbol de Navidad. Era muy bello ver cómo se estremecían las llamas sobre las ramas cargadas de adornos, de cintas y de regalos. Todo el ambiente quedó sumido en un suave baño de intimidad secreta y profunda. Sobre mi cuerpo blanco, los cristales lanzaban de vez en cuando un fulgor verde como una esmeralda. Fué una noche memorable.

Todo había transcurrido normalmente hasta pasadas las doce. Entonces, el viento de diciembre quiso participar en la fiesta suntuosa y empujó la ventana con todo el peso de su cuerpo. Nunca supe cómo llegó a incendiarse el abeto. Las cintas parecían serpientes de fuego, temibles, dotadas de una embrujada belleza.

Se produjo un alocamiento general, pero no hubo ninguna desgracia. Los criados, con cubos de agua, apagaron rápidamente el incendio. Sin embargo, el encanto se había desvanecido; la fiesta quedó destrozada. Fueron marchándose, por grupos, las bellas señoras, acompañadas por sus caballeros. Me dió pena ver el rostro de Lena. ¡Había deseado con tanta intensidad el éxito de la fiesta, y todos sus esfuerzos no habían servido más que para llegar a aquel fracaso! Los invitados eran gente supersticiosa y habían visto en aquel acontecimiento el signo de una desgracia o una advertencia misteriosa de algo pernicioso que iba a estallar sobre la casa.

No sé si los presagios deben ser tomados en consideración, pero lo que sí puedo declarar es que mi experiencia me enseñó a no reírme de ciertas cosas



que los hombres suelen llamar «coincidencias». Poco tiempo después—tan sólo había salido del armario perfumado de verbena tres veces; para dos meriendas infantiles y una comida íntima en honor del embajador francés—tuve que seguir a mi dueña al extranjero, pues se olfateaba en el aire algo peli-groso, como una sorda tempestad que oscurecía el horizonte. La gente seguía tan elegante, tan cuidada como siempre y con su aspecto de serena des-preocupación; pero cuando se imaginaba que nadie la observaba, se podía notar una seriedad des-acostumbrada en sus ojos.

Fuimos a París; luego, a España, donde conocí grandes veladas. Conservaba mi primitiva blancu-rra y salía de las hábiles manos femeninas com-puesto y pulcro, como si nunca hubiera sido man-chado por las salsas, los vinos, la cera de las velas y el roce de las flores.

El mundo que acudía a la mesa seguía siendo el mismo mundo de antes: gente que hablaba per-fectamente francés e inglés. Lena se permitía em-plear su idioma materno cuando se encontraba a solas con la vieja Katia. Esta era una mujer ex-traordinaria, que yo siempre había visto vestida con idéntica falda negra, la misma casaca de lana y envuelta la cabeza con un pañuelo floreado. Todo su ser primitivo desprendía una sensación de se-guridad, como la que puede proporcionar un mue-ble. Tenía las manos callosas, los pómulos salien-tes, los ojos pequeños y grises, estirados hacia las sienas. Difícilmente se podía imaginar que hubiese sido joven en algún lejano día. Era el ama de Lena y la única, entre todos los demás servidores, respetada y escuchada.

Conoci, pues, noches de champán y de música, de conversaciones y de risas, de perfumes, de flo-res y de alegría.

Lena había llegado a un punto en su vida, en el cual su belleza tenía algo de particular. La no-da, sin embargo, no ayudaba a la naturaleza. Era en el año 1914; la vida corría en un chorro de fiestas, de bailes, de brillantes y amorios. Lena tenía húmedos los ojos; un aura de pasión rodeaba su cuerpo fino y juvenil.

Me parecía que yo no lograría aprender ya nada nuevo. Todo se desarrollaba siempre de forma igual. Escuchaba las voces humanas que exclama-ban: «¡Qué precioso mantel! Estos encajes de Bru-jas ya no se trabajan hoy en día con esa finura y esa perfección».

El ritmo de las fiestas no cambiaba. El mundo internacional, elegante y culto, desfilaba tran-quilamente en derredor mío.

En España, yo no padecí las tragedias de la primera guerra mundial. Gustavo se marchó, pero Lena, con los niños, Katia y yo, seguimos en Ma-drid. No había imaginado nunca a mi dueña sin ternura, amor ni belleza. Lo que tuvo que ocurrir, ocurrió.

Una noche asistía una cena íntima que se grabó en mi memoria.

Vinieron doce personas. La comida, como de cos-tumbre, fué delicada, variada y amena. Allí no se traslucía la guerra. Se ignoraban las heridas, el hambre, el miedo y la muerte. Las mujeres lleva-ban brillantes y flores frescas. De vez en cuando exclamaban:

—¡Los hombres están locos! Pero esta guerra no puede durar más de un mes; no es posible...

Y, cansados, cambiaban el giro de la conversa-ción.

Hacia la una de la madrugada, los invitados se marcharon. Sin embargo, un hombre moreno, de unos treinta años, fué el último en despedirse. Lena y él estaban sentados frente a frente. Era real-mente un hombre guapo, con ojos profundos y voz grave, que daba a las palabras más corrientes un tono misterioso y seductor. Los dedos de Lena ju-gaban nerviosamente con mis encajes de Brujas, mientras él hablaba con voz mesurada, sin estridencias, Producía un clima reposado, como de agua mansa, en el cual mi dueña iba cayendo poco a poco hipnotizada. Los dos eran bellos y la vida hacía palpitar sus manos y sus labios. El me agra-daba más que Gustavo, pues siempre había censu-rado por mi parte su egolatría, su orgullo y su falta de delicadeza hacia Lena.

Asistí emocionado y—lo confieso—sin ningún re-mordimiento a la declaración de amor.

Derramaron champán sobre mi cuerpo almido-nado. Luego pasé algún tiempo en el armario, cuyo perfume seguía siendo la verbena. La vieja Katia abrió mi prisión para sacar toallas y servilletas, y yo, aprovechando aquel momento, oteaba el ho-rizonte.

No tardé en escuchar una noticia trágica que llenó mi alma de asombro y pena. Lena había muerto. Ignoro cómo. Se habló de un revólver en-contrado cerca de su cama; pero lo cierto fué que todas las gentes procuraron echar tierra al asunto.

A partir de aquel momento vislumbré el mundo desde el estante de mi armario. Vi cómo crecían los niños; vi a la vieja Katia, inmutable, silen-ciosa, afanosa y seria.

Cambiamos de domicilio y de país. Los años amarilleaban mi cuerpo de hilo fino. Cada vez me rodeaban menos manteles, sábanas y toallas. No sé dónde iban a parar, pero salían del armario y no volvían más a reintegrarse a su domicilio.

Por fin, me quedé casi solo. La vida de antaño, en la lejanía, me parecía dotada de un encanto sutil y nostálgico. Ahora ya no servía para nada.

La hija de Lena, Olga, tenía veintidós años y no se parecía en nada a su madre. Era una chica de mediana estatura, fuerte, bien formada y de mejillas sonrosadas. Trabé conocimiento con ella durante una noche de invierno. Ella misma me sacó del estante y me colocó sobre la mesa; pero era una mesa tan pequeña, que tuvo que doblar-me en cuatro. Me asusté al ver dónde vivía Olga. Un piso exiguo, bajo de techo, con dos canapés. También había muchos cojines y mufecas, que más tarde comprobé que eran su forma de defen-derse en la vida. En un rincón, un icono y una ba-lalaica. Olga vivía sola, Katia había muerto, seguramente de vejez y tristeza.

Sobre mi cuerpo amarillento, donde se marcaban los pliegues, Olga depositó cuatro platos de loza rosa, algo descascarillados, cuatro vasos bur-dos, de vidrio, un pan largo y dorado y una bo-tella de vodka. ¡Oh! ¿Dónde estaban los tiempos de antaño?

Aquella pobreza me trastornó. Me costó trabajo imaginar el cambio sobrevenido a la familia. Olga canturreaba preparando la cena, Husmeando otra

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Una publicación especializada en temas de información

Precio del ejemplar: 10 pesetas. Suscripciones: Semestre, 30 pesetas; año, 60.

Números atrasados a 15 pesetas

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5. - Teléfono 355640 - MADRID

vez el olor a «borchtch» y a «pirochki», se apoderó de mí una sensación dulce y familiar.

Los invitados eran tan sólo dos chicos y una chica resuelta, rubia, de cara blanca. La moda había cambiado otra vez; ahora llevaban las mujeres vestidos muy cortos, de forma cuadrada. Olga y su amiga tenían piernas bastante bonitas, enfundadas en medias de seda color carne. Era una generación distinta a la anterior. Hablaban con acento duro, pronunciando palabras brutales y escépticas. La chica fué la primera en reparar en mí: —¡Caramba, Olga! ¡Qué mantel! ¡Este sí que habrá conocido la gran vida!— y tocó mi viejo hilo quieto y pensativo.

Tenían mucho apetito. El vodka les dió alegría y olvidaron su áspera vida cotidiana. Olga puso su cabeza sobre el hombro de uno de los chicos. Era un joven de cabello rubio y ojos azules, de rasgos aristocráticos, pero cuya indumentaria revelaba una total miseria. Pensé que el destino de los seres es una cosa extraordinaria y me pregunté por qué Olga, hija de Lena, tenía que vivir en una casa tan pobre y rodeada de preocupaciones y asperezas.

Empecé a salir muy a menudo de mi armario y participé en la vida de cada día. Pronto perdí mi pulcritud, pero Olga no reparaba en ello. Me llené de tantas manchas, que ya no parecía yo propiamente. Llegué a olvidar mi forma primitiva, pero me adapté al medio ambiente. Servía para todo. Comían sobre mí, confeccionaban cojines y muñecas; escribían y leían. Olga había adquirido una magnífica destreza en fabricar bailarinas orientales, campesinas rusas, boyardos y «tcherkeses». Corrían entre sus manos finas—pero descuidadas—telas de colores chillones: terciopelos, sedas, tarlatanás...

Yo recibía en mi regazo manchado aquel suave peso. Me divertía viendo cómo Olga iba animando los personajes de trapo con una vida independiente. Rellenaba sus cuerpos de algodón, y con pinceles formaba sus caritas de ojos muy abiertos, de labios rojos y mejillas redondas con lunares seductores. Dos chicas la ayudaban en su labor. Yo escuchaba sus historias, sus luchas y sus esperanzas.

Durante la noche, Olga se iba con las muñecas a un cabaret ruso situado en Passy. Era la época de la posguerra del 1914-18, en la cual el dinero no tenía ningún valor, y a menudo vendía sin dificultad su ligera provisión de trapos. Lo trágico era que el dinero se marchaba tan rápidamente como había llegado. No se detenía nunca en casa; parecía como si todos aquellos seres temiesen morir al día siguiente, pues no soportaban guardar diez francos en el bolsillo sin ir corriendo a la tienda para comprar jamón, pasteles, bombones y vodka.

Me daba pena contemplar su alegría brutal, que rozaba el dolor y la desesperación. Sus amores eran en extremo locos y desenfrenados. Bebían con avidez los impulsos, los sentimientos y las alegrías, pero en el fondo andaban perdidos, ansiosos de encontrar algo desconocido que les diese la paz.

Sus risas sonaban siempre a algo artificial, forzado, dolorido. El novio de Olga tenía diversos empleos, según el día, la hora y el estado de su ánimo. A veces era chófer, otras llevaba bidones de leche y cantaba en un coro de tziganes en lugares de postín. Era un chico muy guapo, pero se palpaba en todo su ser un algo cansado y aburrido. No había sido preparado para la lucha y lo mismo le daba hundirse que salvarse. Olga tenía más resortes, más obstinación, como lo suelen tener las mujeres en general.

Cuando había ganado algún dinero, Kolia —así se llamaba— le llevaba flores, agua de colonia y chocolate. Y todo lo dejaba puesto sobre mí. Yo me estremecía al notar el perfume de las flores y me acordaba de lo ingrata que había sido la vida conmigo. Me entraban ganas de llorar. Pensé que nunca más conocería el placer del agua y del jabón; pero todo llega a quien sabe esperar.

Por fin, recobré mi blancura. Algunos encajes habíanse deshilachado un poco, pero aún poseía una bella figura. Algo anormal había debido de suceder para que me lanzasen de lleno en el baño. En efecto.

La fiesta transcurrió en un ambiente nuevo. No sé de dónde sacó Olga la vajilla de porcelana y la cristalería. Arregló el piso con un gusto imprevisto, colocando telas brillantes por aquí y por allá. Todo fué limpiado, encerado y listo para recibir a los invitados.

Yo, que imaginaba mi existencia acabada, me es-



tremecí de placer al sentir en derredor mío el transcurso de la vida fácil, amable y sonriente. Pero me había equivocado. Es cierto que aquella fiesta fué una reunión delicada; no faltaron ni los vinos, ni las ostras, ni los helados. Las mujeres llevaban trajes sencillos, pero elegantes. Me parecía como si yo hubiese dado un gran salto hacia el pasado. El dulce rumor de los platos y de los vasos, mezclado con las risas y los discursos, creaba un ambiente al cual no estaba ya muy acostumbrado. Olga y sus amigos, habiendo olvidado repentinamente sus miserias y sus problemas materiales, volvían a ser grandes señores. Hasta sus voces habían adquirido un sonido más equilibrado y fluido. El festín fué organizado en honor de unos caballeros perfectamente vestidos, de nacionalidad indeterminada, que debían proporcionar a los jóvenes magníficas ganancias con las que solucionar su vida para siempre. El mayor de aquellos señores, casi calvo, tenía un cierto aire balcánico. Con voz queda, destacando con intención todas las sílabas de sus palabras, empezó a exponer su plan cuando llegamos a los postres.

Proponía un curioso asunto. Yo no entiendo nada de negocios, pero palpé en el ambiente algo molesto que trastornó el rumbo de la fiesta. La proposición debía de ser poco limpia.

—No tenéis más que haceros simpáticos —decía—. Yo os presentaré al marqués. No diré ninguna mentira asegurando que en vuestras venas corre sangre azul. Al marqués le gusta rodearse de juventud y le encanta todo lo exótico. Os haré invitar a un week-end... El castillo es soberbio; gozaréis de una vida magnífica... Primeramente irán Olga y María; luego, los demás. Os divertiréis divirtiéndolo al marqués.

«Os pido una sola cosa: Recordad con exactitud las conversaciones oídas, las personas que rodean al marqués, las visitas que recibe, las cartas dirigidas a su nombre, los paquetes que puedan llegar al castillo...»

«Esta es vuestra labor. Me parece que os reservo una cantidad suficiente de dinero. No podréis quejaros.»

Y siguió comiendo un pastel de crema.

Yo no podía equivocarme; aquella fiesta no era como ninguna de las que había conocido antaño. Allí, de repente, notaba una mezcla de vidas extrañas, desgraciadas, depravadas y malévolas. Me encontraba molesto.

Olga se puso colorada y sus ojos francos, mirando con firmeza, me recordaron los de Lena. Hizo girar un tenedor en sus manos durante largo rato. Luego abrió la boca como si fuese a hablar y, apretando los labios, la cerró sin decir nada. Bebió una copa de champán y enrojeció aún más. Soltó una carcajada. Era una risa llena de desprecio, tras la cual pretendía ocultar sus verdaderos sentimientos.

El señor calvo, autor de aquel brillante discurso, había fracasado. La fiesta se dió por terminada.

Volvería la lucha cotidiana con las muñecas de trapo.

Kolia se quedó con mi dueña. Acarició con ternura mi cuerpo sobrecargado de platos y vasos. Olga, silenciosa, con los codos apoyados sobre mi blanco hilo, miraba el bello rostro de su novio.

—Olga querida —dijo Kolia—. Hoy, a pesar de todo lo molesta e injuriosa que ha sido la proposición de ese imbécil, he sido feliz. Ha sido dulce volver a «vivir»... Las flores, el champán, el olvido de esta asquerosa miseria... Soñar otra vez en cosas fáciles, poéticas, ligeras...

Y cubrió la mano de mi dueña con la suya.

—No sé si nunca más volveremos a tener dinero —prosiguió—. Será como Dios quiera... Pero hoy he pensado que era rico. Esta noche he olvidado que mañana, a las siete, tendré que ponerme el «mono» y llevar los bidones de leche; que tú tendrás que fabricar las muñecas, sacándote los ojos, para irlas a vender por la noche en un cabaret, allí donde los nuevos ricos gastan fortunas sin gracia ni elegancia... ¡En fin!...

Se levantó y cogió a Olga por la cintura, acercando el rostro a su cuello redondo.

Hacia mucho tiempo que yo no había asistido a escenas de amor. Recordé la noche lejana, cuando Lena cayó, indefensa, en brazos de un hombre moreno, cuya voz grave acariciaba las palabras.

No sé si fué el beso que le dió Kolia, o las palabras del hombre calvo, o tal vez la pérdida de una profunda esperanza que yacía en su corazón; pero e hecho fué que Olga dejó caer su torso y su cabeza sobre mí y empezó a llorar en un tono igual e interminable. Sus lágrimas humedecieron mi hilo adamascado, y al ser derramadas sobre la mesa, algunos de mis delicados y algo ajados encajes se rompieron con velocidad acre.

Sentí que mi vida se deshacía lentamente tras cada lágrima de Olga, y desde entonces supe que me había llegado la vejez. Tenía que decir adiós a la primavera, a la gracia, al amor y a la comodidad. Aquella época lejana, relumbrante de joyas sobre carnes suaves de mujeres como Lena, con orgiaco esplendor de dinero, de abundancia, de locuras y caprichos, había quedado sepultada bajo lágrimas verdidas por jovencitas como Olga, numerosas chicas mal preparadas para la vida, víctimas de un tiempo demasiado fácil y blando, y en el cual la verdadera fe en Dios se había escondido en lo más profundo del alma de todos aquellos seres; tanto, que era imposible descubrirla ni con la mayor voluntad del mundo.

Comprendí que era justo y lógico, por esa gran ley del Destino, que Olga viviese aquella trágica vida y que yo, colaborador de otras alegrías y comodidades inútiles, desapareciera del universo.

Imploré al cielo por mi salvación. Quise servir a un algo puro y bueno. Deseé con toda mi alma participar en la vida de seres sencillos, en cuyos corazones latiera una profunda esperanza.

Pasé entonces un período de olvido, encerrado en un cajón donde Olga guardaba sus secretos: cartas de amor, fotografías y un rosario de cuentas anacaradas.

Esperaba mi salvación con tranquilidad, y cuando una mañana Olga me sacó de aquel dormitorio oscuro, no me extrañó sentir cómo las tijeras partían mi cuerpo en trozos cada vez más pequeños.

Mi alma de mantel seguía subsistiendo mientras mi gran cuerpo blanco, de hilo adamascado, algo ajado, delgado y frágil, iba destrozándose lentamente en múltiples pequeñas muertes. Pero mi alma serena apaciguaba lo que me quedaba aún de emocionalmente somático, asegurándome que la muerte no existía y que iba a nacer en otras vidas llenas de aventuras, de movimiento y de interés.

Me dejé cortar con indiferencia.

Una parte de mi cuerpo —la parte más adornada y sólida: mi «cabeza», me atrevo a decir— la conserva Olga para su mesa pequeña.

Otros miembros de mi descuartizado ser fueron a parar a distintas residencias. Uno, sobre la mesita de noche de una joven enferma resignada, donde soporto con amor un florero de cristal con flores frescas. Otros despojos sin interés viven en casas vulgares, sobre muebles vulgares. Pero el trozo más diminuto —mi corazón— ha sido recortado en forma graciosa y sirve para cubrir la cama de un niño.

Me he complacido en hacer esta circunvalación a mi existencia de mantel, con objeto de dar las gracias al Destino, inclinando mi vieja frente de hilo ante su profunda sabiduría y equilibrada bondad.

SUSCRIBASE A

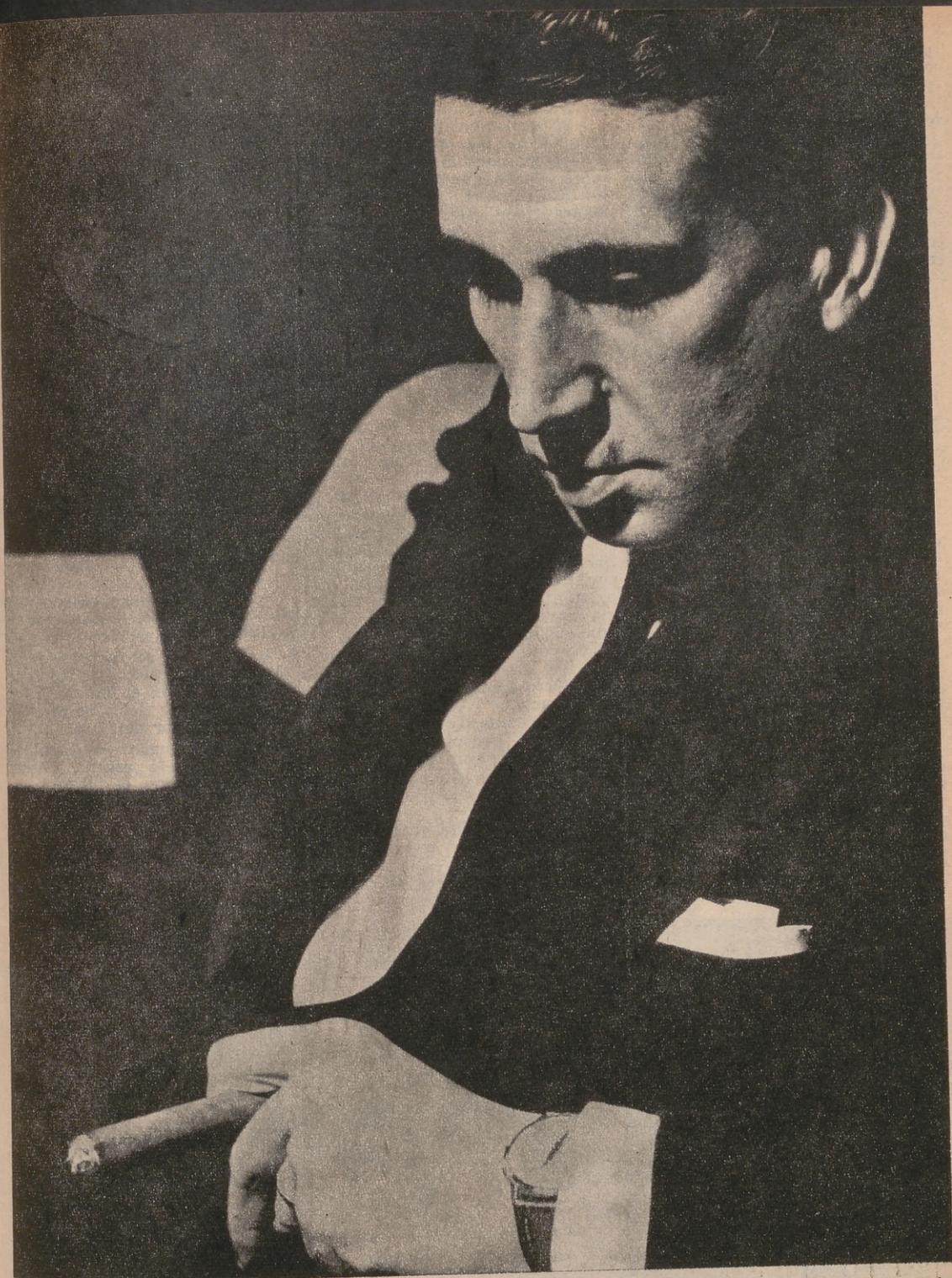
«EL ESPAÑOL»

Tres meses 38 ptas.

Seis meses 75 "

Un año 150 "

Administración: PINAR, 5
MADRID



“DINERO PARA MORIR”

TRES VIDAS DIFERENCIADAS EN
EL TRANSCURSO DE UNA NOCHE

REALISMO E IMAGINACION EN LA NOVELA
DE RAMON EUGENIO DE GOICOECHEA

L EEMOS: “Aquel dinero le quemaba las manos, la felicidad que le iba dando por parcelas el deseo...”

Confesamos que nos sugestionó ya de una manera afortunada el acierto que el novelista Ramón Eugenio de Goicoechea tuvo para titular su obra: “Dinero para morir”. Un título que, por extraño, resulta atrayente al lector. Me pregunto si detrás de ese título se esconde algo más que los tres destinos forjados por la imaginación de su autor. No podremos saber nunca si en las vidas de Celia, Pedro y su madre, un triángulo humano puesto en juego sobre la geografía de Madrid, se oculta otra

personalidad que sufriera en sus carnes la vicisitud, la angustia y el drama de un joven de dieciocho años, en trance por descubrir la vida.

Seguimos leyendo en la misma página de "Dinero para morir", donde, sin concesiones, hay un relente de tragedia: "Pero era necesario tener aquel dinero, quemarlo y que lo quemase, que el amor y el odio se confundieran en un mismo pulso, que tuviera asco de su inmundicia, de su alma..."

UNA HISTORIA CON TIEMPO LIMITADO

Hemos llegado al vestíbulo del hotel. Pinturas de lós tapices de Goya han sido reportados en sepia a las paredes sobre paneles de oro. Unos minutos de espera y nuestro personaje aparece en el vano de la puerta. En la mano izquierda, un cigarro habano; en la derecha cuelga una cartera de piel. Goicoechea es alto, bastante más alto de lo normal. Anda a grandes zancadas, ligeramente inclinado hacia adelante, no exento de cierta elegancia. Viste un traje oscuro, cruzado. A Goicoechea es fácil confundirle con un diplomático o, en el extremo opuesto, con un torero.

Toma asiento mientras situamos las reglas del diálogo.

—¿Quiere decirnos cuál ha sido su propósito al escribir "Dinero para morir"?

—En principio, como el de cualquier novela que se publique en 1958. Luego, en cuanto a resultado, parece ser que logré 287 páginas con interés narrativo.

—Concrete ese propósito.

Goicoechea es hombre de reflejos y contesta con precisión al filo de la pregunta:

—Al egoísmo, a la dureza, a la incapacidad de conocer.

"Dinero para morir" es la primera novela que Ramón Eugenio de Goicoechea ha publicado. Ahora tiene otra ya metida en imprenta, "El pan mojado", a muy pocos días vista de su enjuiciamiento final. Volvemos a la carga.

—¿Por qué buscó el triángulo Cella, Pedro y su madre como apoyo para su historia?

—Tal vez porque un solo ser casi no existe. Porque jugando con dos seres, los puntos de vista son correlativos; el tercer personaje en concordia o en discordia establece el contrapunto necesario. Por lo menos en "Dinero para morir".

Chupa el cigarro, que se le ha apagado. Ahora lo enciende y pide de beber. Luego prosigue:

—En otra novela cualquiera que pueda escribir podré jugar con ese ser solitario y casi inexistente, que también es materia novelesca, quizá excesiva; o con esos dos seres dándose la réplica, con los que se pueden jugar las situaciones más decisivas. Pero cada obra tiene sus experiencias.

Sabemos que Goicoechea anda metido en negocios editoriales. A su fama de hombre que ha vivido mucho se unen sus dotes de organizador, de hombre de empresa.

—¿Por qué limita el tiempo en su narración de una manera ágil y, en cambio, lo alarga en detalles y pormenores de ciertos capítulos?

—Porque precisamente la novela pasa en un escenario que es Madrid, año 1954, y en un tiempo limitado, comprendido entre las ocho de la noche a las ocho de la mañana. Dadas estas circunstancias de situación ambiental y de condensación temporal, cualquier detalle, en apariencia mínimo, tiene importancia categórica.

Goicoechea se ha dado cuenta de los planos fotográficos que está ensavando Basabe y le pregunta si quiere que mire a la cámara, con cierta sorna. Luego, echa mano al vaso y bebe un trago, para volver al diálogo.

—Mire, he de decirle algo más sobre esto; cuando la peripecia terminal de la vida llega al hombre, ese desenlace último está hecho de la depuración de accesorios. A veces, algún soldado, al morir en la guerra, de esa muerte grande y total que ya era suya, sólo ha advertido una pequeña salpicadura de sangre sobre la manga.

—Aun así, ¿no cree que eso "tempolento", con observaciones tan minuciosas, puede restarle agilidad a la peripecia?

Goicoechea se revuelve en el sillón, y encarándose conmigo me apunta con el cigarro. Tiene en la cara un gesto de perplejidad. Ahora se defiende.

—Yo no puedo ser crítico de mí mismo. He escrito "Dinero para morir" en el "tempo" interior que creí necesario. Y lo creí necesario porque desde dentro de mis personajes, puesto yo a ser ellos mismos mientras los creaba, me parecía que era el tiempo vital en que debió suceder, desarrollarse la aventura.



El autor de «Dinero para morir», en un momento de meditación durante la entrevista

UN PERSONAJE VULGAR DE NUESTRO TIEMPO

El cigarro se le ha vuelto a apagar. Le ofrezco lumbre, como quien ofrece la paz.

—Dígame, ¿Pedro González es un producto de nuestro tiempo o, por el contrario, es un caso clínico?

—No—contesta antes de que caiga la pregunta—. Creo que Pedro es un tipo vulgarísimo en nuestro momento. Representa ese triste nivel de mediocridad que únicamente se enfrenta al clima dominante que le rodea.

—¿La muerte de Pedro González se produce como una circunstancia natural o existe tal vez como un hecho moralizador, intencionado?

—Si hay intención moralizante, que no lo sé, me alegrará—dice quitándose el puro de la boca con una sonrisa cansada—. En principio la creía necesaria desde cierto punto de vista, no exclusivamente novelístico.

Al habano se le desprende la ceniza. Golcochea aspira el humo y se queda abstraído mirándose con fijeza. Luego continúa:

—Me explicaré: creí que la novela ofrecía menos problemas, si es que Pedro moría.

Por debajo de la anécdota de "Dinero para morir" fluye como un marañal el recuerdo de la vida en los personajes de Pedro y Celia. Miramos a nuestro interlocutor. Está silencioso, un tanto ausente, con la mirada perdida en la luz dorada que reflejan los paneles del salón.

—¿La novela está basada en algún hecho real o es pura ideación?

—Está absolutamente imaginada—replica dándonos la cara—. Lo único cierto es la geografía de España sobre la que se mueve. Luego, y por demás, si toda ella puede ser cierta, tanto mejor.

EN EL BUEN CAMINO DE LA FORTUNA LITERARIA

Sabemos que Ramón Eugenio de Golcochea nació en Bilbao, que tiene treinta y seis años, que su actividad literaria se ha desarrollado en periódicos y revistas. Ahora, el editor de "Dinero para morir" prepara la segunda edición. Es un libro con fortuna que ha tenido repercusión.

—¿Cuál es su fórmula de novela?

—Pienso la obra de un modo más o menos caótico, y para una idea central, luego, busco uno o varios títulos como punto de referencia.

—El hiperrealismo es un filo peligroso en el arte de narrar. ¿Por qué lo eligió para su historia?

Golcochea muerde el cigarro y lo pasa de un lado a otro de la boca. Sus ojos abandonan la ventana, para fijarlos en uno de los murales. La cara se le pone grave.

—Creo que mi novela es realista, pero sin hiper.

A nuestro lado está sentada una dama otoñal, elegante, que parece interesarse en nuestra conversación.



Ramón Eugenio de Golcochea por las calles de Madrid donde sitúa la acción de su novela

—¿Qué cree usted que le falta o le sobra a su novela?

—Tal vez le sobre el último capítulo y le faltan, exactamente, ocho fragmentos más.

Recordamos las últimas líneas finales, donde concluye una historia, donde se apaga una vida, la de Pedro González: "Hacia unas horas era un niño. Ahora, un hombre que iba a morir. Un hombre hecho y deshecho. Desprendido de todo, habiéndolo logrado todo. Un hombre concluido, en total."

—¿Celia es un personaje convencional o un ser concebido para justificar la vicisitud de Pedro?

El hall del hotel se va llenando de gente que espera con aire de saber engañar el tiempo. El escritor observa con atención a cada una de las personas que entran. Hace rodar la mirada entre las columnas del vestíbulo y me dice que le repita la pregunta.

—Sinceramente: Celia existe.

Pero no precisamente llamándose Celia y siendo como es en mi libro. Y existe para vergüenza de ciertas gentes, como tipo de mujer excluido.

Y vuelve al habano, despacio, ceremonioso, en largas chupadas, dejando consumir el tiempo.

LA PIEDAD, UN CON-TORNO EN EL TRIANGULO DE UN DRAMA

—¿Por qué en ese triángulo idea a Pedro entre dos mujeres de tan dispar conducta y sentimientos?

—Porque la vida de cualquier hombre—contesta después de una corta pausa—, aunque esté destinado a la santidad, se dirime entre el bien y el mal, que casi siempre están personalizados, tienen una figura y un nombre.

El veguero se le ha vuelto a apagar. Lo mira, frunciendo el ceño, y decide aplastarlo contra el cenicero, deshaciéndolo.

—Se ha dicho que su novela está exenta de piedad...

—Mire usted—me ataja rápido, como un banderillero de la palabra—, en general, la crítica ha coincidido precisamente en todo lo contrario... Por lo menos en lo que yo he leído.

A Goicoechea se le vuelve ronca la voz. Levanta la cabeza engallando la mirada que ahora centra sobre la panorámica de la ventana. Vuelve a coger la palabra, respunteando paciente el pensamiento en torno a la piedad. Se nota que le ha inquietado la pregunta.

—La condición de la ternura se me ha atribuido como autor al enfrentarme con mis personajes. Luego, y ya particularmente, he de decirle—me explica en un tono confidencial—que cualquiera de ellos, Celia, Pedro o su madre, me merecerían, si existieran, respeto y amor.

EL DIALOGO RUEDA EN LOS ESCENARIOS DE LA CIUDAD

El novelista saca de un bolsillo una pipa, que carga atacándola con tabaco de hebra. Le propongo salir a la calle, hacer rodar el diálogo sobre el asfalto de la ciudad donde transcurre la aventura de "Dinero para morir". Goicoechea acepta. Como él mismo dice, es un hombre de calle.

El sol está en el cenit. La luz de otoño dora las piedras de los viejos edificios. Echamos a andar hacia la plaza de Santo Domingo. Un niño se cruza en nuestro camino y Goicoechea acaricia la cabeza del pequeño mientras le aparta a un lado.

—¿Cuáles son a su juicio los caminos del novelista actual?

—La fidelidad a sí mismo. Luego, la veracidad. Y, como arma de trabajo, la exigencia.

Ahora desembocamos en ese pequeño Broadway que es la plaza del Callao. Atravesamos la avenida de José Antonio buscando los escenarios de "Dinero para morir". Goicoechea ha situado con fidelidad geográfica la acción sobre la toponimia urbana que a Pedro González le costará la vida. "Dinero para morir" sigue un itinerario concreto de íntimo conocimiento para las gentes. Aquí están los bares, los cines, los centros de diversión que Pedro y Celia frecuentaron aquella madrugada de 1954. Aquí está ahora el Madrid de 1958. Han transcurrido cuatro años desde que el escritor limitara la peripezia de tres destinos. Apenas ha cambiado el perfil de las cosas. Entramos en un bar lleno de gente. Quién sabe si tal vez el barman que nos sirve acaso sea el mismo que escuchara las confidencias de Celia y Pedro. Y los clientes que ahora a nuestro alrededor aturden la conversación con ritmo de moscardón, quizá sean también los mismos que levantaron sorprendidos las cabezas cuando con voz estentórea, Pedro González pidió otro coñac, al tiempo que se ruborizaban sus mejillas.

Goicoechea nos envuelve en el humo de su pipa.

—¿Qué entiende por literatura decadente?

—La pura elegancia en las ideas y la forma: eso que quise-

ra llegar y no llega al "dandysmo" literario de un Barbey-d'Aurevill, de un Baudelaire o, entre nosotros, de un González-Ruano.

VALLENSANA, UN RINCON EN LA INTIMIDAD DEL NOVELISTA

Salimos de nuevo a la calle. Ahora andamos por un Madrid de vías estrechas, dominadas por la sombra tibia del otoño. Nos encontramos con otro novelista, Lauro Olmo, que nos saluda y se decide a acompañarnos.

Goicoechea nos da noticias de su estancia en Vallensana, un pueblecito cerca de Barcelona, junto a un bosque grande. Allí vive con su esposa, la novelista Ana María Matute, y su hijo, que ahora tiene cinco años. Nos habla de Juan Pablo, del pequeño Goicoechea, con una pasión sincera, desbordada, que casi nos descubre una segunda personalidad.

—Ayer hablé con él por teléfono —nos dice mientras recalamos en otro bar—. Fijaros hasta dónde llega su poder de influencia que el niño me ha dado dos días de plazo tan sólo, para terminar mis asuntos en Madrid. Ya véis... Yo soy un viejo cristiano que le ha enseñado a rezar.

—Sinceramente, ¿qué opina de los matrimonios entre escritores?

—Lo que puedo opinar de todos los matrimonios: que pueden ir bien o pueden ir mal, según sean los contrayentes personalmente. En el matrimonio creo que lo que importa es la condición humana, y no la profesional.

—¿Cómo ve Goicoechea escritor a Ana María Matute novelista?

La respuesta no se hace esperar:

—Ya he dicho más de una vez y más de diez veces, que Ana María, con independencia de ser mi mujer y la madre de mi hijo, es para mí una novelista excepcional.

Pide al camarero un "Campari" y vuelve a cargar la pipa.

—Escuche: voy a ser sincero con usted —me dice bajando el tono de voz—. Antes de casarme con ella, antes de conocerla siquiera, ya su única obra entonces publicada, "Los Abel", me emocionó profundamente. Y me casé con ella, o me enamoré de ella, mejor, también porque era novelista; porque era así como es.

DE LA EXISTENCIA A LA SOBREVIVENCIA EN LA VIDA DEL PERSONAJE

El vaso de Goicoechea se ha puesto de color de ámbar. El novelista juega con la pipa entre las manos de dedos alargados como espátulas.

—¿Se considera un escritor existencial?

Goicoechea deja la pipa sobre la mesa. Parece como si no hubiese escuchado la pregunta. Se produce un silencio largo, que rompe el flogonazo del "flash". Mi interlocutor me examina con aire inquisitivo. Y contesta de

una manera tranquila, con pausa, seleccionando las palabras, volviendo atrás en la conversación para puntualizar de nuevo, —Quizá, sí. Aunque considerando que no concibo la existencia sin la sobrevivencia. Creo que hay que partir del hombre, que coger para las novelas al hombre profundamente arraigado en la vida, pero sabiéndolo atravesado de parte a parte por la línea del infinito.

Tiene la pipa sujeta entre los dientes y ahora habla a través de ellos.

—El hombre sin Dios me provoca tanta piedad como un perro sin alma.

—¿Cómo se enfrenta Goicoechea ante la vida?

El novelista se pone en pie. Avanza hacia la ventana. Su voz nos llega distante.

—Con fe y con esperanza, y quisiera que con caridad.

De vez en vez asoma a los ojos del escritor una leve tristeza que le ensombrece el rostro.

—¿Cómo es Goicoechea?

Vuelve a tomar asiento. La pipa se le ha volcado descargando la ceniza sobre el traje. Medita la respuesta. Después, con una extraña entonación, responde:

—Un hombre que se equivocó muchas veces para encontrar su última verdad.

Hay un acento humano y placido en las palabras de Ramón Eugenio de Goicoechea. Sincero, apasionado. Hombre de medidas radicales, elegante en la entrega o en el adiós completo.

AMERICA Y EUROPA. DOS PROYECTOS: BALEARES, MI VENTURA

El novelista está limpiando la pipa. Nos habla de sus viajes. Me dice que a primeros de año cruzará el Atlántico. Surcará esa antigua ruta de Indias para rumbar la América española. Por allá dejará correr unos cuantos meses de su vida. Paseará su enigmática figura y gritará su estirpe, mientras pueda, claro. Y luego regresará otra vez al Viejo Continente.

Centroeuropa. He aquí una idea que viene perfilando desde hace tiempo.

—Viviré en Alemania, en Austria o en cualquier otro país, pero con incursiones a mi Mediterráneo adoptivo —sonríe con un gesto un tanto nostálgico—. Esas Islas Baleares que se me han perdido en el corazón y que busco ardientemente... Yo le descubrí a Celia las Baleares, y, después de conocerlas, decidí quedarse allí...

Deja de limpiar la pipa y vuelve a beber del vaso color de ámbar.

Tornamos otra vez a la luz del mediodía, a la calle. Nos separamos de Goicoechea, que se aleja a grandes zancadas, ligeramente inclinado, elegante un tanto inseguro en el andar. El autor de "Dinero para morir" se va con el secreto de su título, calle abajo, perdiéndose en el escenario de sus personajes, a los que dió vida en el transcurso limitado de una noche.

Francisco SAEZ

(Fotografías de Basabe)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

«MUESTRAS DEL FRAUDE»

Por J. EDGAR HOOVER

J. Edgar Hoover, director del F. B. I., nos describe en su interesante libro «Masters of Deceit» (cuya síntesis publicamos a continuación) un cautivante relato sobre lo que es el comunismo en general y su táctica concreta en los Estados Unidos, para cuyos ciudadanos está especialmente escrita esta obra, adaptada específicamente a la mentalidad del ciudadano medio. El peligro del comunismo, aun en los Estados Unidos, es algo que según Hoover no puede ser pasado por alto, por el simple hecho del escaso número de comunistas allí existentes y por su actual decadencia. A este respecto, Hoover destaca dos hechos: cuando el partido comunista se hizo dueño del poder en Rusia disponía de menos hombres que cuando los Estados Unidos tuvieron más comunistas, y por otra parte, todos los partidos comunistas del mundo, incluso en los que ahora gobiernan, se han experimentado grandes crisis que han reducido las masas de sus afiliados enormemente.

HOOVER (J. Edgar). «Masters of Deceit». Henry Holt and Company. — Nueva York, 1958.

MUCHOS norteamericanos no se han parado a pensar lo que significaría una «Norteamérica soviética». El comunismo no duda a este respecto. Sus planes están ya hechos. Así que, para comenzar, observemos su sueño y veamos lo que esto significaría para usted, para mí y para todas las gentes que conocemos.

EL SENUERO DE UNA NORTEAMERICA COMUNISTA

En junio de 1957, Nikita Krustchev, máximo jerarca del partido comunista soviético, era sometido a una entrevista ante el gran auditorio de la televisión norteamericana. Con tranquila seguridad afirmó entonces:

—Puedo profetizar que sus nietos vivirán en Norteamérica, bajo el socialismo. Y no se asusten por ello, pues estos mismos nietos suyos... no llegarán a comprender cómo sus abuelos no fueron capaces de comprender la naturaleza progresiva de la sociedad socialista.

William Z. Foster, ex presidente nacional del partido comunista de los Estados Unidos, predijo también que nuestra nación se haría algún día comunista, cuando escribió en 1949, en la dedicatoria de su libro «The Twilight of World Capitalism»:

«A mi biznieto Joseph Manley Kolko, que vivirá en los Estados Unidos comunistas.»

Estas palabras del gerifalte del partido ruso y de uno de los principales comunistas de los Estados Unidos revela la naturaleza del enemigo con el que tenemos que enfrentarnos. El transformar los Estados Unidos en una nación co-

munista es la ambición más cara de cualquier miembro del partido, sin tener en cuenta su categoría o posición dentro del mismo. Todos ellos trabajan por convertir este sueño en realidad, por arrebatarnos nuestros derechos libertades y propiedades. Aun en el caso de que viva en los Estados Unidos, él es ayudante de una potencia extranjera que acepta una idea extraña. Se convierte en un conspirador contra su país.

La creencia de que todo el mundo será algún día comunista es compartida fielmente por los comunistas norteamericanos. Todos ellos tienen fe en el «gran hermano rojo», que vendrá en su ayuda. La esperanza de William Z. Foster, un rojo americano, es la que alienta hoy a millares de miembros del partido y simpatizantes a realizar un desesperado esfuerzo. Lo que desean es agregar Norteamérica a la lista de las conquistas de la Unión Soviética.

Durante los últimos años ha existido la tendencia a disminuir la importancia de la amenaza de nuestro comunismo únicamente por la baja del número de los miembros del partido. Realmente existe el deseo de considerar el partido como algo acabado, pero recordad esta afirmación:

En 1922, cuando el partido comunista alcanzó los 12.400 miembros, William Z. Foster decía: «...No midamos ya la importancia de una organización revolucionaria por el tamaño. En algunos lugares donde sólo hay uno o dos hombres se han obtenido mayores resultados que en los que cuentan con amplias organizaciones...»

Y ésta ha sido la línea comunista a lo largo de los años. Foster declaraba en 1951: «La fuerza del comunismo... no se puede medir ni incluso por aproximación desde las estadísticas...; la fuerza de los partidos comunistas se sale de todos los sistemas normales de medición...»

Los miembros del partido comunista de nuestro país alcanzaron su cifra más baja en 1930, con 7.500 afiliados, y su cúspide en 1944, con 80.000. La afiliación al partido durante los quinquenios comprendidos en los años citados ha sido la siguiente: 1935, 30.000; 1940, 55.000 (un salto de 15.000 hombres desde 1939); 1945, 64.000 (un salto de 15.000 desde 1944); 1950, 43.200; 1955, 22.600. En el verano de 1957 el número de afiliados había disminuido más todavía. No obstante, los dirigentes comunistas consideran, con su experiencia a través de los años, que por cada miembro del partido hay otras diez personas dispuestas a trabajar y colaborar con el mismo.

Fluctuaciones como las que ha experimentado el partido comunista norteamericano las han vivido también otros países extranjeros. Los archivos demuestran claramente que los partidos comunistas disponen de poder, habilidad y fuerza cuando se presenta la oportunidad. Las siguientes cifras indican cómo pueden decaer y aumentar las afiliaciones al partido:

En Italia, el número de afiliados era en 1943 de 6.000, y 2.500.000 en 1951; En Francia, de 20.000 en 1929 y de 400.000 en 1956; en Siria, de 250 en 1931 y de 10.000 en 1956; en Brasil, de 25.000 a

J. Edgar Hoover

Masters
of Deceit

finales de 1947 y de 100.000 en 1956, y en Indonesia, de 30.000 en 1953 y de 500.000 en 1956.

Y no se olvide que cuando el partido comunista alcanzó su cúspide en los Estados Unidos disponía de mayor número de afiliados que el partido soviético cuando éste se apoderó del Poder en Rusia.

La importancia del partido en los diversos Estados satélites soviéticos en los momentos en que cayeron bajo el control soviético revelan cómo una banda bien organizada de revolucionarios puede imponerse sobre la mayoría de la nación

LO QUE SERIAN UNOS ESTADOS UNIDOS COMUNISTAS

Bajo un régimen comunista, una pequeña minoría, quizá 10 ó 20 hombres, pueden gobernar los Estados Unidos. Una clara dictadura titulada "dictadura del proletariado" se establecería sobre todo el país. Los comunistas, en sus declaraciones, no se muestran parcos a este respecto. La capital, como señalaba un dirigente rojo, sería trasladada de Washington a un centro industrial más importante, probablemente a Chicago. El Gobierno nacional, como el local, sería eliminado. Soviets, es decir, Consejos, se formarían en toda la nación. Estos los formarían hombres de confianza del partido, que destituirían y probablemente liquidarían a nuestros alcaldes, jefes de Policía, funcionarios y dirigentes cívicos.

Nuestra Constitución y nuestras leyes serían abolidas. Si usted dispusiese de una propiedad productiva sería detenido como un "explotador", arrastrado ante un Tribunal revolucionario y condenado a un campo de concentración. Todas las propiedades utilizadas en la producción serían confiscadas, lo que tendría como remate una total comunización de los bienes, es decir, el paso de los bienes al Estado. En esta confiscación, querido conciudadano, irían su casa, sus negocios, sus fondos y las propiedades de las personas relacionadas con usted. Todas estas cosas pertenecerían a todo el mundo, y usted no tendría derecho a considerarlas como propias, dentro del plan comunista.

La revolución afectaría a todos los hombres, mujeres y niños de Norteamérica. Los comunistas no se proponen remodelar nuestro Gobierno o retener parte de él. Arrasarían el terreno, destruirían la oposición, luego crearían un nuevo Gobierno y nos convertiríamos en la provincia americana del Imperio mundial soviético. ¿Están nuestros comunistas maduros para la acción? La revolución de 1917, soviética, creó modernas condiciones, que serían aprovechadas por nuestros comunistas, los cuales han declarado en una ocasión:

"Los principios sobre los que se organizaría una Norteamérica soviética serían los mismos que han servido para su estructuración a la Unión Soviética."

William Z. Foster, durante mucho tiempo jefe del movimiento comunista de nuestro país, ha asegurado que la evolución comunista después de la toma del Poder, se llevaría a cabo todavía más rápidamente que en Rusia.

Toda la industria sería nacionalizada y las granjas arrebatadas a sus propietarios. Los pequeños comerciantes serían tan culpables como los grandes hombres de negocios; unos y otros serían liquidados. Rentas, beneficios y seguros serían abolidos. Innumerables trabajos, considerados por los comunistas como "inútiles y parásitos", se suprimirían. Vendedores al por mayor, viajantes de comercio, agentes de Bolsa, especialistas en publicidad, abogados, son profesiones que los comunistas borrarían. Los comunistas tienen un desprecio especial por los abogados. Quizá sea porque no tienen necesidad de abogados donde no existe el derecho de defensa. El propio Foster lo ha dicho: "Suprimiremos la peste de los abogados."

La acción sería drástica, inmediata y sin apelación. Una "guardia roja" armada sostendría por la fuerza cualquier disposición del partido. Los hoteles, los Clubs y las piscinas serían utilizados en beneficio de los "trabajadores", lo que querría decir, en la mayoría de los casos, que pasaban a manos de los gerifaltes del partido. Los obreros de las minas y fábricas deberían trabajar un cierto número de horas para conseguir unos ciertos salarios. Los Sindicatos, tal como los conoce-

mos, desaparecerían. Todas nuestras organizaciones serían ocupadas y dirigidas por el Gobierno comunista, y ningún trabajador podría organizar un Sindicato o una huelga contra su "Gobierno".

La Prensa sería amordazada, la libre expresión prohibida y se exigiría una total conformidad. Si se expresaba una opinión contraria a la línea del partido se le conocería mejor, y su desaparición serviría de lección a otros. El temor se convertiría en una ayuda técnica. Las películas, la radio y la televisión se convertirían en instrumentos del Gobierno y de sus propagandas. Las Iglesias no serían, probablemente cerradas inmediatamente, pero tendrían que someterse a fuertes impuestos, a ver sus propiedades incautadas por el Estado y a la desaparición de las escuelas religiosas. Los clérigos serían requeridos a aceptar la línea del partido. "Dios no existe, ¿para qué adorarle?", dicen los comunistas. Los niños pasarían a depender de guarderías e inscritos en escuelas de endoctrinamiento. Las mujeres, se jactan los comunistas, serían relevadas de las duras tareas domésticas. ¿Cómo? Gigantescas fábricas y cocinas colectivas se establecerían para que así la mujer pudiese ser "libre" de trabajar en las fábricas y las minas, junto con los hombres.

No hemos exagerado la visión de una Norteamérica comunista, y si no, aquí están las palabras de William Z. Foster:

"Bajo la dictadura del proletariado, todos los partidos capitalistas —republicano, demócrata, progresista, socialista, etc.— serían liquidados y el partido comunista funcionaría sólo, como el partido representativo de las masas. Del mismo modo serían disueltas todas las otras organizaciones que poseen fines políticos de carácter burgués incluyendo en estas las Cámaras de Comercio, las Asociaciones de Empresarios, los Clubs Rotary, la American Legión, la Y. M. C. A., y otras fraternidades, tales como los Caballeros de Colón, etc."

De acuerdo con estas normas, muchos americanos se verían como candidatos para la liquidación repetidas veces, ya que varias de las organizaciones a las que pertenecen se encuentran incluidas en la lista negra, a pesar del carácter social de las mismas.

LOS COMUNISTAS NORTEAMERICANOS Y LA GUERRA ESPAÑOLA

La época inmediatamente anterior a la segunda guerra mundial fué el gran momento de los frentes comunistas de alianzas, a los que se incorporaban muchas víctimas inocentes. Realmente, cientos de organizaciones, tales como la American Youth Congress, la Liga Americana contra la Guerra y el Fascismo (más tarde conocida como Liga Americana por la Paz y la Democracia), la American Peace Mobilization y el Congreso Nacional Negro, surgieron entonces. Fueron todas ellas creadas o capturadas por los comunistas. Todas ellas eran revestidas de rimbombantes nombres para atraer a cuantas más gentes posibles. Los comunistas podían ofrecer algo a todo el mundo. El partido movilizó durante estos años a muchos millones de americanos, los cuales, de un modo o de otro, sostuvieron la causa comunista. Las densas redes comunistas trabajaban activamente.

Cuando estalla en 1936 la guerra civil española, los comunistas norteamericanos, con gran lujo de fanfarrias, envían 3.000 voluntarios, conocidos como Brigada Lincoln, en ayuda de los republicanos. Grupos coaligados de los más diversos tipos se formaron para reunir dinero, alimentos y medicamentos. Los americanos que dirigen estos grupos se encargaban de enviar a otros americanos —la mayor parte de los cuales no volverían nunca—, no tenían ningún interés específico por la política española y lo único que les preocupaba era fomentar y alentar la causa internacional del bolchevismo.

Los comunistas americanos utilizaron las más resbaladizas promesas y las más arduas artimañas para conseguir que nuestros jóvenes se trasladasen a España. Se les alistaba prometiéndoles lucrativos puestos, grandes sumas económicas y facilidades de viaje. Una joven se dedicaba a seducir a algunos hombres alejados de la política, a los que luego les obligaba a prometerla que se trasladarían a España a cambio de los favores que ella les permitía. Si era necesario, se conseguían pasaportes falsos o pasajes ilegales en los

barcos. Se estableció un bien estructurado sistema de transporte, gracias al cual, los individuos reclutados en los Estados Unidos eran trasladados a España generalmente a través de Francia. Todos los medios se consideraban lícitos para aumentar el número de combatientes de la causa comunista.

Uno de los peligros potenciales del partido comunista surge de la capacidad de realizar sabotajes por parte de sus miembros. Algunos de ellos habían aprendido estas tácticas en la Escuela Lenin de Moscú. Allí se les enseñó, entre otras cosas, la estrategia de la guerra de guerrillas, así como la técnica del sabotaje y la organización de la resistencia interior. Otros debían sus conocimientos a su participación en la ya citada Brigada Lincoln durante la guerra civil española. Según William Z. Foster, 15,000 miembros del partido estuvieron bajo las armas durante la segunda guerra mundial. El partido se da perfecta cuenta de que la realización del servicio militar facilita una experiencia castrense que puede ser luego utilizada en los tiempos de crisis a expensas del capitalismo.

EL CABALLO DE TROYA EN LA TÁCTICA COMUNISTA

La infiltración es el método que utilizan los miembros del partido para enrolarse en las organizaciones no comunistas, con el fin de favorecer su causa. Si consiguen el control, la organización se incluye dentro del frente comunista.

La infiltración es una de las más viejas tácticas comunistas, patrocinada siempre por Lenin y Stalin. Fué el propio Dimitrov el que en el VI Congreso Internacional del Partido Comunista utilizó la imagen del caballo de Troya como símbolo de la política comunista en los países capitalistas.

Nadie puede sorprenderse de que el partido busque desesperadamente infiltrarse en las organizaciones sindicales, en los grupos administrativos, cívicos y comunitarios. Su objetivo es convertir a todas estas entidades en instrumentos del Gobierno.

Los dirigentes del partido gastan mucho tiempo y trabajo en estudiar la táctica y la estrategia de la infiltración. Una maniobra rápida y mal preparada puede anular completamente toda una larga preparación. Siempre se plantea la disyuntiva de capturar completamente la organización o de disponer de unos hombres claves dentro de la misma. Si se opta por esta última solución, ¿dónde realizar el ataque inicial? Se necesita una estrategia flexible, adaptable a las circunstancias habituales.

Los comunistas norteamericanos han trabajado más intensamente que en cualquier otra cosa en infiltrarse en nuestros Sindicatos. Desde los días de Lenin, los Sindicatos han sido su objetivo favorito. El dictador comunista era franco en sus declaraciones a este respecto cuando afirmaba que al comunismo no le interesaba el hombre trabajador porque sus salarios fueran más altos, sus condiciones laborales mejores y más cortas sus horas de trabajo, sino que sus huestes se infiltrasen dentro de los Sindicatos para que éstos agitasen en favor del comunismo.

Una aplastante mayoría de los miembros sindicales norteamericanos son honrados laboriosos y leales ciudadanos. Todos ellos detestan al comunismo. Esta actitud la han probado una y otra vez. Basta que descubran al comunismo en sus actividades para que se aparten de ellas inmediatamente. La mayoría de las ganancias conseguidas por el partido en el movimiento laboral las ha vuelto a perder ahora.

Estas derrotas no han disminuído el peligro latente. "Un noventa por ciento, por lo menos, de nuestros esfuerzos —declaraba un escritor del partido— deben consagrarse a los obreros industriales." Experiencias de años hacen que hoy el partido se dedique a los sindicatos con renovado vigor. La mejor manera de enfrentarse con este ataque es conocer las tácticas comunistas de acción.

Ejemplo elocuente de estas tácticas de infiltración lo ofrece el caso histórico del que llamaremos Grupo 123. Este era una organización típica de las muchas sindicales que existen y en la cual se mantuvo durante seis años una larga y solapada lucha entre los comunistas y no comunistas por controlarlo. Nuestro Grupo 123 era

una organización influyente y respetable, no comunista oficialmente, pero cuyo control resultaba de la mayor importancia para el partido.

El problema del cuartel general comunista era como atacar. El objetivo manifiesto, como en la mayor parte de los organizaciones, son sus funcionarios. Controlar a los dirigentes, bien sea el presidente, el secretario o el tesorero, es a menudo trabajo de diez, veinte o de cincuenta miembros. Hay que hacer todo lo posible con vista a las próximas elecciones con el fin de alejar de los puestos a los anticomunistas más destacados, reemplazándolos por comunistas declarados o neutrales.

Todos los dirigentes del Grupo 123 eran declaradamente anticomunistas, excepto uno, el secretario. Habría provocado abiertas protestas si perteneciese abiertamente al partido, por lo que figuraba como tal miembro, pero durante muchos años había mantenido cordiales contactos con los dirigentes del partido. Era un hombre popular y gozaba de gran crédito entre los afiliados. Esta era la razón por la que los anticomunistas no tenían grandes probabilidades de derrotarle. Y aquí estaba su punto débil.

"Debemos constituir una candidatura completa —señalaron los dirigentes del partido—. Incluiremos en ella algunos contrarrevolucionarios, y así ocultaremos mejor nuestros intereses. No deberemos mostrarnos claramente en absoluto. Nuestro programa oficial debe ser aceptable tanto para el ala derecha, como para la izquierda. Después conseguiremos el control."

Se trataba de poseer el caballo de Troya, maniobra necesaria, teniendo en cuenta la minoría de los miembros del partido dentro de la organización. Las estratagemas, falsedades e hipocresías estaban a la orden del día.

El secretario simpatizante aceptó el "slogan" de la candidatura ideada por los comunistas, y que versaba sobre un tema anodino. Su nombre dio prestigio a la candidatura propuesta. Había luego que buscar un presidente y los restantes miembros de la Junta. El primero fué un hombre que podía ser dirigido y los restantes se buscaron entre los enemigos de menor cuantía —no se olvide que los comunistas, en los casos apurados, valoran el grado de enemistad que se les tiene—, sin que faltase algún miembro del partido.

El resultado de toda esta maniobra fué una completa victoria de los comunistas, que durante seis años dominaron por completo una organización que, incluso oficialmente y por el número de sus miembros, era declaradamente anticomunista. Para conseguir este dominio el partido no desperdició una sola oportunidad. En primer lugar mantuvo y sostuvo al presidente oportunista. La vanidad es un arma utilísima. Hizo todo lo que pudo por ensalzar su egolatría. Llevó su sueldo (no se olvide que quien paga es la organización, y no el partido). Le organizó comidas honoríficas, le envió como delegado a grandes reuniones. Mientras tanto el vicepresidente, que era el comunista, dirigió efectivamente la organización.

Solamente seis años después el Grupo 123 consiguió eliminar la infiltración comunista tras una larga y agotadora lucha, y para ello se requirió, tras un darse cuenta de la trampa en que se había caído, todo un reagrupamiento de fuerzas dispersas del anticomunismo para oponerse a tan talmado enemigo.

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

ADMINISTRACION:

Pinar, 5

MADRID

Conoce Vd el VERDADERO Jazz?... He aquí su mensaje inédito

10

sensacionales

CLASICOS
del

JAZZ

con todos estos
grandes maestros del jazz:

SIDNEY BECHET
CHARLIE PARKER
COLEMAN HAWKINS

ART TATUM
EDDIE CONDON
DIZZY GILLESPIE
ERROL GARNER
TEDDY WILSON
PEE WEE RUSSEL
JACK TEAGARDEN

y con ellos:

Rex Stewart, Rod Horvo, Albert
Nicholas, Flip Phillips, Billy Taylor
Milt Hinton, Sonny Berman, Buck
Clayton, Sid Catlett, Slam Stewart
Howard Mc Ghee, Jo Jones,
Bobby Hackett, Bud Freeman,
George Wettling, etc.

EN UN
MICROSURCO
33 1/3 rpm. 30cm.

que lo
enviaremos

GRATIS!



JELLY ROLL BLUES, SLAM SLAM
BLUES, RELAXIN' AT CAMARI-
LLO, DARK EYES, B. C. BLUES,
HONEY-SUCKLE ROSE, SERENA-
DE TO A SHYLOCK, TRIO, MOON
BURNS, BASIN STREET BLUES.

Un regalo maravilloso del C.I.D.
del cual puede Vd. beneficiarse si se apresura a pedirlo

En efecto, aunque parezca increíble este Festival de jazz auténtico, será enviado GRATIS a todos los aficionados que decidan adherirse al Club Internacional del Disco, para poder adquirir con todas las ventajas reservadas a sus Miembros los incomparables discos de jazz y de música de baile que éste edita, al precio sin precedentes de 215.- ptas. por disco de larga duración (33 r.p.m.) gran formato (30 cm.).

Sin compromiso
ni riesgo alguno

Como Vd. vé, el Club Internacional del Disco, al regalarle este Festival deslumbrador le hace un obsequio de valor doble a la cuota anual (165.- Ptas.) Y atención! Adherirse al Club no le obliga a adquirir otros discos. Así, aunque no comprara Ud.

nunca más otros discos del C.I.D., su discoteca dejaría de ser incompleta, este modo de expresión musical tan rico y variado encontrándose en adelante representado en ella por sus más grandes maestros.

Garantía total para Vd.

Si la reputación de estos maestros del jazz, el prestigio del C.I.D., garante

con sus 12.000 Miembros en España y sus 2 millones en el mundo entero, no le bastaran para decidirse, sepa que el Club le ofrece 3 días después de recibir el disco para escucharlo con toda calma y convencerse de su valor extraordinario. Si después de haberlo oído le deja a Vd. frío, envíenoslo en ese plazo de 3 días y le reembolsaremos íntegramente el importe de su cuota.

No espere Vd.
mañana para decidirse

Esta oferta, que permite la audición

simultánea de todos los grandes maestros del jazz reunidos en este Festival único, tendrá seguramente repercusiones en el mundo musical. Es muy posible que nuestros medios de producción, todavía limitados, resulten insuficientes para atender a la demanda. Envíenos pues inmediatamente el cupón al pie, ya que los pedidos, a razón de uno sólo por persona, serán servidos por orden estricto de llegada.

(Si es Vd. ya Socio del Club espere a recibir la oferta especial que le mandaremos rápidamente por Correo).

VALIDO HASTA EL 30 de noviembre

CUPON A RECORTAR Y A ENVIAR AL CLUB INTERNACIONAL
DEL DISCO - ALCALA, 45 - OF. 5 - 11 MADRID

Deseo recibir gratuitamente el Festival de Jazz que ofrecen a los aficionados que se adhieren al Club Internacional del Disco y les pagaré mi cuota anual de 165.- Ptas. (más 10 Ptas. por gastos de envío) contra recepción del disco (teniendo el derecho de abrir el paquete delante del Cartero antes de aceptarlo y de pagar el reembolso). Si el disco no es enteramente de mi gusto, lo devolveré dentro de 3 días y me reembolsarán el importe de mi cuota. Mi adhesión al Club no me obliga a adquirir otros discos más adelante.

NOMBRE _____

DIRECCION _____

TAMBIEN PUEDE VISITARNOS EN UNA DE NUESTRAS
DELEGACIONES DONDE HALLARA LA MEJOR ACOGIDA
MADRID: Arenal 18 y Preciados 42 • BARCELONA: Ronda San Pedro 3 • BILBAO: Gran
Vía, 22 • CACERES: Av. Virgen de la Montaña, 7 • LERIDA: Mayor, 45 • MANRESA:
Francisco Morell, 10 • MURCIA: San Antonio, 2 • OVIEDO: Fidal, 2 • PALMA DE
MALLORCA: Palmaris, 1 • SAN SEBASTIAN: Al. Calvo Sotelo, 20 • SEVILLA: Av. de
Héroe, 4 • VALENCIA: Pintor Sorolla, 15 • VIGO: José Antonio, 48 • ZARAGOZA:
P. Independencia, 8.



LA GRAN FAMILIA DE LOS QUE TRABAJAN

EL BALANCE POSITIVO DE LAS MUTUALIDADES LABORALES

UN EXTENSO PROGRAMA DE REALIZACIONES ECONOMICO - SOCIALES

BAJABAN los trabajadores hasta la plaza del pueblo o a la esquina soleada donde pasaban los días sin trabajo, o a la taberna amiga en que esperaban cada tarde la hora de la cena. Eran los años sin decenas: el uno, el dos, el ocho, de este mismo siglo **XX** que ha visto subir cohetes camino de las estrellas. Aquellos que destacaban por su sentido común, por su seriedad, por su integridad personal llevaban la voz cantante, y se discutía, se hablaba, se sacaban a relucir viejos y nuevos discursos de los dirigentes obreristas, que por entonces empezaban a cambiar la

blusa de albañil para hacerse diputados y vivir de las rentas de la política. Frente al capitalismo, los trabajadores se encontraban indefensos, sin nada que elegir entre la bomba de fabricación casera y el morirse de hambre en un rincón, en caso de mala fortuna. Entonces empezaron a fundarse en España unas modestísimas Sociedades de Socorros Mutuos entre trabajadores de un mismo pueblo, quienes, mediante una contribución semanal bastante módica, aseguraban cierta reserva para los días malos ayudándose unos a otros como buenos hermanos. Los títulos

de aquellas Asociaciones eran ingenuos y muy a tono con la época: "La Confianza", "La Legalidad", "La Honradez". Todavía pueden encontrarse en las comarcas de tradición obrerista, de acumulaciones industriales o mineras, como Riotinto, por ejemplo, viejos trabajadores jubilados que en su juventud fueron presidentes o tesoreros de aquellas minúsculas Asociaciones, germen de las gozosas realidades del Mutualismo Laboral de hoy. Conoció al padre de un viejo amigo que había sido tesorero de una de aquéllas, "La Confianza", en la que jamás había dispuesto de

un fondo superior a las cuatrocientas pesetas. Los viejos mineros, los ancianos albañiles, los más que retirados ferroviarios, habrán recordado con lágrimas de emoción aquellos lejanísimos días de sus modestísimos ensayos de mutualismo particular, al saber detalles sobre la entrevista cordial, la visita filial a Franco, de los mutualistas, de los beneficiarios de esta realidad asombrosa de los Montepíos Laborales. Algún día habrán soñado ellos con alcanzar esta fortaleza, y ahora la ven ya conseguida para sus hijos y sus nietos, con dinero, con Universidades, con retiros, con pensiones generosas y abundantes, como un sueño realizado por arte de magia.

HACE DIECISEIS AÑOS

A partir del año 1942 comenzó el trabajador español a conocer la ordenación laboral en la Patria. El nieto de aquellos mineros de Riotinto, o del metalúrgico bilbaíno, o del albañil madrileño, o del carpintero gallego, que conocieran el nacimiento de "La Honradez" o "La Fidelidad", conoció ahora la creación de Reglamentaciones Nacionales para cada rama de la producción, en las que se señala con exactitud, y de manera clara, los derechos y los deberes de los tres estamentos que las componen. No estaba esto encomendado a la buena fe de un patrono, a la energía de un Sindicato, a la autoridad de un técnico ni a la fuerza moral de un período de angustia. Sino

que, de modo explícito la ley decía al empresario, al técnico y al obrero lo que tenían que hacer, y cuándo y cómo podían discutir, y cuándo y cómo habían de ponerse de acuerdo. Esto suponía la seguridad y la dignidad. Ya nunca se darían los viejos casos...

Ya no bajaría aquel obrero casi llorando, porque había sido despedido sin más trámites; ni aquel otro vociferando como un energúmeno, porque no había alcanzado a la cara del patrono la bofetada que le había lanzado discutiendo de mala manera; ni aquel de más allá, compungido y acobardado porque estando enfermo nadie quería emplearle... Ya, cuando un amigo del trabajo tuviese un hijo, quisiera casarse, cayese enfermo, se viera obligado a someterse a una operación quirúrgica o simplemente se quedara en paro forzoso, no sería necesario salir en grupos, con uno de los pañuelos negros que la mujer llevaba en la cabeza cuando salía a la calle, y recorrer el pueblo o el barrio pidiendo limosnas, recogiendo en el pañuelo extendido las monedas que la caridad pública quisiera ir tirando, quizá de mala manera.

La misma ley que creaba las Reglamentaciones laborales establecía la creación inmediata con carácter obligatorio de Mutualidades o Montepíos con la implantación de pensiones de jubilación, viudedad o invalidez, pagado todo con un fondo incrementado con las prestaciones de las Empresas y de los trabajado-

res, a medias, como buenos hermanos, porque hermanos son los que ponen la fábrica y los que trabajan en ella, los que abren la mina y los que sacan el carbón, los que compran el cortijo y los que lo cultivan. Es como una familia, en la que cada cual pone lo que tiene, generosamente, reglamentado todo, desde luego, porque los hombres han demostrado ya que sin la ayuda de la ley formal no se entienden bien en cuestión de intereses.

Para que se viera que no se trataba de promesas que jamás se cumplirían, el Gobierno comenzó en seguida a dictar las disposiciones necesarias para que todo se pusiera en marcha rápidamente. El 24 de octubre de 1946 ya estaba dictada la orden creando el Servicio de Montepíos y Mutualidades Laborales, y entre aquella orden y el Reglamento Orgánico del Mutualismo Laboral, dictado en septiembre de 1954, los trabajadores españoles alcanzaron la más resonante victoria de su empeño por emanciparse, por atender por sí mismos a sus necesidades, por prevenir con fondos propios sus días de desgracia. Ahora está de actualidad el Mutualismo, y los mismos productores que hace veinte años conocieron el desamparo, son ahora los que se benefician de sus prestaciones.

—Mire usted —dice un viejo albañil—, yo fui fundador de la Mutualidad Provincial de la Construcción, la primera de España...

Los de la construcción siempre



El Caudillo recibió en el palacio de El Pardo a más de un millar de mutualistas

han sido valientes para esto de luchar... —dice alguien por halagarle.

El viejo me mira con una sonrisa a punto.

—Esto no es ninguna lucha. No queremos nada contra nadie, sino hacernos el bien sin perjuicio de segundas ni terceras personas. En cuanto a eso de la valentía de los albañiles, sepa usted que los siderometalúrgicos y los mineros de carbón fueron, con nosotros los primeros en la creación de sus Mutualidades Provinciales...

—¿En cuánto tiempo se crearon todas?

—Pues verá usted —el anciano cuenta con los dedos—. En los primeros meses de 1947 había 52 Mutualidades provinciales de la construcción, 16 de los siderometalúrgicos, tres de los del carbón... Bueno, en resumen que en 1948 ya estaban organizadas todas las Mutualidades de Previsión Laboral...

DE ELLOS Y PARA ELLOS

Un administrativo joven quiere contar su versión. El albañil le mira con nostalgia, porque le ve con ímpetu y se recuerda así hace cincuenta años, cuando aquello de 1907, y luego cuando lo de 1917... Para el viejo, el joven es un producto de este tiempo nuevo, bien vestido, inteligente, culto y cultivado, que son dos cultivos distintos, aunque parezcan cosas iguales.

—Al principio, los Reglamentos no eran idénticos... Pero luego se unificó todo. Hemos —al decir "hemos" se le llena la boea de una vanidad honesta y comprensible— perfeccionado poco a poco los órganos representativos del Mutualismo Laboral. Hay Asambleas generales, Juntas rectoras, Comisiones provinciales y permanentes, Asambleas provinciales...

—Y en esos órganos rectores están...

No deja terminar. Adivina la pregunta antes de oírla y habla con el entusiasmo con que contaría un éxito personal:

—Hay en ellos tres trabajadores por cada empresario; es natural, porque somos más... Los vocales electivos son nombrados por las Secciones Económicas y Sociales de los Sindicatos Provinciales...

De pronto cambia de conversación, como si algo que hubiera recordado le pareciera más importante que nada.

—El día 16 de agosto publicó el "Boletín Oficial del Estado" la aprobación por la Presidencia del Gobierno del definitivo Estatuto docente de las Universidades Laborales...

Si les hubiese dejado hablar hubiéramos estado toda la tarde comentando la obra fabulosa de estas Universidades, la inversión más rentable de cuantos el mutualismo ha ideado, porque a plazo fijo no se recortarán cupones en la ventanilla de un Banco, sino se recogerán técnicos creados por los mutualistas de entre sus propios hijos. Otra vez viene a la memoria la vieja estampa del obrero antiguo, que apenas podía pensar para su hijo otra cosa que hacerle aprender a leer, escribir y las cuatro reglas;



El Ministro de Trabajo, señor Sanz Orrio, entrega al Jefe del Estado una placa de homenaje de las Mutualidades

si antes de aprenderlas no se veía obligado el rapaz a colocarse de aprendiz en algún taller, de recadero en alguna tienda o muchacho de campo para guardar rebaños o llevar al tajo la comida de los segadores.

Y AHORA..

Un abogado explicó su versión de las Mutualidades como hombre de leyes, hablando con palabra justa del mecanismo jurídico de estas instituciones, ya en mayoría de edad.

—Mire usted, la previsión laboral tiene dos facetas: una defensiva, constituida por seguros básicos, y otra ofensiva, mediante las creaciones de créditos laborales, en sus dos modalidades de créditos de producción y vivienda, con una tercera de acción formativa proyectada para lograr el acceso al perfeccionamiento técnico, cultural y humano del trabajador en las Universidades Laborales...

—¿Entonces?...

Habla con acento comunicativo. Está con las manos extendidas sobre la mesa del café.

—El fenómeno social conocido por Mutualismo Laboral superó la finalidad de la ley de 6 de diciembre de 1941, que regulaba las Mutualidades de previsión libre y voluntaria... Se trataba de una nueva concepción, y una extraordinaria experiencia que irrumpía en el campo social recogiendo el clamor unánime de trabaja-

dores y empresarios, al que había que dotar de un cauce legal que sirviese, siquiera fuera eventualmente, para contener y canalizar la impetuosa corriente... Resulta que la fuente inmediata de Derecho de las Mutualidades de Previsión Laboral debe hallarse en las Reglamentaciones de Trabajo, o sea, en la facultad o potestad reglamentaria del Poder Público o de la Administración... Se quedó allí hablando.

"EL CLAMOR DE LOS OBREROS.."

Los mutualistas esperaban en el paseo de Rosales, esquina a Marqués de Urquijo, al pie del edificio donde tiene su sede el Servicio de Montepíos. Una larga fila de autocares ponía en los letreros de sus parabrisas la nota curiosa de todo un nomenclátor de actividades:

"Siderometalúrgica": "Comercio", "Banca", "Artistas", "Construcción"...

Cuarenta y dos autocares iban a llevar a El Pardo a los mutualistas, que querían rendir homenaje de gratitud al Jefe del Estado, mentor de todos los avances del mutualismo, como de todos los avances y la prosperidad de la Patria, de la seguridad y dignidad de los españoles. Representantes de obreros y empresarios de todas las ramas de la producción, muchos de ellos gente humildísima, que sin apenas

haber visto de cerca a un Alcalde, ahora iban a verse nada menos que junto al Caudillo.

—¿Cuándo le veremos?— pregunta un anciano ya en el patio de Palacio.

—Ahora...

Sanz Orrio y una Comisión se adentran por aquellos salones hacia el despacho donde trabaja el Jefe del Estado. Fuera, todos tienen los ojos pendientes de aquel balcón, donde, según alguien que lo sabe todo, va a aparecer Franco. Y en efecto, Franco aparece sonriente, saludando a los mutualistas.

—¡Viva Franco!

El grito es unánime. Algunos hombres de pelo en pecho tienen los ojos brillantes, húmedos, y disimulan que están a punto de saltárseles las lágrimas por la emoción.

—“Día grande es el de hoy para el Mutualismo Laboral al tener la dicha de acercarse, en la forma entrañable que hoy lo hace, al que ha sido su creador y su más decidido propulsor...”

—¿Quién es el que habla?

—Un ingeniero, Martín de Vidales, que habla en nombre de los empresarios...

Alguien manda callar al que cuchichea, con el dedo sobre los labios.

Termina el ingeniero y comienza un productor. Ibáñez Tejido, carpintero:

—“El clamor de los obreros os ha llegado ya muchas veces, señor; para alentarlos cuando injustamente se atacaba a nuestra Patria; para gritar al mundo que para defenderla somos españoles hasta la médula, y que estamos y estaremos siempre al lado de nuestro Caudillo...”

Cuando aquel carpintero dejó de hablar, con voz emocionada por haberse dirigido al Caudillo, al Jefe del Estado, y por haberlo hecho delante de aquella muchedumbre y aquel lugar, Franco le estrechó la mano, y en ella estrechaba las manos de todos los mutualistas presentes, de todos los ausentes, y de todos los obreros que desde hace cincuenta años habían creado modestamente, a pulso de peseta sobre peseta, el germen de una inquietud que el Generalísimo ha hecho realidad para bien de todos, por la fuerza de su tesón y su concepción clarísima de los problemas y necesidades sociales.

“¡...SI HUBIERA PODIDO EMPEZARSE HACE CINCUENTA O SESENTA AÑOS!”

Se oyó en seguida la voz de Franco:

—“Si nuestras realizaciones económicas hubieran podido empezarse hace cincuenta o se-

venta años, habría cambiado hoy la estructura de España, que estaría a la altura de los países más adelantados; hubiera sido entonces muy fácil de acometer, pero no quisieron verlo aquellos políticos de profesión, que especulaban con una política que entrañaba la ruina de la Patria...”

Oyendo a Franco, alguien estaría recordando a los viejos mineros y a los campesinos, a los oradores mitinescos que ofrecían el oro y el moro a cambio de un voto.

—“Estamos empeñados en la tarea de cambiar todo esto... Hay que pensar que son muchísimos los vacíos que en este orden la Nación necesita llenar. Y para lograr la mejora no nos basta con llevarles una ordenación en la Previsión Social en las Mutualidades, en las inversiones; es necesario cambiar completamente la economía de su Empresa, buscarle mayores rendimientos, más productividad. Por lo tanto, tenemos necesidad de ir con paso firme, pero con prudencia, sin perder nunca la ocasión de dar los avances necesarios e indispensables, pero teniendo en cuenta que nuestra empresa es delicada, grande, ambiciosa y necesita del sacrificio y del esfuerzo de todos...”

Sanz Orrio, en nombre de los mutualistas de toda España, había prendido en el pecho del Generalísimo, allí donde un día fuera prendida la Medalla Militar y otro la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la Medalla del Mutualismo, y le había hecho entrega de la placa que perpetúa el homenaje. El Ministro de Trabajo representaba allí a los trabajadores y empresarios de la España de hoy y también a los españoles laboriosos que durante decenios han estado sumidos en el abandono, bajo la preocupación del fantasma perenne de la miseria, sin más previsión que la particular ni más posibilidad de ayuda que la mendicidad. Sanz Orrio al entregar a Franco la placa y prenderle la Medalla, estaba realizando un acto de gratitud hacia el nombre que nos ha dado, en materia de Previsión Social, incluso cosas que hace apenas veinte años parecían sueños o locuras.

NUMEROS CANTAN

Al regreso, todos con la emoción en el rostro, siempre hay un compañero de autocar que sabe detalles, y cuenta anécdotas, y está en el secreto de lo que todavía ni siquiera ha sucedido. El vino ilustrando con cifras a los curiosos. Llevaba los datos cuidadosamente anotados, con guarismos que le denunciaban como empleado de Banca, de esos que

dibujan un cinco sin apenas hacer más que una tilde.

—Mire amigo...

—¡Por favor! —atajó uno, antes de que le colocara el disco técnico—. Confieso que de Banca y de inversiones apenas tengo una vaguísima idea, y que cuando voy a cobrar un cheque apenas sé dónde he de firmar, ni si he de firmar en alguna parte...

Rien todos felices, cará al paisaje maravilloso de los campos de El Pardo.

—Mire, la gente se preocupa mucho de las inversiones del dinero de las Mutualidades. Hay quien habla de cifras fabulosas sin saber lo que dice. Imagínese a alguien que nunca ha visto un duro y de pronto oye hablar de millones. Creerá que le están hablando de un río que jamás se acabará... Aquí tengo la nota: en 31 de diciembre de 1957, el Mutualismo Laboral tenía casi nueve mil quinientos millones invertidos en valores emitidos y garantizados por el Estado; unos dos mil quinientos millones en Fondos Públicos, no estatales; un poco más en valores privados, inversiones de carácter social e inmuebles...

—¿Pero las prestaciones?

El banquero —porque trabaja en un Banco, no porque tenga una casa de Banca— levanta la mano como si jurara, dando a entender que todo se andará a su tiempo:

—En 31 de diciembre de 1955 estaban acogidos a los beneficios de la jubilación más de 125.000 productores, que percibían más de mil millones de pesetas... Más de 75.000 viudas, casi 355 millones de pesetas... Más de 110.000 huérfanos, 100 millones largos... Más de 18.000 inválidos, casi 116 millones... Y, además, las pensiones por larga enfermedad, asistencia sanitaria, nupcialidad, natalidad, acción formativa...

Tantos millones trastornan al interlocutor y se lo dice al amigo, que le informa con sana alegría, como quien habla, en realidad, de dinero propio. Se tienen las manos para despedirme, y las retiene un momento con sonrisa de amistad.

—¿Quiere que le diga una cosa?

El otro se encoge de hombros, aturrido también por el ruido del motor, que acelera pasada Puerta de Hierro:

—Se hace realidad lo que el Fuero del Trabajo nos anunciaba... Que la honorabilidad y la confianza, basadas en la competencia y el trabajo, constituyan garantías efectivas para la concesión de créditos...

¡SI ELLOS LO VIERAN...!

Está en todos el recuerdo de los obreros de hace cincuenta años, alguien comenta la frase que suele decirse para dar a entender que lo que fué deseo no conseguido de alguien, ha alcanzado una madurez y unas proporciones, que aquél jamás había ni soñado:

—¡Si ellos levantaran la cabeza...!

Domingo MANFREDI CANO

Lea usted todas las semanas

“EL ESPAÑOL”

Esta... como nunca!

El que sabe sabe que el aroma de FUNDADOR es anticipo de su delicioso sabor, combinación perfecta de suavidad y fortaleza. Las más viejas soleras de Jerez y un largo reposo de años, hacen de FUNDADOR Domecq su coñac preferido.

FUNDADOR

Domecq

El coñac español que más se vende en el mundo.



PROVER - D. 104



LA HERENCIA ESPAÑOLA DE NUEVA ORLEANS

ENTREGA SIMBOLICA DE LAS LLAVES DE LA CIUDAD A NUESTRO EMBAJADOR

RECUERDOS VIEJOS QUE SIGUEN SIENDO ACTUALES

A la ciudad, cálida y alegre, el río Mississippi parece rodearla con un abrazo ancho y peligroso. En los muelles, donde se huele el petróleo, encender una cerilla ó un cigarro supone escenas como éstas:

—Cien dólares de multa.

Naturalmente, apenas hay distraídos. Nueva Orleans es una mezcla explosiva y apasionante de contrastes, de razas, de ideas. Pero lo español, pese a todo, permanece. Un día pudimos hablar con Mr. Schiro, del Consejo Municipal de la Ciudad. Sus palabras fueron éstas:

—Seguimos llamando con nombre español al cabildo, a iglesias y edificios oficiales conservados desde la Colonia. Nadie puede tocar esos edificios. Hay una comisión con técnicos y arquitectos para evitar alteraciones. Ni una sola piedra se puede tocar sin su permiso...

Mr. Schiro habla español len-

tamente. Pero, no obstante su devoción y la de muchos otros, lo "español" estaba un poco oculto por la propaganda turística más empeñada en convertir todos los viejos barrios coloniales, la vieja ciudad, en el distrito francés, siéndolo, efectivamente, España está presente, ampliamente, en él.

Precisamente por esa razón, la iniciativa del Embajador español en los Estados Unidos, don José María Arellza, de abrir dos "salas españolas" en el Museo de la ciudad, llevando a ellas un pequeño arsenal de recuerdos fué motivo suficiente para despertar un entusiasmo general. Parecía que todo el mundo esperaba ese aldabonazo para recapitular sobre España.

El alcalde de la ciudad, Mr. de Lessep Morrison —descendiente de un hermano del famoso ingeniero francés que hizo posible el Canal de Suez—, y a quien

la gente llama familiarmente "Chep", tuvo el bello gesto de entregar las llaves de la ciudad a nuestro Embajador, nombrándole, al tiempo, ciudadano honorario.

El gobernador de Luisiana, Karl K. Long, tomó el acuerdo de llamar Semana Española a lo que otras veces se llamaba Semana Internacional de Nueva Orleans. En suma, pues, el gesto inteligente de Arellza sirvió para levantar el telón devolviendo a las gentes, nuevamente, a la vieja y fabulosa aventura española. Sólo hay que ponerse a andar.

Por las trepidantes calles de Nueva Orleans, camino del Cabildo, ruedan azules y grises los modernos coches De Soto.

—Un nombre español, ¿sabe? —Claro; él fué quien llegó hasta las orillas del Mississippi y murió en ellas. Con ese español se abrió el camino al enton-

cos pantanoso delta de los mosquitos, del calor húmedo, semitropical, tierra inhóspita que se resistió aún durante más de un siglo.

NUEVA ORLEANS, AL PASO DE LA HISTORIA

La ciudad se extiende como una grande y baja llanura en un recodo del enorme y fabuloso Mississippi, que suele bajar del Norte, en ocasiones, con muy mal genio. Ese río es la tumba de nuestro De Soto.

Dos tercios de la ciudad están más bajas que el nivel del río, y por ello, han sufrido inundaciones impresionantes. Hoy una serie de compuertas y presas de forma que subiendo por el delta arriba se tiene la impresión de que, poco a poco, le van domesticando e industrializando y nada quedará de sus históricas sacudidas. Aún así suele dar coletazos.

Los españoles que vinieron con De Soto llegaron a la zona misma donde se extiende hoy la ciudad hacia 1543. Su desplazamiento había sido colosal, y uno de los supervivientes del dramático viaje, Luis Moscoso, podía decir:

"Vimos el río partido en muchos brazos con mucho fragor..."

Anteriormente, otros españoles habían llegado a Florida, y el testarudo Cabeza de Vaca habían explorado regiones enormes desde Florida a Méjico, en las que, posiblemente, puede incluirse el Mississippi.

La región, lejana y misteriosa, fué dejada por otras rutas hasta que comenzaron a bajar por el río abajo, desde el Gran Lago, los primeros franceses con La Salle. Hasta 1717 o 1718, porque aún en Nueva Orleáns las opiniones están divididas, no se fundó la ciudad por los franceses. Fué bautizada como La Nouvelle Orleáns en honor del Duque de Orleáns. Así, desde ese tiempo, comenzó a levantarse la estructura de "la vieja ciudad"—unas diez calles por diez—, donde se levantarían después los edificios españoles.

LOS ESPAÑOLES EN LA INDEPENDENCIA NORTEAMERICANA

Por el Tratado de Fontainebleau de 1762 y por el tratado de París de un año después, Nueva Orleáns y parte del territorio que forma hoy el Estado de Luisiana, pasaron a depender de nuestro país. Hasta varios años después no fué organizada a la española, social y arquitectónicamente, aquel pequeño núcleo urbano.

Los nombres de las instituciones y autoridades españolas quedaron por siempre: regidores, alcaldes, Cabildo, Audiencia. Pero lo más curioso e importante es la enorme calidad humana de algunos de los Gobernadores españoles de Luisiana. El caso de Bernardo de Gálvez sigue siendo ejemplar. Este Gobernador, como recordó bellamente el embajador español en su discurso, "llegó a Luisiana en la flor de la edad, a los treinta años, co-



Catedral de San Luis, construida en el siglo XIX a expensas de un español: Almonester y Rojas

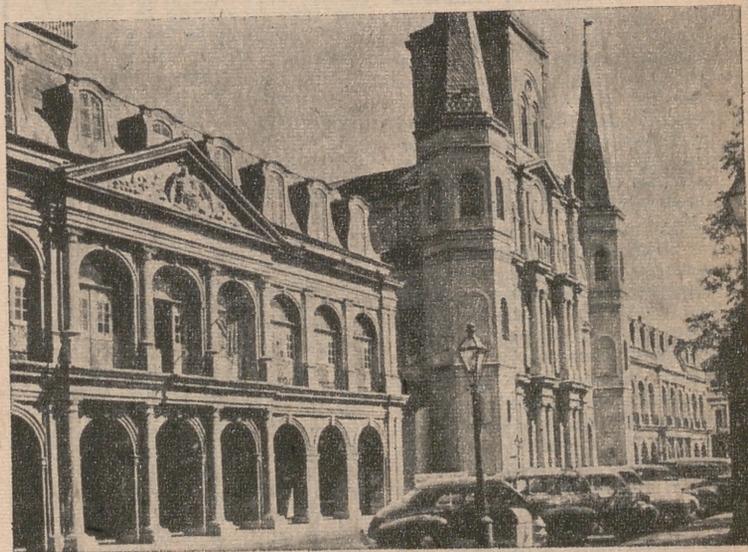
mienza la historia moderna de este Estado".

El recuerdo de Gálvez se perpetúa en la tierra de Nueva Orleáns porque fué el primero que se enfrentó a los ingleses de Florida, y quien, más tarde, favoreció y ayudó decisivamente a la independencia norteamericana.

Como resultado de esta actitud, Inglaterra declaró la guerra a España en 1799, y Gálvez, con un ejército formado por milicias populares en las que se inscri-

bieron indios, negros, mulatos y todas clases de gentes de la ciudad, organizó expediciones contra Batón y Rouge, Mobile y Pensacola.

Por todo esto, y por lo que más adelante veremos, fué hermoso el acto que llevó a cobijar nuevamente, bajo las viejas paredes del Cabildo, la presencia de España.



He aquí el Cabildo, sede del Municipio español cuando Nueva Orleáns dependía de la Corona española. Hoy tiene salas dedicadas a Museo y conserva su nombre hispánico: Cabildo

CAMINO DE LA PLAZA DE ARMAS

Camino de la Plaza, a cuyo frente están, señoriales, el Cabildo y la catedral, dos negritos llevan sus cachivaches para limpiar las chimeneas colgándoles del cuello las largas cuerdas sucias y llenas de hollín.

En la Plaza, con árboles y faroles, aprovechando la sombra, está el típico coche de caballos para los turistas. El Cabildo, con sus arcadas y soportales en la sombra, es la vieja España, asamblea un día del Muy Ilustre Cabildo. En su balcón central, abierto de par en par, ondea la bandera norteamericana. Hasta 1802 estuvo la española; después, nuevamente la francesa, y más tarde, al final, la de barras y estrellas. La Plaza española se llamó Plaza de Armas. Ahora el general Jackson, cuya estatua de bronce y a caballo, se levanta sobre un monolito de piedra a pocos pasos, quien da nombre

al histórico cuadrilátero de la ciudad. El general lleva en la mano, gentilmente, el tricorneo de la época. Un jardincillo con una verja le rodea. La catedral de San Luis, justamente enfrente, tiene un reloj redondo entre sus dos torres, que marca las doce de la mañana. Hace calor fuerte y los niños pasan tomando helados de tamaño gigante.

Emociona recorrer estos sitios que, pese al tiempo, conservan la tremenda y antigua medida arquitectónica de nuestros exploradores y conquistadores. El Ayuntamiento español fué construido en 1795, aunque dos edificios anteriores dedicados al mismo objeto fueran destruidos por el fuego. En cierto modo eso forma parte también del enorme anecdótico de la ciudad que unas veces fué inundada por las aguas, y otras, en fin, devorada y casi aniquilada por el fuego.

Una puerta enrejada—las puertas enrejadas y los grandes y oscuros patios interiores, que si-

guen llamándose "patios", revelan el impacto arquitectónico español durante el medio siglo de gobierno español—conduce a las plantas superiores, donde está instalado, precisamente, el Museo del Estado de Luisiana. En el segundo piso está la habitación donde se entablaron las negociaciones para transmitir los poderes a la joven República de los Estados Unidos. El Presidente John Adams compró Luisiana a Napoleón por veintisiete millones de dólares en el año 1803. En 1701 España había devuelto a Francia el territorio, pero prácticamente, casi hasta última hora, permaneció en el Cabildo.

De todas formas, en la habitación los visitantes acuden siempre al mismo reclamo: una máscara de Napoleón hecha, al parecer, cuarenta horas antes de su muerte. Un erudito que quiere hablar, casi al mismo tiempo, el francés y el inglés, precisa ante los curiosos la fecha exacta. Después añade:

—La hizo su médico, el doctor Francois Antonmarchi.

—¿Y quién lo asegura?—pregunta un italiano que llegaría, seguramente, de los muelles.

—Los documentos, los documentos—dice muy tranquilo.

El italiano se calla dudoso y habla muy bajo a su mujer.

Desde las ventanas del Cabildo, la Plaza, con su jardín central, redondo, da paso a nuevas perspectivas españolas: la catedral de San Luis y la casa de departamentos conocida en toda la ciudad por el "edificio de Pontalba". En realidad quien la construyó fué Micaela Leonarda Antonia la hija de un español fabuloso, Andrés Almonester y Rojas, casada y rápidamente divorciada de Javier de Pontalba. Hoy la casa de la española Micaela Leonarda ha sido comprada por el Estado para mantener a todo trance la bella presencia arquitectónica de la vieja Plaza de Armas.

Ya en la calle, en el espacioso jardín, un viejo guía invita a los turistas a entrar en la catedral de estilo español colonial, dos torres bajas y una mayor al centro, tiene ya una estructura borbónica y clasicista merced a posteriores reformas, como le ocurre al Cabildo con la mansarda elevada sobre la estructura inicial.

Del Cabildo a la catedral hay muy poca distancia, siguiendo la misma acera de la plaza, y en la Nueva Orleans de tradición católica—enfrente al norte protestante, dentro del Estado de Luisiana—la iglesia es muy concurrida.

Su historia es curiosa. Un español, Andrés Almonester, se comprometió a edificarla a sus expensas personales con una sola petición: que a su muerte, y a perpetuidad, se dijera una misa los sábados por el descanso de su alma.

Hoy, una tumba en el altar del Sagrado Corazón anuncia a los visitantes su nombre y sus armas. Un breve curriculum vitae nos habla de aquel español viajero y filántropo muerto a orillas del Mississippí en 1798.

AISLAMIENTO IMPOSIBLE

LAS conversaciones económicas italoespañolas que han tenido lugar durante los últimos días en Madrid, constituyen, en realidad, una nueva meta alcanzada, un nuevo paso dado en ese gran camino que sigue actualmente nuestro país, dirigido a lograr el mayor y más amplio fortalecimiento de nuestras relaciones económicas con el exterior, y a incorporarnos efectivamente al actual proceso de la economía moderna.

En realidad, estos contactos y estos intercambios de opiniones, contrastados por la experiencia de cada interlocutor, entrañan acaso una de las manifestaciones más íntimas y significativas de la esencia misma de esos problemas. El principio de colaboración, que es su piedra angular, lo es también, sin duda alguna, de actual proceso estructural de la economía mundial. Nuestro Jefe de Estado lo ha dicho hace sólo unos días, con palabras dáfanas y concluyentes, al dirigirse a los representantes de la organización mutualista:

"Los países no pueden vivir aislados, necesitan el intercambio de sus productos, exportar e importar, recibir los elementos indispensables para la vida. Vivimos en un concierto mundial."

La organización de estas conversaciones económicas entraña, ciertamente, uno de los grandes y positivos aciertos de nuestra Organización Sindical, enpeñada por todos los medios en facilitar la trayectoria del Gobierno en cuanto al desarrollo económico de nuestro país. Con un sentido objetivo y lúcido de nuestra presente coyuntura histórica

y también de la del mundo en general, viene organizando de algún tiempo a esta parte dichas conversaciones económicas, que en los días últimos se han mantenido con economistas e industriales italianos y antes se mantuvieron con técnicos e industriales alemanes y franceses, entre otros. El intercambio de pareceres, de experiencias recíprocas, la conjugación de intereses y de proyectos constituyen su medula. Si tenemos en cuenta, por ejemplo, el carácter concurrencial de nuestra economía con la economía italiana, puede advertirse fácilmente la conveniencia e incluso la necesidad de las conversaciones que ahora han tenido lugar. Enfrentados unos y otros con el gran fenómeno económico de la integración europea se hace imprescindible, como decía justamente el Vicesecretario de Ordenación Económica de la Organización Sindical, evitar la recaída en factores de competencia, que a ninguna de ambas partes favorecería.

Pero España, como los restantes países de la Europa occidental, no puede ni quiere detenerse en el camino de su propio fortalecimiento económico. Es justamente este fortalecimiento, deseado y necesario por tantas razones, el que impone la consecución de nuevas metas. Difícilmente podrán ser éstas alcanzadas si no aúnan posibilidades, si no coordinan esfuerzos, capacidades, técnica y experiencias. Las conversaciones económicas entre economistas y hombres de empresa, como las italoespañolas mantenidas durante la última semana en Madrid, sirven eficazmente a ese fin.

Los nombres españoles están unidos por todos los sitios al pasado de Nueva Orleans. Andando por las viejas calles del hoy llamado "French Quarter" se tropieza uno entre las calles de Borbón y Bienville Streets con una vieja casa, desconchada y destartada, en cuyas cuatro puertas cuelgan otros tantos faroles, que fué destruída por Pedro Font y Francisco Juncadella y cuyos descendientes siguen siendo hoy, al cabo del tiempo, los propietarios. La casa, en uno de cuyos bajos próximos está el Patio Laffite, tiene su historia misteriosa. Dicen que en una habitación secreta existente en el segundo piso trazaron los planes de la defensa de la ciudad el general Andrew Jackson y Jean Laffite. Sea o no cierto, el caserón sigue en pie anunciando en sus esquinas en absintio—la conocen por la "Old Absinthe House"—el ajeno que Font, Juncadella y Cayetano Ferrer fabricaron en la planta baja. Suponemos que el general Jackson no dudaría en hacer los honores al licor de aquellos españoles si de verdad estuvo en ella.

SE HACE DE NOCHE

Se ha echado la noche encima y es preciso abandonar el viejo barrio francoespañol, al menos las dos culturas y tradiciones se marcan en él, para buscar el centro: la iluminada calle del Canal, a la que se llega siempre.

—¿Canal Street?
—Ese autobús...

En realidad, todos los medios de locomoción de la ciudad—más de 600.000 habitantes—mueren y nacen en torno a la calle del Canal, o Canal Street. Una masa humana de paseantes se une, como en una pleamar, en las anchas aceras, que en Nueva Orleans llaman "banquettes" y en Méjico "banquetas".

Se ha dicho que Nueva Orleans es un laboratorio de la humanidad norteamericana. Y puede que sea cierto. Un paseo por sus calles, por los muelles o por los innumerables "bayous" o brazos del Mississippi para darse cuenta de ello. Los enormes pantanos del delta—cruzados un día por los hombres de De Soto—dan cobijo a una extraña humanidad de emigrantes o viejos descendientes de franceses o italianos, negros, que ni miran con soberbio desdén, a la hermosa y alegre Nueva Orleans, que se ha ganado la fama de ser, por una bien medida publicidad turística, un "segundo París".

Para estos ciudadanos de los "bayous" la tierra firme es un compromiso y no es fácil verles por la calle del Canal ni tampoco en coche por las carreteras aéreas de la ciudad. Viven y mueren allí entre las plantaciones de caña de azúcar, el arroz y la pesca fabulosa de los langostinos.

La ciudad diversa, misteriosamente colorista y vociferante fué durante mucho tiempo un universo agrícola, señorial. Luisiana basaba su existencia en el trabajo negro. Hoy las cosas han cambiado. El descubrimiento del



Una estampa típica y racial de Nueva Orleans: sus habitantes de color

petróleo y una enorme concentración fabril, sobre todo química, sigue las orillas del río devorando y liquidando las resistencias. Quince millas de muelles convierten el puerto de la ciudad en uno de los más importantes de los Estados Unidos.

Para cenar, al fin, un punto estratégico: el restaurante Antoine, en la calle de San Luis. Los balcones de hierro forjado, casi barrocos, se apoyan, desde ellos al suelo, en unas delgadas columnas. Cada restaurante tiene su plato favorito:

—Aquí, ¿cuál será?

—Ostras Rockefeller.

No es fácil saber la razón de ese bautizo tan extraño. Parece que ha pedido uno diamantes en concha. El restaurante tiene el aire tranquilo y pasado del siglo XIX, al menos tres "Antoines", tres generaciones se han sucedido en el negocio.

Nueva Orleans, desde la plaza de las Armas, se ha dilatado enormemente y la calle del Canal separa, geométrica y matemáticamente, la vieja y la nueva ciudad. A un lado pueden servir, automáticamente, el café con leche. Al otro, la infusión ligera de café a la americana.

Ni café ni nada—que decía un español enfadado.

La ciudad está ya completamente alumbrada y mágicamente brillante. En la calle de Borbón las orquestas de "jazz" atruenan...

DEPEDIDA DE NUEVA ORLEANS, A LA ORILLA DE MISSISSIPPI DE HERNANDO DE SOTO

El Cabildo y el gobernador del Estado han acogido con inusitado alborozo los recuerdos españoles que han hecho posible la apertura de dos salas españolas en el Museo. Unos retratos llenos de majestad cuelgan de sus paredes. El embajador español puso nombre a sus caras: Carlos III, el Rey que pensó, arquitectónicamente, los planes de mucha de la actual monumentalidad española de Madrid y, por simple salto, de América. Los rostros de los gobernadores españoles Luisiana del tipo y talento genial de Ulloa, Gálvez o Carandolet, creadores de ciudades.

España, presente a baja voz en Nueva Orleans, cobra ahora repentina fuerza, espontánea y alegre, en la vieja y actual Nueva Orleans.

Enrique RUIZ GARCIA

YUSTE DEL EMPERADOR

EL ULTIMO VIAJE DE CARLOS V

EN LA ESPAÑA DE HOY, LA HISTORIA DE HACER CUATROCIENTOS AÑOS



LOS broncos caminos que conducen a Yuste han visto roto su silencio con los entusiastas vitoriosos de los campesinos. Arcos, banderas y gallardetes levantados por los habitantes de estos pueblos de la Vera, Cuacos, Jarandilla, Jaraiz y Tarazuela en honor del Caudillo, que venía a estas escondidas tierras de valle y sierra para honrar la memoria de Carlos I de España, el más grande Monarca que tuviera el mundo. Cuando Franco ha llegado ante las viejas piedras del monasterio jerónimo en que murió Carlos de Gante, paladín de la unidad cristiana, la Historia parece haberse hecho rediviva. Bajo las bellas tracerías de las bóvedas de la iglesia han caído las voces que entonaban el *tedéum* graves, acompasadas, solemnes, como le gustaban al César Carlos cuando todos los días de su estancia aquí acompañaba a los monjes en el rezo del coro.

Después, en el claustro gótico, las palabras del Ministro de Educación Nacional han puesto una tensa emoción. Paso a paso, su discurso mostró el abandono en que yació Yuste en épocas anteriores.

Pero Yuste era un símbolo de la grandeza y humildad en aleccionadora amalgama, y el Caudillo de España quiso salvarlo de la ruina y conservarlo para la posteridad.

EL ESCONDIDO RETIRO

Cuando después de un largo y duro camino se llega a esta explanada, necesariamente se experimenta la sensación de lo incomprendible. Es algo así como un mazazo en la cabeza, un choque que anonada, porque nada más poner la planta aquí embargará al visitante una sorpresa tal que antes de embeberse en el paisaje y en cuanto le rodea le surmirá en la meditación. Estamos ante los altos y ocres muros de Yuste, y hay que levantar la cabeza y tener sólo ojos para mirar y mente para pensar. No es deslumbramiento, sino admiración por el hombre que siendo dueño de tan vasto Imperio vino a encerrarse aquí. Me he quedado parada de golpe nada más bajar del vehículo que me trajo. Ha sido como sentirme clavada en el suelo por la emoción de esta tremenda lección de humildad y renunciamiento que Carlos V dió hace cuatrocientos años al mundo. Yuste está lejos, muy lejos, y no es un gran monasterio como



Su Excelencia el Jefe del Estado ha clausurado los actos conmemorativos del IV centenario de la muerte de Carlos V. El monasterio de Yuste, totalmente reconstruido por el Ministerio de Educación Nacional, vuelve a mostrar al presente la gloria de la Historia de España; una gloria hecha ahora recuerdo vivo gracias a la decisión del Generalísimo Franco. En la fotografía de la izquierda, el Jefe del Estado llega a Yuste. Arriba, tal y como ha quedado el monasterio después de la restauración

el guadalupano, sino unas edificaciones pequeños, más bien sencillas, que empezaron por ser un eremitorio del siglo XIII, y aún hoy también queda como perdido en la frondosa selva de la Vera. Hay que imaginar, pues, cómo serían el camino para llegar a él hace cuatro siglos, cuando el Emperador, por las fragosidades de brezos y jarales, se hizo traer habrezos y jarales, se hizo traer habrezos y jarales, se hizo traer habrezos y jarales. Era su último viaje. El hombre que por atender sus extensos dominios había hecho nueve viajes a Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a los Países Bajos, cuatro a Francia, doce a Inglaterra y Africa y había hecho ocho cruceros por el Mediterráneo y tres largos viajes por el Océano, rendía su última jornada en estas soledades llenas de paz y silencio. Verdaderamente si vino aquí a ponerse bien de Dios, lejos del esplendor latino o del fragor de las batallas, podría encontrar un palpitar de eternidad, un saberse a solas el alma con el Creador, porque aquí se siente la más perfecta paz que el espíritu necesita. Y dan deseos de quedarse para siempre.

Son las seis y media de la tarde cuando hemos llegado a Yuste. A un lado de la explanada que hay delante del monasterio y del palacio se ve abajo el valle de una fabulosa vegetación, como un extenso mar verde donde el otoño pone sus oros en las hojas de los árboles. También hay oros en esos tintes lívidos u opalinos de la atardecida que ya empieza a declinar. En la lejanía del valle, un horizonte infinito. Estoy, pues, entre estas lejanías y la mole parda de los cerrados tapiales del monasterio. Buena hora para la melancolía. Y en verdad, todo este paraje de Yuste parece estar impregnado de una suave melancolía. El monasterio está arropado por los corpulentos árboles, árboles gigantes, árboles de bosque que desde salir de Navalmoral de la Mata nos han flanqueado el

camino. Desde Navalmoral, Extremadura tiene una fisonomía peculiar, una topografía acusadísima que no espera encontrar el viajero que por primera vez la visita. La comarca de la Vera de Plasencia es una maravilla de vegetación y contrastes. En ese punto de transición de Oropesa y Navalmoral se deja ya las llanuras de trigos para entrar en los campos de maizales y después ya encontramos las encinas y los corpulentos nogales y castaños de la Vera y surgen los declives y los espesos recovecos que asemejan bosques por los que se despeñan los torrentes de esta fabulosa y casi desconocida comarca, abrigada por las corcovas de la sierra de Gredos, cuyas escarpaduras las hemos visto a lo largo de todo el camino hasta llegar aquí difuminadas y como surgiendo de entre la neblina. Antes de llegar a este rincón perdido de Yuste hemos cruzado también ramblas y regatos con piedras mondas y lirondas como calaveras y donde las mujeres lavaban. El conductor de nuestro vehículo, que se despidió, tuvo que preguntar a las mujeres: «¿Por dónde se va a Yuste?», y ellas le contestaron: «Tiren por ese camino y llegarán al palacio del Emperador... Y es que Yuste, para estos labriegos, es sólo la casa del Emperador, del señor de medio mundo que se quiso venir a morar con ellos. ¿Quién le hablaría a Carlos V de este apartado retiro? Quizá los condes de Oropesa, que tenían cercano un palacio, y desde entonces sólo deseó sepultarse en vida en él y prepararse a bien morir.

EL ESTANQUE, LA FUENTE, LA SOLANA Y LOS RECUERDOS

Hay que franquear el arco de entrada al primer patio que va directo a la casa del Emperador. Sobre este arco se perfila en pie-

dra una estatua de pequeño tamaño de San Jerónimo. Huele intensamente a eucaliptos. A un lado y otro de la rampa que el Emperador subió muchas veces llanamente en muilla o emano jumento, en lugar de brioso corcel, como había hecho toda su vida, aún de mozo imberbe cuando a su venida a España deslumbró a las damas de Valladolid con su maestría de jinete, se alzan estos altísimos eucaliptos que embalsaman con su frescor el ambiente. Más arriba, naranjos y limoneros y el nogal que es fama que plantó el mismo Emperador. No hay escaleras para subir al primer piso, sino sólo una suave rampa que se salva cómodamente, y ya nos encontramos en la solana. Aquí, el vencedor de tantas batallas solía contemplar el paisaje. Allí, frente a él, parecía que finaba el mundo. Había abajo, justo a los pies de la balconada de esta solana, un estanque que aún hoy subsiste. En las quietas aguas el aire serrano las movería a veces y entonces el Emperador recordaría el camino de mar de Túnez. Y sus victorias para la cristiandad. Otras veces, cuando el sol se destacara de las remotas sierras que limitaban su horizonte, haciéndolas asemejarse a redondas cúpulas brillantes, el Emperador sentiría quizá pasar por él la nostalgia de toda su gloria abandonada. Allí tal vez surgirían en el recuerdo su coronación en la catedral de Bolonia como Emperador del Sacro Romano Imperio de manos del Pontífice.

También recordaría el triunfo de Viena, y el de Mühlberg y el de Pavia y tantos otros. Sólo la sombra de Lutero le atormentaría, había sido su gran dolor el que en su tiempo y en sus dominios surgiera esa herejía. Mientras él, el Emperador, había sido el paladín

de la unidad de la Iglesia y por ello no dispensó ni al mismo Papa. Y hubo el «saco de Roma» porque el bien común de toda la Cristiandad necesitaba de unión entre todos sin admitir ninguna disidencia por muy alta que fuera. Ya quedaba lejos también su divisa de «Plus Ultra». Todo había fenecido por su propia voluntad. Aquel «Más allá» simbólicamente se podía decir que lo había dejado en Bruselas al abdicar en manos de su hijo Felipe. Ahora viene aquí a reparar yerros, aun-

que es fama que el Emperador fué el más honesto caballero de su época. Era un buen caballero, un noble caballero. «el más grande caballero de todos los tiempos pasados y venideros», según afirmaba don Luis de Quijada. Y por esto le afrenta que Jeromín, el pupilo de Quijada, sepa que el César es su padre. «Que no lo sepa hasta que yo haya muerto», pediría a don Luis, Y así el niño Jeromo, que vivía en esta cercana aldea de Cuacos con la familia Quijada, pasa a ser su paje. Los chicuelos

amigos de Jeromín le asedian después de volver de Yuste la primera vez que vió al Emperador.

—¿Le has visto?

—¿Le viste de cerca?—le preguntan.

—Le he visto tan cerca como a vosotros. Y me ha tomado a su servicio. Voy a ser su paje—dice el rapaz arrasados los ojos y mientras la emoción le levanta el pecho.

Y así a su servicio, Jeromín a los pies de su padre juega con el gatito que regaló al Emperador su hermana la Reina de Portugal. También el chiquillo disfruta mucho con el papagayo que alegra los últimos días del César. Y su mayor alegría es cuando el más grande guerrero, según su imaginación infantil, le mira con dulzura y le pone la mano sobre la cabeza. Pero ni un beso, ni una palabra de ternura, como le pidió la sangre. El Emperador se frena por vergüenza y por expiación.

Dicen que de esta fuente que hay en esta solana donde estoy ahora, el Emperador gustaba frecuentemente de beber. En la prima tarde de este clima dulce y casi cálido de Yuste el Emperador sentía sed, sobre todo si había comido fuerte, como era su costumbre, y entonces pedía a su paje-cillo:

—Jeromín, hijo, dame agua.

Hoy también la cronista, con las largas horas del camino a cuestas, ha sentido una sed acuciante al ver correr esta fuente centenaria de innumerables y finos chorros. Y ha bebido ávidamente, ansiosamente, mientras alguien que cruzaba la solana decía: «Está bebiendo agua ilustre.»

LA FIEBRE DEL TIETAR

Presidiendo esta solana está un busto del Emperador, Inclinada la noble cabeza, voluntarioso el prominente mentón. Sobre él, y sirviéndole de escudo, el águila bicéfala y una inscripción que atestigua cómo la última enfermedad se le manifestó estando como todas las tardes aquí sentado:

«Su Magestad el Emperador Don Carlos Quinto, nuestro Señor, en este lugar, estaba sentado cuando le dió el mal, a los treinta y uno de agosto, a las cuatro de la tarde. Falleció a los veinte y uno de septiembre, a las dos y media de la mañana. Año del Señor de 1558.»

Y las tercianas le entraron allí con gran frío, que le hacían temblar. Eran las fiebres palúdicas que le vinieron de las aguas cercanas del río Tietar. Hacía dos años justos que había salido de Flesinga el 17 de septiembre de 1556 para arribar con sus naves de desterrado voluntario al puerto de Laredo. Bajó por la ruta de Medina de Pomar desde las tierras cántabras a las burgalesas y de Burgos a Valladolid. Y después, atravesando tierras castellanas de Medina, Horcajo y Tornavacas, a adentrarse en la espesura y fragosidades de las tierras duras de Jarandilla. Porque el César va primero al pueblo de Jarandilla a alojarse en el palacio que allí tienen los condes de Oropesa, mientras se le edificaba y acondicio-

SIN AYUDA DE NADIE

PROSPERIDAD se escribe con "P" mayúscula, con versales, como se dice en las imprentas, igual que Producción. Prosperidad tiene en su medio, en su corazón, una "i", que puede ser muy bien la de Industria, también con letras grandes, con letras de importancia. Mas sobre la disquisición literaria, sobre el simple juego de vocábulos, lo cierto es que ambos términos van aparejados. Un emperajamiento que se ha hecho patente y constante en esta España nuestra, de nuestros días, con menos de treinta años sobre su pujante y alegre biografía.

España, de treinta años para allá, apenas era industrial en zonas clásicas, concretas: Cataluña, Vizcaya y... casi no se alcanza más en la memoria. España, de veinte años para acá, ha palpado materialmente el crecimiento poderoso de nuevos factorías, de auténticos complejos industriales, por todas las regiones, por todos los rincones de la Patria. Los nombres viejos de Avilés, Cartagena, Tenerife, Puertollano, Villaverde, Escatrón, Puentes de García Rodríguez, etc., son jubilosamente nuevos para nuestra industria, crecida y recrecida, frente a la escasez o junto a la normalidad, elevándose por encima de todas las angustias que del exterior nos impusieron.

España tiene hoy una Industria. Así, con versales. Los factores clásicos de la economía —tierra, trabajo y capital— los hombres de España los han sustituido por dirección, empuje, decisión, constancia, voluntad, categoría. Dirección en lo económico por parte del Estado, que ha conseguido, mediante ordenaciones adecuadas, estímulos justos, consejos y orientaciones, encauzar los esfuerzos de los empresarios españoles; empuje en los realizadores, en los obreros, en los técnicos, formados muchas veces dentro de las propias fábricas; decisión para plantear, más aún, para plantar los cimientos de la empresa y luego ir hacia adelante; constancia para no tener un desmayo ante la

ausencia de materias primas, cuando nadie nos las quería facilitar; voluntad para mejorar, día a día, los bienes duraderos o los bienes de consumo salidos del gran proceso de la producción, y categoría para superar, cuando ha sido preciso, los métodos de fabricación de otros países e implantar nuestras propias patentes, mejores aún que las tradicionalmente consagradas por la fama.

No ya el mismo 1 de abril de 1939, fecha de la paz, sino el 18 de julio de 1936, fecha de la Liberación, Francisco Franco, Caudillo de España, tuvo por norma, en su pensamiento económico, la industrialización de España. Una industrialización que, elevando la renta nacional, hiciese también el efecto multiplicador de unos mayores ingresos "per capita", de un mayor poder adquisitivo, de una mejor constante de las condiciones de vida.

Y los propósitos, sin ayuda de nadie, gracias a su mano fuerte, a su mano segura, son hoy realidad. La producción de energía eléctrica es seis veces mayor que la de antes de nuestra guerra; la de carbones es dos veces superior; la de gases combustibles ha doblado también su producción; la de minerales ha pasado de un índice 100 a un índice 600; la de siderurgia es dos veces mayor; la de aluminio, 1.200 veces; las industrias químicas del cemento y la textil también han duplicado sus producciones. Esto significa, ni más ni menos, una disponibilidad de mejores puestos de trabajo, una presente y futura especialización de mano de obra, una elevación, en suma, del nivel de vida, término conocido, pero exacto y preciso.

Lo que la industria española, pues, ha conseguido va a poder ser contemplado por los españoles en esta Exposición de la Industria Nacional, que el día 1 de noviembre se inaugura en Madrid. Los ejemplos materiales entonces darán también la razón a las pala-

naba la residencia contigua al monasterio de la Orden de san Jerónimo, que por una bula del Papa Benedicto XIII se dió para convertir el antiguo eremitorio en monasterio.

Y en Jarandilla vive el Emperador unos meses hasta febrero de 1566, en que ya se le termina el recoleto y mal llamado palacio de Carlos V, en este monasterio; pues son cuatro estancias o cámaras que se les daba el nombre por los sirvientes del Emperador de cámara, recámara, estancia y alcoba, edificadas todas sobre la misma construcción de su casa natal de Gante, que el Emperador tuvo especial empeño en que fueran exactamente iguales. La casa igual, pero la distancia larga; sin embargo, él quiere morir en suelo español, en los paisajes españoles, que tan bien supo amar, y con sus más íntimos y leales, que son también españoles.

LA VIDA AUSTERA Y SOBRIA

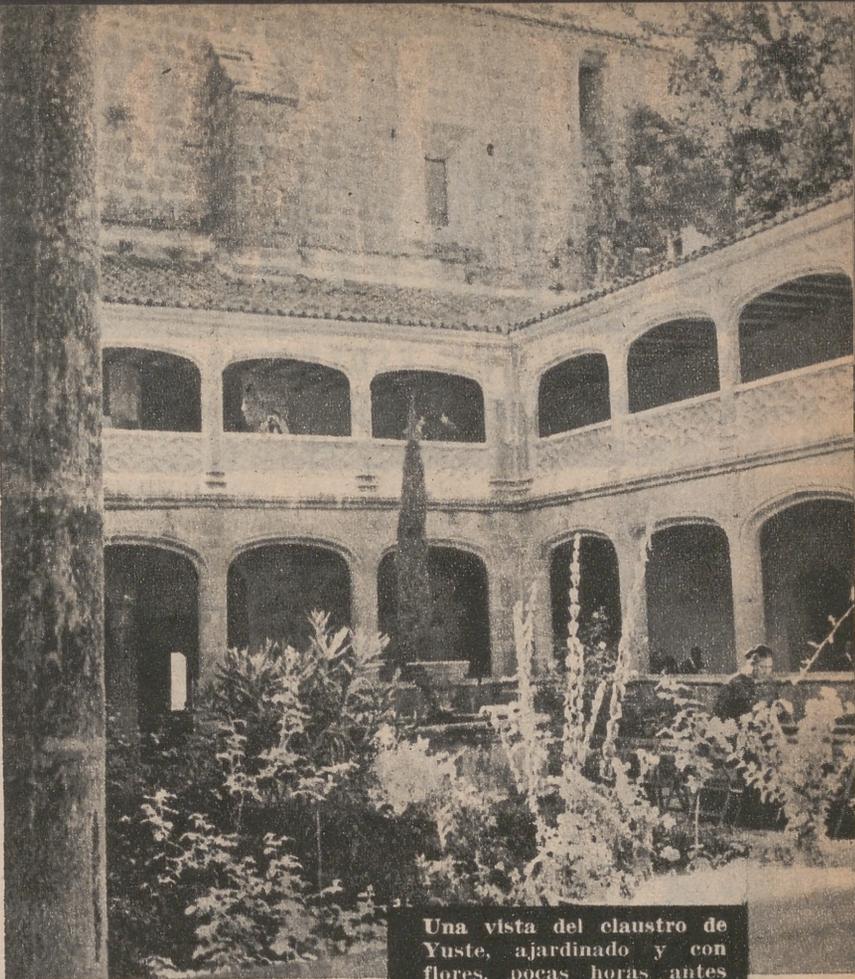
Yuste era un hito histórico, una reliquia venerable que no se podía, no se debía perder. Había pasado por muchas vicisitudes desde la muerte del César y del posterior traslado de sus restos al Monasterio de El Escorial. Felipe II se inspiró en la iglesia de este monasterio para mandar a sus arquitectos que edificaran la dedicada a San Lorenzo, y después el Prudente Monarca dispuso mercedes a Yuste. Hasta 1809 no empiezan los avatares de Yuste.

En agosto de este año, una sección de Caballería de las tropas napoleónicas prende fuego al monasterio, que habian abandonado los monjes ante la proximidad de los invasores. Del fuego se salvaron precisamente estas habitaciones en que vivió y murió el Emperador. En 1820 fueron expulsados los jerónimos por la arbitraria orden de Mendizábal, y años después Napoleón III quiso adquirirlo, pero el marqués de Mirabel, para que no se lo llevara el Emperador francés, lo compró en 400.000 reales. Pero Yuste yacía sin vida monacal. En sus patios crecían la hojarasca y toda clase de yedras. Las raíces de los centenarios árboles se habian subido de la tierra y se extendían como enormes tentáculos que impedían el paso al visitante. La iglesia, el convento y las habitaciones del Emperador estaban ruinosas. Y el nuevo Estado, la labor entusiasta de la Dirección General de Bellas Artes acometió la empresa de desbrozar estos parajes anejos al solitario monasterio y en reconstruir minuciosamente y con todo rigor histórico todo el monasterio y el palacio.

Paso a paso, parándome con respeto en cada recuerdo del viejo Emperador, recorro las habitaciones

Por el pasillito, a la izquierda, el cuarto de la estufa; una estufa que daba una temperatura de sesenta grados y que don Luis de Quijada fué a buscar a Fluides para que su enfermo Señor se calentase.

En la estancia de pajes están aún amontonadas armaduras, guanteletes y cascos, y en un rincón la negra litera en que desde



Una vista del claustro de Yuste, ajardinado y con flores, pocas horas antes de clausurarse el IV centenario de la muerte de Carlos V

Laredo fué traído hasta Jarandilla y de aquí a Yuste, donde los monjes le reciben con cruz alzada y alborozados de albergar tan alto huésped, aunque el César, después que no pasaba en liturgia por movimiento mal hecho, montara en cólera en pleno coro alguna vez y reprendiera ásperamente a los trailes porque desentonaban con sus voces de la gravedad y perfección que requería el oficio divino. Pero igual que era inflexible en esto era humano y chancero, a veces también, y así le decía al panadero que estaba aquí a su servicio: «Ven acá, Pelayo, como tienes cuidado de emborracharte siete veces cada semana, ¿no tendrías cuidado de hacer un poco de pan que yo pudiese comer?»

Y el hombre, que no estaba hastiado de la vida, sino que había dispuesto hacer penitencia en la soledad, no se podía desprender del lastre de sus aficiones, y los tizianos le acompañaron hasta aquí. En la alcoba, una «Dolorosa» de Tiziano hace juego, con sus negras tintas, con las cortinas que enmarcan el lecho del César y aun las paredes. Sólo la nota de color en la colcha verde de una tela labrada entre terciopelo y damasco. Esta colcha fué la misma que tenía Carlos V al morir. En una mesa cercana, un aguamanil de bronce. Pero lo que emociona es esa puertecita frente por frente a la cama y desde donde asistía a misa el Emperador cuando estaba enfermo.

En la iglesia, de bellísimas tracerías en las bóvedas, se ve en una hornacina, a la izquierda el primitivo ataúd, sencillo y humilde, con que el Emperador mandó que

se encerrase su cuerpo después de su muerte. En el altar mayor, «La Apoteosis» de Tiziano. Y se echa de menos una cosa. Aún no suenan las campanas de Yuste. Desde mañana, y ya para siempre, sí sonarán. Una comunidad de diez jerónimos ha venido a aposentarse en el nuevo monasterio restaurado.

Fray Antonio de Lugo es el prior. Fray Antonio me dice:

—Mis monjes están muy contentos de haber venido aquí, a este dulce clima. Estábamos en El Paular, donde, como sabe usted, las temperaturas son extremas.

A la vuelta vemos Jarandilla, con sus calles de nombres de conquistadores, sus casas con los enormes montones de pimentón y la gran industria de estos pueblos de la Vera, con su iglesia, que es como una fortaleza, como una torre, y a cuya Virgen la llaman «la Virgen de la Torre»;

—¿Sabe usted?—me dicen—. ¿Sabe usted que aquí, en el palacio de los condes vivió muchos meses el Emperador...?

Los leales y buenos jarandillanos querían que se quedase, y hasta don Luis de Quijada insistió, porque le abrumaba tener que estar en la soledad de Yuste. Pero el César les contestó:

—Dejadme ir. No me estorbéis que vaya a buscar a Dios.

Blanca ESPINAR

(Enviado especial.)

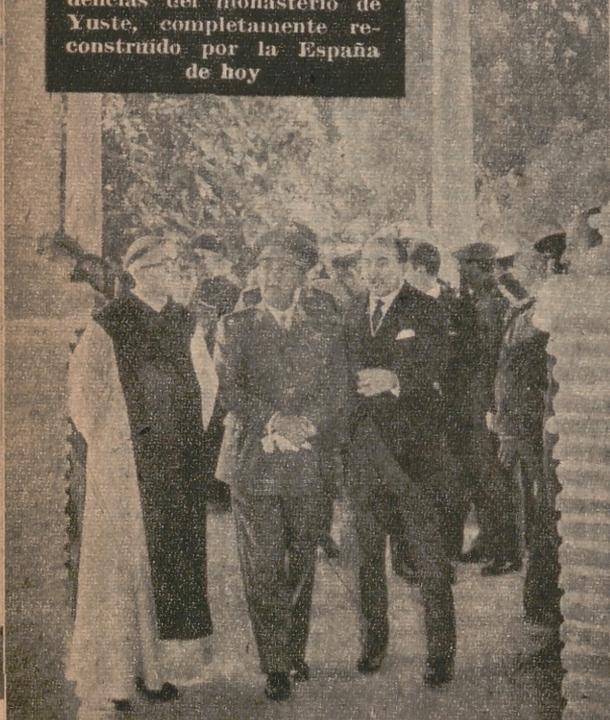
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



El Generalísimo Franco ha clausurado los actos conmemorativos de la muerte del Emperador Carlos I. En la fotografía inferior, el Jefe del Estado, acompañado del Ministro de Educación Nacional y del superior de la comunidad de frailes jerónimos, recorre detenidamente las dependencias del monasterio de Yuste, completamente reconstruido por la España de hoy



YUSTE DEL EMPERADOR

EL ULTIMO VIAJE
DE CARLOS V

EN LA ESPAÑA DE HOY LA
HISTORIA DE HACE 400 AÑOS